

168

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13-19 diciembre 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 263

UN PALACIO Y SUS FANTASMA



El Presidente de la República francesa, M. Auriol, responde por teléfono a un discurso de Colette



Un parisiense lee el periódico en las escalinatas del Parlamento



Dos servidores del palacio presidencial prepara sus pelucas para una recepción

140 CIUDADANOS ASPIRAN A SER INQUILINOS DEL ELISEO

RESORTES SECRETOS Y HABILIDADES PARLAMENTARIAS EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES FRANCESAS

Amplia información en la página 2



Dos nuevos candidatos a la Presidencia de la República francesa: M. Roland (a la izquierda), de cincuenta y dos años, y de profesión mecánico. El otro es M. Xavier La Vedrine, de treinta años, veterinario

EL palacio del Eliseo está vacante... Es quizá el único edificio en el mundo que, teniendo numerosas dependencias, está en cierto modo libre de inquilinos. El próximo día 17 la Asamblea de Versalles, reunida en Congreso del Parlamento, designará el nuevo ocupante. La estancia es valde para por siete años, que pueden ser prorrogados a menos que ocurran causas ajenas e imprevistas, como fallecimiento, altas razones políticas o subversión nacional. En nada de esto piensa, desde luego, el elegido de la Asamblea. Porque si se va a poner a pensar en estas cosas...

Como ejemplo de altas razones políticas está el caso de Millebrand, que se escapó por el pasadizo subterráneo que desemboca en la corta calle del Eliseo. Esta marcha, contra voluntad, tuvo su motivo en el temor que sentía Millebrand sobre el desencañamiento de las iras de Herriot y de su entonces ministro de Hacienda, Vincent Auriol.

El primer ocupante oficial fué el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, cuando resultó elegido presidente de la República. El 20 de diciembre de 1848, a las cuatro horas de la tarde, se personó en el palacio. El general Cavaignac, su contrincante, había obtenido cerca de un millón quinientos mil votos, contra cinco millones y medio del nuevo presidente. Después del juramento, Luis Napoleón, con gangosa voz llena de entonaciones germánicas, hizo una muy particular de-

finición absolutista de democracia:

«Los sufragios de la nación y el juramento que he prestado señalan mi conducta futura. Mi deber está trazado. Le cumpliré con honor. Veré enemigos de la Patria en todos los que intenten cambiar por caminos ilegales lo que Francia entera ha establecido.»

El millón y medio de partidarios del general Cavaignac no contaban en la opinión democrática, por lo visto.

En diciembre de 1763 el palacete pasó a manos de la marquesa de Pompadour, que le hizo decorar por Boucher y Van Loo, la cual al morir lo legó a su dueño y señor, Luis XV. Después de esta donación se convirtió en residencia de los embajadores extraordinarios. El financiero Nicolás Beaujon adquirió el palacio gracias a particular trato con Luis XVI. Le agrandó y lo volvió a vender al rey. Este, tal vez por no saber qué hacer con él, lo cedió a la duquesa de Borbón. El palacio recibió entonces el nombre de Eliseo-Borbón.

La señora duquesa vió llegar la Revolución. Temblando de miedo, se nombró «ciudadana de la verdad» con la idea de aplacar las iras del populacho. Pero de poco le valió, pues la señora duquesa tuvo que emigrar en vista de que el populacho no tenía la menor intención de aplacar ira alguna. La finca fué tomada en arriendo por mister Hovyn, el cual, despreciando la

importancia futura del lugar que sería residencia continuada de los presidentes de Francia, lo convirtió en lugar de diversión, poco menos que en una verbena como las de ahora.

Con el Directorio, la «ciudadana de la verdad» pudo recobrar la noble denominación de señora duquesa, pero lo que no pudo adquirir, bien a pesar suyo, fué la propiedad del palacio. El británico mister Hovyn continuó siendo el explotador del negocio. Pero, como todo tiene su quiebra en este mundo, se le ocurrió al negociante inglés efectuar una ascensión en globo con una señora valerosa. Las autoridades, celosas del buen decir, lo consideraron inmoral, y el hombre, profundamente afectado, se arrojó. Pero la hija del empresario, una vez marchado su padre a las Islas, no se resignó a la pérdida de la mansión. Tuvo que aceptar hipotecas y más hipotecas, a la vez que decidirse por alquilar habitaciones a los burgueses que caían por allí. Al final, no pudiendo más y tal vez como un presentimiento de los actuales tiempos, puso un cartelito: «Palacio vacante. Se vende.»

UNA FORMULA PRUDENTE

La tercera República francesa nace en virtud de la Ley del 25 de febrero de 1875, pero comenzó, en realidad, el 4 de septiembre de 1870. Como ya había República, hubo necesidad de nombrar un presidente que dirigiese la recién llegada forma de gobierno. No hay ley, pero hay Asamblea con fuerza legal suficiente para conceder poderes ejecutivos. ¿Que cómo se explica?

Se lo preguntamos a un jurista consulto del vecino país, y el hombre, republicano y ferviente admirador de las cabezas visibles que fueron residentes en el hoy desalojado palacio del Eliseo, nos respondió textualmente:

—Thiers nació en Marsella. Hijo de un aventurero, cursó estudios en su ciudad y se instaló en París a los veinticuatro años. A los treinta y cinco fué nombrado ministro del Interior. Era un hombre que desde su comienzo demostró tener talento. Sin embargo, justo es reconocer que a veces obraba con demasiada ligereza.

—¿Qué hizo Thiers? ¿Qué ocurrió entonces en el país?

—Francia estaba con el territorio ocupado en gran parte por el enemigo. El 21 de febrero Thiers se va a Versalles y negocia con Bismarck. Arregla las cosas en la forma más beneficiosa



Thiers (1871-1873)



Mac Mahon (1873-79)



Grévy (1879-87)



Carnot (1887-94)



Casimir (Fau)



VICENTE AURIOL.—A la edad de sesenta y nueve años abandona, cumplido su septenado, la primera Presidencia de la IV República. Asegura que no es candidato



JOSE LANIER.—A la edad de sesenta y cuatro años, el hombre más rico de Francia, desempeña la Presidencia del Consejo, procurando estar cerca de su colega Pinay



HENRY QUEUILLE.— Se considera ya Presidente de la República. ¿Por qué? Porque, a su juicio, ha de ser un radical o un socialista nacional o internacional

para Francia. El «jefe del Poder ejecutivo de la República francesa» da a sus amigos de derechas su adhesión a la Monarquía en una fórmula prudente: «Si, sí, haremos la Monarquía unida... la monarquía unida. Escuchado bien, la Monarquía unida.»

Adolfo Thiers fué, años más tarde, el primer Presidente de la tercera República francesa.

UN HOMBRE VALIENTE

Cuando un Presidente de una República, tenga o no la suficiente fuerza para definirse como tal, acaba por causas humanas su mandato, siempre hay un hombre dispuesto a sustituirle.

Thiers lleva su Gobierno con un sentido republicano. La oposición seguía estando dividida. Un día el presidente de la Asamblea, el realista Buffet, le dice: —La sesión se reanudará sin la presencia del presidente de la República.

Pero Thiers, que quiere estar presente para la votación del orden del día, va hacia Buffet y le manifiesta su propósito de quedarse.

—Vuestra presencia en la Asamblea — responde Buffet —, a título de lo que sea, está formalmente prohibida por la Ley.

—Y si yo me apodero de la tribuna presidencial de la Asamblea, ¿qué podría hacer usted; — amenaza Thiers.

—Haría inmediatamente desalojar esta tribuna y las demás, si fuese preciso.

Thiers intuye la derrota. Se procede a la votación; 360 votos contra 344.

—Dieciséis votos es poco; sin embargo, con éstos se podría gobernar.

Aconsejado por su mujer,

Thiers dimite. Y entonces viene el sucesor. Y el sucesor es el mariscal Mac Mahon.

El mariscal es, desde luego, un hombre valiente. Como todos los soldados de su generación, combatió bravamente en las campañas de Argelia. Fué un excelente guerrero, pero se dudaba de él como presidente de la nación. Sin embargo se hizo respetar como tal.

—En cuanto a mí, después de haber recibido mi mando de monsieur Thiers, no iría a reemplazarle a la presidencia.

Mas en la víspera de la dimisión de Thiers el mariscal confió ingenuamente a madame Du-faure:

—Hay necesidad de una renovación. Con Thiers, los asuntos de Francia van mal.

El día 24 de mayo de 1873, el mariscal Mac-Mahon fué elegido Presidente de la República francesa.

Jules Grevy, sucesor de Mac-Mahon, es oriundo del Jura. Su familia, pobre y campesina, se enorgullece de aquel hijo, que estudia la carrera de Derecho. Jules comienza a aficionarse a la política. Jules habla muy bien, y sus discursos son todo lo brillantes que pueden ser en un abogado. Así se va granjeando amigos y admiradores. Y sus argumentos, a pesar de la cantidad de sofisma que algunos llevaban, más o menos disimulada, influyen en la opinión. Aunque algunos no los entiendan muy bien, como éste:

«En realidad—dice Jules Grevy a sus compatriotas—queréis un Gobierno y no lo podéis conseguir. Podéis hacer otro y no lo queréis. He aquí por qué no po-

deís salir de lo provisional para entrar en lo definitivo.»

Las masas, desde luego, se quedaban muy convencidas.

A la dimisión del mariscal, su nombre se impuso. El Congreso, reunido en Versalles, le eligió Presidente.

—Francia entera está conmigo.

Quinientos sesenta y tres votos a favor aseveran esta afirmación. Pero, ¿qué dicen los ciento cincuenta votantes en contra del nuevo Presidente? Mas como Jules Grevy hablaba tan bien...

Sadi Carnot es, en opinión de los franceses, el Presidente modelo. Ha terminado su mandato Jules Grevy y el palacio del Eliseo espera, anhelante, nuevo inquilino. Encontrar la persona adecuada no es tan fácil, ni mucho menos. La atmósfera está muy tensa. Un Comité revolucionario sitia el Ayuntamiento. Ante todo, métodos democráticos quieren decir. El nombre de Ferry estaba propuesto. Pero si Ferry es elegido, el Comité revolucionario empleará la fuerza. El general Saussier, gobernador militar de Paris, toma sus precauciones; carreteras y ferrocarriles son protegidos. Un regimiento de Caballería y tres batallones de Infantería de Marina custodian Versalles. El Comité revolucionario dice que es democrático. Y como es democrático se ha enterado de que Ferry había obtenido 216 votos, Greycinet tuvo 193; Brisson, 79, y el moderado Sadi Carnot, 61. Como no están conformes se realiza un segundo escrutinio; los resultados son los mismos; no varía la clasificación general. Para derrotar a Ferry se precisa, pues, un método menos democrático. Entonces Clemen-



Faure (1895-99)



Loubet (1899-1906)



Fallières (1906-13)



Poincaré (1913-20)



Deschanel (1920-20)

ceau lanza con aquella su desenvoltura la solución:

—Carnot no es muy fuerte y, además, es un perfecto reaccionario. Pero lleva un nombre republicano y, por otra parte, no tenemos otro mejor.

El comentario es brutal e injusto.

—Votemos al más tonto.

La orden de Clemenceau surte efecto. Hay nueva votación. Freycinet, Ferry y Brisson descienden, respectivamente, a 171, 105 y 51 votos, mientras que Carnot llega a 162. Con unas pocas votaciones más, Carnot habrá alcanzado la mayoría necesaria. Se ha hecho caso a la maniobra de Clemenceau. El resultado final es de 303 votos a favor de Sadi Carnot por 212 de Ferry.

UN HOMBRE LLENO DE MIEDO

El cargo de presidente, también tiene sus quebras. De cuando en cuando sale un anarquista por ahí y le suelta al jefe de la República un puñalazo en el lazo izquierdo del hígado que le deja patitioso. Esto le ocurrió a Sadi Carnot en Lyon el 24 de junio de 1894. El asesino fué el anarquista Caserio.

Hay que buscar un nuevo sucesor al fallecido presidente. Este sucesor es Jean Casimir-Périer. Su bisabuelo era fabricante de telas. Su padre fué dos veces ministro del Interior con el Presidente Thiers. Casimir-Prier vivió durante mucho tiempo en un hotel en el que las derechas y las izquierdas no estaban separadas nada más que por una pared. Fué un hombre cargado de miedo. Incluso mandó suprimir los cascabeles de los arcos de los caballos para que nadie se diera cuenta de sus paseos.

Dos días después de la muerte de Carnot, por invitación de los tres grupos de izquierda del Senado, un escrutinio preparatorio le dió 180 votos sobre 200 votantes. El 27, en Versalles, obtuvo 451 votos; Brisson, 195, y Dupuy, 96. El mismo día de esta elección, que en el fondo deseaba, Jean Casimir-Prier se puso a llorar delante del duque de Audiffret-Pasquier, diciendo:

—Soy un prisionero.

El nuevo Presidente que se hallaba imbuido de que Francia entera está con él gracias al indisoluble vínculo de los 451 votos parlamentarios, se cree en el deber de echar su discurso:

«Un país que en medio de tan crueles pruebas se muestra capaz de tanta vitalidad política, sabrá unir estas dos fuerzas sociales, sin las que los pueblos pe-

recen: la libertad y un Gobierno.»

Un parlamentario de entonces, monsieur Dugué de la Fauconnerie, profetiza:

«Antes de seis meses, la dimisión o la disolución.»

Así pasó. Los 451 votos no le sirvieron para continuar.

¿ES UNA PRISION EL ELISEO?

La historia sigue con Félix Faure. Después del gran jaleo de la dimisión de Casimir-Périer, el Parlamento, que para eso está, viene en la obligación de elegir sucesor. Henri Brisson continúa presentándose a la candidatura presidencial, a ver si hay suertecilla. Pero es la tercera vez y que si quieres... Dos son los principales contrincantes: Félix Faure y Waldeck-Rousseau. La elección, como es natural, va a tener un árbitro, que designará con todos los visos de legalidad, eso sí, al presidente. Las derechas, representadas por el duque de Orleans, dan las instrucciones pertinentes para que la candidatura de Félix Faure sea la elegida. Y Brisson y Waldeck-Rousseau se quedaron, si no a la luna de Valencia, a la luna de París, que es tan blanca y tan redonda como la nuestra. Faure muere a causa de una hemorragia cerebral. Su mandato comenzó el 17 de enero de 1895 y terminó el 16 de febrero de 1899.

Está visto que el palacio del Eliseo no puede conservar a ningún Presidente ni diez años tan sólo. Nadie llega a esta cifra de permanencia. Al diputado Faure le sucede Emile Loubet, que va al entierro de su antecesor.

—Emile Loubet—nos contaba nuestro amigo—nació en Marsanne. Hijo de un campesino, fué abogado y, más tarde, consejero y presidente del Consejo General, a la vez que alcanzó los cargos de diputado y senador, ministro de Trabajo y presidente del Senado. Fué un buen hombre. Comprendió las cuestiones económicas del país, pero se olvidó de toda cosa de tipo cultural. Ni música, ni pintura, ni literatura. Dicen que en la Opera siempre hablaba. Cuando dejó la presidencia afirmó que no quería más que vivir tranquilo. Yo siempre he creído que fué el que entendió mejor las cosas...

A Loubet le sucede Armand Fallières, con su gran afición a viajar en coche.

El mismo día de su elección preguntó a Loubet durante la ri-

tual visita en la que el presidente saliente enseña al entrante todas las dependencias del palacio:

—¿Se está como en prisión en el Eliseo?

Por el contrario, cuando Fallières es el que muestra a Poincaré, su sucesor, el palacio que él mismo había habitado, le dice, al abrir la puerta del único cuarto de baño de la casa:

—Espero que tenga usted tanta suerte como nosotros. No lo hemos usado nunca. Madame Fallières y yo no hemos estado nunca enfermos en los siete años de mi mandato.

FALTAN CIEN VOTOS

Raymond Poincaré va a llegar a la presidencia de la tercera República. Por París corren aires de que él será el elegido en las urnas. Y cuando la gente de la calle lo dice, ocurren dos cosas: o que las papeletas dicen la verdad o que las papeletas tienen que decir la verdad.

En la sesión plenaria de las izquierdas celebrada en el Senado el 15 de enero de 1913, y continuada el 16, Poincaré no obtiene en la tercera vuelta más que 301 votos, contra 323 de Pams, su contrincante. No hay, pues, candidato único de las izquierdas. Una delegación va a Poincaré y le pide que se someta a la disciplina republicana desistiendo en favor de Pams. Poincaré respondió que un centenar de parlamentarios republicanos no habían tomado parte en el escrutinio, que no veía ninguna razón seria y que no aceptaba que se considerase a monsieur Pams como más republicano que él. El 17, día del escrutinio, Pams, candidato al mismo tiempo que Raymond Poincaré, dimite como ministro de Agricultura. Entonces las urnas tienen que decir la verdad, y en Versalles, por fin, Poincaré obtiene 483 votos, por 296 de Pams y 69 de Vaillant. Poincaré es ya Presidente de la República francesa.

La gran preocupación de Poincaré era la de estar en condiciones de «plantar cara» a Alemania. Fué un gran amante de las flores y de los animales domésticos. La Historia dice que para hacerse una idea real de Poincaré es preciso imaginarse en un solitario jardín del Eliseo, ajeno a todos los problemas del país. Cuando dejó la presidencia, dijo a un amigo:

—Bien, ahora comienza mi carrera.



Millerand (1920-24)



Doumergue (1924-31)



Doumer (1931-32)



Lebrún (1932-40)



Auriol

LA LINEA RECTA, TAMBIEN TIENE CURVAS

Paúl Deschanel, el elegido que sólo duró siete meses, es el hombre del que dijo Clemenceau, cuando el nuevo Presidente fué a visitarle:

—Decid a ese señor que no estoy.

El sentido democrático de Clemenceau no reconocía la importancia de los 604 votos de mayoría que había obtenido monsieur Deschanel en la votación. A pesar de su triunfo, Deschanel se volvió neurasténico. Se cayó por la ventanilla del tren en que viajaba cuando se dirigía a sus fincas de Normandía. Los médicos afirmaron que ello fué debido a la influencia que tuvo en él la lectura de la *Odisea* de Homero. Murió joven y le sucedió en la presidencia Millerand, del que ya antes hemos tenido noticias.

Desde que Deschanel se cayó del tren, Millerand, previendo un cambio en la presidencia, preparó su candidatura. Un día, cuando desayunaba con Jonnart, le indicó la conveniencia de la presentación de Millerand como candidato, al reanudarse el Parlamento una vez finalizado el verano. Un admirador de su época le definió como «un hombre que es una línea recta». Esta línea recta, con todas las aritméticas para la conquista de sufragios, le lleva a la presidencia en septiembre de 1920 por 695 votos, contra 95 de su contrario.

Gaston Doumerge y Paúl Doumer son los dos Presidentes anteriores a Lebrun. El primero fué un Presidente sumamente popular. Cuando acababa el trabajo diario salía a escondidas por una puerta secreta del Eliseo y se dirigía a casa de su novia, que vivía en Wagram.

Su sucesor es Paúl Doumer. El hombre tuvo mala suerte. Pereció asasinado por un gigante llamado Paúl Gorguloff.

El día de su votación para la presidencia de la República hubo en Versalles un inusitado despliegue de fuerzas. Cinco mil soldados de Infantería y mil docientos de Caballería, además de los coches de bomberos, son los encargados de contener los sentimientos de las masas. Doumer se va definiendo en la presidencia. En el primer escrutinio obtuvo 41 votos más que su inmediato seguidor. La izquierda democrática del Senado había decidido que la disciplina se emplearía en la segunda vuelta en beneficio del candidato más favorecido. Y en la segunda vuelta Doumer obtiene 504 votos, por 334 de Marraud, el contrincante propuesto por los adversarios de Paúl. Y es que éstos no habían contado con las coaliciones ni con las disciplinas de las segundas vueltas. Error fatal; todo Presidente futuro que aspira a serlo debe tener en cuenta que un voto más o un voto menos puede decidir si no el destino de su pueblo, sí el propio destino personal.

EL PRESIDENTE DE LA DERROTA

Del 10 de mayo de 1932 hasta el 11 de julio de 1940 dura el mandato de Alberto Lebrún. Su



ANTOINE PINAY.—Sesenta y dos años de edad, industrial y hombre enérgico. Su paso por el Gobierno, no obstante la hostilidad del M. R. P., que le negaba sus méritos



RENE PLEVEN.—Cincuenta y ocho años. Ha dimitido la Presidencia del U. D. S. R. (Unión Democrática y Socialista de la Resistencia), dejando el sitio a su contrincante y ex amigo, Mitteran

subida al Poder no estaba muy clara ni segura al principio. En razón de la ausencia de los diputados, desperdigados en sus distritos, el Congreso no podía reunirse antes del martes 10, fecha potestativa del presidente del Senado, que era monsieur Lebrun. Como la mayoría de los parlamentarios estaban ausentes, las intrigas no pudieron desarrollarse, y, en su calidad de segundo personaje del Estado, Lebrun se convirtió en favorito. Se intentó *in extremis* una maniobra en favor de otro candidato. Parlamentarios de izquierdas habían estimado que la personalidad de Paúl Painlevé, republicano más acentuado que el mismo presidente del Senado, estaba más de acuerdo con la voluntad expresada por el país. Pero Alberto Lebrún no quiso ceder. Recordando el trágico fin de Doumer, dijo a un amigo:

—Si no me presentase, parecería que tengo miedo.

El 10 de mayo, 643 votos le elevaron a la presidencia de la República. He aquí cómo Alberto Lebrún consiguió el premio a su paciencia. Contemplando su éxito podría decirse aquello de que con paciencia todo se alcanza.

LA CUARTA REPUBLICA

Lebrún es el presidente testigo de la derrota. Después de él están los días amargos de Vichy y los alborozados de la reconquista de Francia por los ejércitos aliados. Se está gestando la cuarta República. La Constitución del 27 de octubre de 1946 es la que rige la actual República francesa. Y Vincent Auriol ha sido su primer Presidente.

La elección de monsieur Auriol tuvo lugar el 17 de enero de 1947. Cada partido político tiene su candidato para la presidencia, salvo el partido comunista, que vota a Vincent Auriol, candidato de los socialistas. Auriol es elegido por 452 votos contra 242 de Champetier de Ribes, 122 de Gasser y 60 de Michel Clemenceau; es la primera vez que un socialista llega a la mayor magistratura del Estado.

A lo largo de sus siete años de mandato, ahora terminados,



Una escena de la Asamblea Francesa en plena efervescencia. ¿Qué resultará después de ella?

monsieur Auriol ha visto desfilar una gran cantidad de Gobiernos. Ahora sólo le resta dejar esta herencia a su sucesor. ¿Quién se hará cargo de lo pasado y de lo por venir?

LOS PREPARATIVOS PARA LA VOTACION

A las dos de la tarde del día 17 de diciembre el Congreso del Parlamento, compuesto por la Asamblea Nacional y por el Consejo de la República (Senado), cumplido el septenato de Auriol, elegirá el nuevo Presidente. El suceso no carece de trascendencia interior. En la Conferencia de las Bermudas se ha subordinado la reunión con los soviets en Berlín hasta la elección presidencial francesa. ¿Será europeo o antieuropeo el nuevo Presidente? Se entiende por «europeo» un jefe de Estado partidario de la ratificación inmediata de los tratados de Bonn y de París, creando la C. E. D. sin supeditarla a la anexión del Sarre, y por antieuropeo, al adversario de dichos tratados, en especial de la integración de un ejército alemán en la defensa de Europa.

¿Quién es «europeo»? Nadie. ¿Quién antieuropeo? Nadie también. Excepto el diputado nacio-



El Presidente de la República, M. Auriol, sale en su coche del palacio de Versalles

nal Pierre André, los demás se encierran en la ambigüedad más literaria que darse pueda. No se ha pronunciado ni en pro ni en contra ninguno de los que aspiran a la primera magistratura. En una probable lista podrían figurar: Henri Queuille, radical; Laniel, actual jefe del Gobierno, independiente; Jacquinot, también independiente; Delbos, radical, presidente del grupo parlamentario, etc. Pocos son los que conocen la tendencia de Auriol, de Herriot y del mismo Bidault. Por «eliminación», pues, tendremos tres candidatos radicales, tres independientes y uno M. R. P.

La elección, sin debate previo, será por voto secreto de los votantes. Los escrúpulos que se han sentido, privando del voto a la Asamblea de la Unión Francesa, son ridículos, porque tampoco el Consejo de la República está elegido totalmente por el sufragio universal directo.

Cada partido, cuando uno de sus miembros es derrotado, se le envía como consolación a la Asamblea de la Unión Francesa, donde también se acepta la validez de elecciones en las colonias con un cuerpo electoral de cinco o diez personas. Preside esta Asamblea el viejo Albert Sarraut, humillado, ya que se le confina en Versalles, en el mismo salón de sesiones donde se reúne el 17 el Congreso del Parlamento. Falta también en el conclave de Versalles otro Parlamento llamado Consejo Económico, que preside León Jouhaux, con sede en París, en la polvorienta plaza del Palais Royal, junto al Consejo de Estado. De suerte que es sólo la mitad del Parlamento francés la que va a actuar en Versalles.

En 1947 salió elegido M. Vincent Auriol por el voto compacto de las minorías comunista y socialista, que necesitaron para la mayoría absoluta el refuerzo de tres del M. R. P. (Bidault y otros), que se indisciplinaron contra el acuerdo del partido.

El subsecretario de Bellas Artes, monsieur Andrés Cornu, a quien se considera, por su ausencia de opinión, también candidato, ha reamueblado el palacio de

Versalles trasladando de otros sitios a las habitaciones regias los auténticos muebles encontrados en museos y casas particulares.

Durante veinticuatro horas o más la ciudad de los reyes será ocupada por el Congreso del Parlamento, no permitiéndose la visita del palacio ni la entrada y consumición en los restaurantes acreditados, que tienen todas sus mesas reservadas a las personalidades y, sobre todo, al mundillo femenino y elegante, que jurrosea y a veces manda en los partidos. Las mesas más reputadas y deseadas son las que presidían las «reminencias rubias o morenas» madame de Abram, Egeria del M. R. P., Susana Blum y Schreiber.

Peones camineros, guardias y policías se han hecho dueños de las carreteras y caminos que conducen a París desde Versalles. Se ha acondicionado el trayecto para el paso del cortejo que llevará a París al nuevo Presidente de la República. En la puerta de St. Cloud, un escuadrón de la Guardia Republicana, con casco napoleónico y sable desenvainado, escoltará al coche presidencial. Se han repartido millares de invitaciones para los aplausos y vitores de rigor.

¿A quién votarán los comunistas? A un «antieuropéo» seguramente. ¿Y los socialistas? A la reelección de Auriol, si éste la pide. Hay que advertir que lo harán con gusto para evitar que vuelva al partido a mandarles. Es muy probable que, siendo secreto el voto, se manifiesten algunas discrepancias entre los socialistas, como en los radicales y el M. R. P. con el grupo disidente del R. P. F. y los ortodoxos. Poco caso se hará del acuerdo de los grupos directivos. El primer escrutinio, que comenzará a las dos de la tarde, se calcula que ha de durar cuatro horas, y si se repiten las vueltas, hasta cuatro. El Congreso del Parlamento se prolongará dos o más días. Desde que entró en vigor la Constitución de 1875, con la elección de Jules Grevy, doce Presidentes fueron elegidos a la primera vuelta y sólo cuatro en la segunda.

CERCA DE CIENTO CUARENTA CANDIDATOS

Todo francés, en el uso pleno de sus derechos cívicos, puede aspirar a la presidencia de la República. La Mesa de la Asamblea Nacional ha recibido cerca de ciento cuarenta solicitudes, que han sido aceptadas... y rechazadas de hecho con la observación de que corre a cargo de cada solicitante la impresión y reparto de las papeletas de voto. El Estado gastará 180 millones en el Congreso del Parlamento. Citemos algunos candidatos: Armand Couget, director de Correos en Azerables (Creuse); Dive, que es mutilado de la guerra de 1914; Roger Blondin, de Lyon; Gustavo Bichou, de Marennes, que promete un envío de ostras a sus electores; el alsaciano Emilio Wellachneidee; un jubilado de transportes que se aburre en su pueblo; un señor que oculta su nombre al público, vecino de La Rochela; otro de Bourg de Oeage; el marino Gaston Marchand; un minero, que propone la elección de los prefectos por sufragio universal; un cobrador de comercio, parado, en Marsella. Todos afirman que cuentan con el asentimiento de sus respectivas esposas, (no tan elegantes como madame Auriol, pero de una perfecta honestidad como la señora del Presidente).

La elección de Versalles determinará la orientación definitiva de Francia. Herriot se retira para dejar vacante la presidencia de la Asamblea Nacional y servir, como la otra del Consejo de la República, en manos también del radical Monerville, a las compensaciones necesarias en toda demanda de retirada de candidaturas.

Esta es la historia presente de Francia a través de sus presidentes. Ha habido veces que la primera autoridad de la nación ha salido elegida merced a la flexible voluntad de los parlamentarios. Esperemos que ahora el nuevo presidente de Francia responda al sentir casi general de su pueblo.

(Intervienen en este reportaje B. Calderón Fonte y Pedro Gironella Pons.)

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR CURA PARROCO DE SOMOSIERRA

EXISTE una manera de ejercer el sacerdocio, convirtiéndolo la vida en una novela policíaca, donde en vez de Sherlock Holmes (el detective inventado por Conan Doyle para que la honorable, aburrida y prepotente viudez de la Reina Victoria no fuese mancillada por el crimen impune), o del profesional de Scotland Yard (quien conoce mejor que nadie las abominables aberraciones del alma inglesa), un padre Brown con su candor y su virtuosismo de clérigo católico ha descubierto que la Teología perenne y la caridad intrépida sirven para salvar a las mujeres y a los hombres, como si viviesen perdidos en la trama del delito y acosados por el remordimiento y la Policía. Existe otra manera de ser cura, que es la manera norteamericana, la manera popularizada por Bing Crosby en «Siguiendo mi camino», una manera sorprendente al principio, pero que después convence más que la sombría manera francesa de organizar los «comandos de Dios» en medio del inframundo. No es la vida una película con «happy end», terminada felizmente mientras rugen el león de la Metro; pero tampoco es el puño cerrado, la prostitución, el piojo y el alcohol de patata con que parecen compuestos los compases de la Internacional marxista. Entre el catolicismo americano, que busca los niveles medios de la persona con deseo de trabajar y prosperar, aunque sea utilizando las comodidades de una civilización tecnológica, hasta conseguir imponerse como una grandísima fuerza social en Norteamérica, y el catolicismo francés, desgraciadamente de capa caída, pues ni siquiera puede dar al pobre, como su santo San Martín, la mitad de su capa, hay la enorme disparidad de que en los Estados Unidos (a pesar de las neveras, del aire acondicionado, del automóvil, de la televisión, etc., etc.) muchos simples creyentes, ciudadanos del montón, quizá vayan al cielo, en tanto que en la cristianísima Francia fué menester fundar la Misión de Francia para evangelizar a los franceses de los bajos fondos y se han sacrificado o se han quemado muchos sacerdotes, que son los protagonistas de esa novela francesa tan simbólica cuyo título es «Los santos van al infierno».

Pido perdón a mi don Pablo por tenerle tan abandonado, mientras esbozaba las diversas modalidades de ser cura en los tiempos y en los Estados modernos; pero es que buscaba el contraste con el exterior antes de dirigirme directamente a usted, señor cura párroco de Somosierra. Cada modo extranjero de practicar el orden sacerdotal ha dispuesto de una expresión artística o literaria: desde el film a las novelas de Guareschi, en las que el «prete» Don Camilo está en pugna, más bien socarrona, con el alcalde comunista de la Italia de la democracia cristiana, pasando por las novelas de Chesterton y de Gilbert Cesbron. En España sólo tenía, mos a mano, en los hogares donde aún se leen los viejos folletines y las resobadas novelas por entregas, algún ejemplar de «El cura de aldea», escrito con lágrimas en la pluma por don Enrique Pérez Escribá. Mas ahora comparece usted, don Pablo, con su aplomo entre los ministros, con su valor de alpinista en la noche (que no es lo mismo subir al Himalaya para mayor gloria y realce de la Coronación o para cazar deportivamente al hombre de las nieves, que ascender a tiendas a sierra Cebollera para el fiel cumplimiento de las obras de misericordia), con su espíritu de equipo movilizándolo al prójimo en favor del prójimo (ya que sus acompañantes, más que «sherpas» de exhibición fueron feligreses de su iglesia), con sus apenas veinticinco años, con sus gafas timidas pero escrutadoras, con su ánimo osado de capellán de la Escuela de Vuelos sin Motor, con su apego al terruño natal, con tantos detalles y datos originales de su existencia que deben averiguar los poetas y novelistas españoles para presentarle como el espécimen de una manera de ser de nuestros sacerdotes que andan por los suburbios sin abdicar de su gracia sobrenatural tan modesta y volverse suburbiales, en seres arra-

baleros, como ciertos «prêtres ouvriers» de Francia, o que asisten a los Campamentos y Albergues del Frente de Juventudes, regalando juventud y audacia, aunque sin dar el salto que pudiera semejar a la cabriola, o que son asesores de nuestros Sindicatos sin confraternizar con lo que no es bueno, aun siendo agradable, como Don Camilo, o que como usted aguantan la soledad de una parroquia en el yermo o casi en la cumbre. Hay que agradecer a nuestro Patriarca este reparto de vocaciones eclesiásticas en los sitios clave, en los puntos estratégicos, merced a los cuales la tragedia del avión «Bristol» no ha sido completa.

No estoy idealizando su figura, señor don Pablo, porque su caso y su actuación es la que nos enseña la Iglesia católica en todas partes españolas o extranjeras. Es el catolicismo militante quien se personó en la madrugada de nieblas y nieve, cuando la expectación trajo a su lado los periodistas y los fotógrafos para dar testimonio y espectacularidad a lo que en tantas ocasiones ocurre bajo el silencio. El catolicismo interviene siempre y con perseverancia están en vanguardia los ministros del Señor, que tanto vela por nosotros. El padre Brown, el antiguo abate francés o su versión proletarizada de un país en decadencia, el personaje encarnado por Bing Crosby y hasta Don Camilo hubieran acudido, como usted, a salvar unos semejantes en peligro; pero usted lo hizo a la española y le ha resultado angelicalmente. También, además, usted ha vencido a la montaña. Nuestra orografía, he aquí nuestro enemigo. El avión de la Iberia (el único accidente de esta línea blanca) topó con la sierra de Pandals, como este último con la sierra Cebollera, como el avión cubano con la sierra de Gredos. Nuestras montañas han separado a los españoles, fomentando a sus bandidos y a sus guerras civiles, intercediendo en sus separatismos. Las montañas han influido en la hidrografía española, a la que tanto amamos, pero que muy poco nos gusta, porque nos hace padecer los estiajes que nos resecan hasta el ánimo. No me crea un loco, mi señor don Pablo, pretendiendo que las cordilleras se aplamen y que los picos se muden en abismos. El cuerpo de nuestra Patria es así y no demandando ninguna cirugía estética, sino que pido a los españoles que le imiten, que domen a la montaña inclemente, que transformen sus energías recónditas en algo comunicable y feliz. Ya sea kilovatio de luz, ya sea carretera abierta, ya sea oxígeno para todos los corazones.

MAESTROS Y NO DISCIPUL

CON el derecho natural ocurre algo parecido a lo que sucede con el dogma católico. Todo el dogma está contenido en la revelación y, no obstante, sabe hablar de desarrollo, de progreso y hasta de crecimiento del mismo por lo que se refiere a su conocimiento, a su promulgación explícita e imperativa, a su «decantación». Salvadas las diferencias, otro tanto sucede con el derecho natural. Los derechos naturales de las personas están todos contenidos en la naturaleza humana desde que el hombre existe; pero en el conocimiento, en la proclamación, en la decantación y, sobre todo, en el reconocimiento práctico y efectivo de los mismos, los avances fueron sucesivos y hasta lentos. Ni siquiera la fuerza salvífica y descubridora del cristianismo, que alza al hombre nada menos que a la filiación divina y a la categoría de heredero de Dios y facilita los supuestos doctrinales más claros y manejables para que el alumbramiento de estos elementales y sustantivos derechos humanos se produzcan sin traumatismos, logra, a pesar de su incitante hermosura y su invulnerable congruencia, que sean entendidos y aceptados plenamente con la celeridad que parecía lógico esperar. No hay fracaso de Cristo ni de su Iglesia. El torrente circulatorio espiritual de la civilización, aun en el momento actual, perdería

automáticamente el noventa por ciento de su caudal, y, por tanto, de su energía motriz si se le privara del contenido cristiano que lleva en su seno. Los que fracasan son los hombres y los pueblos por sobra de altanería y pasión y falta de humilde sinceridad, cuando no, por aberración. La historia de las aberraciones intelectuales, mucho más que las del corazón, es el capítulo más triste, más vergonzoso y de consecuencias negativas más profundas y amplias de la biografía del hombre y de las comunidades sociales. Pueblos e individuos perdieron con frecuencia toda posibilidad de orientación segura al descartar de su juego de señales la única polar que puede dar compás y explicación a su vida personal y al suceso histórico, al olvidar el fin último del hombre y la objetiva y natural hegemonía de este fin último.

Sin temor a incurrir en baladronada puede afirmarse que en el viejo mundo sólo un pueblo se mantuvo fiel a esta autenticidad de principios. Pudieron en un período determinado claudicar sus dirigentes por snobismo o debilidad ante la «moda europea», pero el pueblo no vendió su alma al diablo.

Por eso nosotros, ante la fecha en que los revolucionarios franceses hicieron su parcial, incompleta y desfasada «Declaración de los Derechos del Hombre» y de cuantas posteriormente se han llevado a cabo, no podemos sentir esa devoción reverencial que otros queman ante ellas. En primer lugar porque algunas no representan sino un remedio, cuando no un plagio fragmentario de la tabla de valores a la que, desde muchos siglos atrás, viene España ajustando su celtibérica y católica existencia. En segundo lugar porque, sin negar la eficacia y trascendencia que esas declaraciones han tenido, no las hemos visto ni las vemos respaldadas por una voluntad eficiente que ponga en línea los hechos que esos postulados reclaman en el orden de las realidades.

El realismo español no pacta en cuestiones como éstas. Vive a este respecto de una tradición milenaria y se sabe protagonista. Ya en las actas de los Concilios toledanos, documentos que no se airean como su contenido merece, quedaron perfilados fundamentos doctrinales suficientes para la elaboración de todo un sistema jurídico en relación con los derechos de la personalidad humana. Las Partidas del Rey Sabio contienen elementos abundantes con los que es fácil elaborar un conjunto de normas, en cuanto a lo fundamental, sobre las relaciones entre el Estado y el individuo. Las Leyes de Indias, guía y reflejo exacto de la más grande acción cristianizadora y colonizadora que pudo realizar un pueblo, constituyen el exponente más claro y decisivo de que España militó con anterioridad de siglos al resto de los países europeos en la primera vanguardia por la unidad específica del género humano y la intangibilidad de los derechos que al hombre corresponden en virtud de su propia naturaleza y de su destino eterno. Cuando el respeto a la libertad del hombre y a su capacidad para salvarse o condenarse sufre el tremendo embate del luteranismo, son los teólogos españoles los que en Trento cierran filas en torno a la auténtica doctrina católica. Los nombres de Lainez, Salmerón, Castro, Domingo de Soto, Melchor Cano, Suárez, etc., salen fiadores de que la genuina ciencia española es la que mejor supo cimentar, desarrollar y defender los fueros sagrados de la personalidad, tanto en el orden espiritual como en el social y el político.

En nuestros días la legislación española y nuestras instituciones descansan fundamentalmente sobre estos dos principios: el hombre portador de valores eternos y el Estado servidor del destino que a los hombres españoles integrados en esta nuestra comunidad política les fué señalado por la Providencia. En una palabra: la vida española, bajo el mandato de Franco, se rige y gobierna íntegramente en función de esa suprema teleología que obliga a ordenar todo el conjunto de actividades privadas y públicas al fin supremo para el que el hombre fué creado. No somos, pues, nosotros los que hemos de ponernos al día ni aprender «ahora» este decálogo. El papel de discípulo no es precisamente el que corresponde a los españoles en este grave asunto.

EL ESPAÑOL

PORTUGAL



De nuestro enviado especial
M. BLANCO TOBIO

SEGURAMENTE nuestros lectores no nos perdonarían el que, hallándonos en Lisboa, no nos diésemos una vuelta por Estoril, primer centro turístico de Portugal y uno de los primeros de Europa. Fuimos a Estoril. Las comunicaciones con Lisboa son muy buenas. Hay una autopista tan excelente como la mejor «Autobahn» de Alemania, por la que se puede rodar temerariamente a 200 kilómetros por hora (esta autopista le costó la vida, en un viraje), a su constructor) y un ferrocarril eléctrico que, según me dijeron, se hizo con el dinero de las reparaciones alemanas de la primera guerra mundial. Cada 15 minutos sale un eléctrico de Lisboa con destino a Estoril. Los hay rápidos, para los que tienen prisa, y menos rápidos, para los que desean recrearse en el paisaje. El trayecto es bastante parecido al de Barcelona a Sitges, casi ininterrumpidamente bordeando el mar. En otra crónica creo haber dicho que el Atlántico tiene en la Costa del Sol la tersura y el azul intenso del Mediterráneo. Yo conozco bastante bien el Atlántico y sé que habitualmente no es tan terso ni tan azul.

ESTORIL, CORTE DE DESTERRADOS

Por ser tan grande la facilidad de comunicaciones, muchos lisboetas viven en Estoril. Aunque parezca un contrasentido, tratándose de un lugar de lujo y de un refugio de millonarios, hay quien se instala en Estoril para ahorrar dinero o, por lo menos, para no gastar demasiado. Este es el caso de un amigo mío, que me explicó así esta aparente paradoja:

SE DESCONOCIDO...

LA COSTA DEL SOL HASTA ESTORIL

HIPOCAMPOS Y LANGOSTAS

—Con mis ingresos no podía sostener la vida de sociedad que hacía en Lisboa y que resulta muy cara. Al establecerme en Estoril me ahorré esa sangría tremenda de los «cock-tails», «garden-party» y demás extravagancias sociales que han inventado los millonarios para vencer el aburrimiento que trae siempre consigo la riqueza.

Otros van a Estoril a buscar la soledad y a huir de la publicidad inoportuna. Es el caso de los «ex grandes de esta tierra»; reyes sin corona, regentes sin reino, ex ministros sin porvenir, etc. He visto sus residencias, por fuera. Parecen deshabitadas, como si en ellas viviese únicamente el jardinero. Sus moradores deben aburrirse espantosamente; pasan semanas enteras sin salir a la calle y, según me dijeron, apenas tienen otra ocupación que la de dormir. Todo esto es bastante melancólico. Estoril, en este aspecto, habla con bastante elocuencia de los tumbos que ha dado Europa en estos últimos años.

En Estoril viven habitualmente el ex Rey Humberto de Saboya, el regente almirante Horthy, y otros varios. Antes también andaban por aquí el ex Rey Carol de Rumania, que falleció hace poco, y el conde de París, pretendiente al Trono de Francia, que posee una granja y un familión al que apenas podía alimentar un regimiento de gallinas ponedoras. En alguna ocasión se han reunido en Estoril todos estos ex grandes, supongo que para hacer evocaciones. Recuerdo haber leído en el «Daily Mail» una crónica sobre una de estas asambleas de desterrados. Al corresponsal del diario londinense le pareció que se trataba de una de esas reuniones que organizan los miembros de una lejana promoción universitaria para celebrar las bodas de diamante del fin de carrera. Quien haya leído «Campeones del mundo», de otro ilustre vagabundo exilado, Paul Morand, se hará una idea de lo que son esa clase de bodas.

COMO EN UN CUENTO DE KAFKA

De vez en cuando puede verse en el andén de la estación del eléctrico de Estoril al regente al-



mirante Horthy. Toda la vida de este ilustre anciano, que mueve a compasión y a respeto, fué una paradoja. Era almirante de un país que no tenía mar y que en consecuencia no tenía flota, y regente de un Reino—Hungria—que, incluso, carecía de familia real. Seguramente conocen ustedes la anécdota que se atribuye a Roosevelt, en la que no comprendía como un almirante que no tenía flota ni mar declaraba la guerra a los Estados Unidos, siendo, a su vez, enemigo de los alemanes. La cosa parece un cuento de Kafka, pero responde a la verdad. En realidad, todo lo que ha ocurrido en Europa en estos últimos quince años parece haber salido de la pluma del autor de «El proceso».

HAGAN JUEGO, SEÑORES

Dado lo avanzado de la estación, la playa de Estoril estaba casi desierta. Aunque el tiempo era delicioso, el agua debía tener una temperatura polar. Conté sólo cuatro bañistas, las cuatro mujeres, y, como no podía ser de otra manera, todas ellas eran inglesas. Sin duda estaban apurando los últimos rayos de sol, antes de meterse en el «puré de guisantes» de Londres, que es como le llaman allí a esa niebla baja, pesada y sucia que sale del Támesis y de las chimeneas de las fábricas.

El famoso Casino estaba totalmente desierto, por la sencilla razón de que todavía no había abierto sus puertas. Es un edificio arquitectónicamente sin valor alguno, porque responde al estilo de una época de pésimo gusto: la de «los años veinte», como dicen los americanos. Por dentro es amplísimo y lujoso; por fuera es como un flan de cemento. Delante de la fachada que da al mar comienza un jardín en rampa, típicamente portugués. Los jardines portugueses, al me-



Tipos y lugares de la pintoresca Costa del Sol

nos los que yo he visto, no están hechos con una preocupación geométrica, tienen aspecto de viveros de flores y arbustos. Don Cecilio los habría desaprobado.

La primera vez en mi vida que entré en un gran Casino de juego fué en Bad Neuenahr (Alemania). En cinco minutos me volaron diez marcos, e inmediatamente organicé una retirada estratégica. En Estoril no tuve ocasión de exponer a la voracidad de la ruleta los 50 escudos que llevaba preparados para el sacrificio. Fué la tasa que le puse a la curiosidad de ver desde la barrera cómo algún potentado se tiraba a la arena con una fortuna en fichas, listo para desbancar.

Como me imagino que los caprichos de los multimillonarios siempre son tema periodístico, contaré uno de ellos.

Uno de los más lujosos bares de Estoril, instalado en una terraza frente al mar y con una playa al pie, vivía más o menos espléndidamente del consumo que en él hacía cierto magnate y de las gentes que por snobismo social le acompañaban. Una noche, el magnate en cuestión pidió una botella de «whisky» de una manera exótica. No se la pudieron servir, y el cliente, indignado, se marchó. Poco después, el bar tuvo que despedir a sus camareros y dar golletazo al negocio. Se nos ocurre pensar que esto no le podría ocurrir a Perico Chicote, gracias a su museo de bebidas.

AS FURNAS LAGOSTEIRAS

Los portugueses, como los gallegos, son grandes degustadores de marisco. Una tarde, unos amigos me invitaron a devorar una langosta, cosa a la que siempre estoy predispuesto, y enfílamos la autopista hasta cerca de Cascaes, pueblo marinero de las características de Cadaqués, en el que habitualmente veraneaba la familia real portuguesa. En esta parte de la Costa del Sol, el mar ha abierto en los acantilados profundas grutas, de bóvedas muy altas. Todo parece indicar que ciertos avispados hombres de negocios estaban esperando a que

el Atlántico terminase esta ingente obra de cantería para explotarla convenientemente. Así, al lado de la carretera, para mayor comodidad, han instalado una especie de rústicos cobertizos, de los que arrancan hacia las entrañas de la tierra unas escaleras de madera. Cuando uno ha descendido cien peldaños se encuentra en el interior de una de estas grutas. Hacia la mitad de su altura han tendido un piso de madera, de forma que debajo bate el mar con violencia, sirviendo de techo el de la misma gruta. Alguien se maravilló alguna vez de que el hombre pudiese imitar con tanta maestría la bóveda de una gruta labrada por el mor. Nadie se molestó en decirle que, en realidad, no se trataba de una imitación.

Sobre el tablado tendido entre la bóveda y el mar, dentro de la gruta, uno puede sentarse a la mesa para darse un atracón de marisco, e incluso bailar al son de una orquesta. Otras escaleras conducen hasta el mismo mar, que entra como un martillo por la boca de la gruta. Aquí están los viveros de langostas. A la luz de una linterna se las puede ver a millares, inmóviles y acorazadas. El cliente, si es un experto, hace un concienzudo examen de la asamblea y elige un robusto ejemplar. La operación del apartado dura unos minutos. Y al cabo del tiempo reglamentario, el succulento animalito aparece por un extremo de la gruta en una bandeja, bien a la americana, bien con la púrpura cardenalicia, bien con el rojo thermidoriano. En todos los casos, deliciosa. Si se tiene la fortuna de elegir un buen vino «verde», para el acompañamiento, el paladar registra una de sus más memorables jornadas, y el peligro de indigestión es inminente.

Hay varias de estas «furnas lagosteiras»—grutas langostas—en el trecho de costa a que me he referido, donde también están las pavorosas Bocas del Inferno, y me ha sorprendido mucho que tales prodigios no figuren en los itinerarios gastronómicos de Europa. La cosa merece la pena, y sé de quien al leer esto hará rá

pidamente las maletas para efectuar una exploración meticulosa.

HIPOCAMPOS

No lejos de las Bocas del Inferno, un hombrecillo, muy simpático, tiene instalado un tenderete de «souvenirs de Cascaes»: Tinteros, ceniceros, collares, etcétera; todo hecho con restos de moluscos. Esta industria es bastante corriente allí donde hay playas y turistas. Pero en el tenderete de este hombre he descubierto una pieza bastante insospechada: hipocampos, o caballitos de mar. La «elaboración» es muy sencilla. Los pescan con una red, pues por aquí hay muchos, y los ponen a sear al sol. Cuando están completamente secos, los pintan de rojo, de azul o de verde, con óleo. Producen la impresión de que están fabricados con material plástico o de que son de laca japonesa. Por una vez he visto claro eso de que la naturaleza imita al arte. En el caso de los hipocampos, es verdad. No puede pensarse en un «bibelot» más fantástico y exótico. Yo siempre he creído que el caballito de mar es un animal que nació para hacer carrera en un circo ecuestre. Lo triste es que uno no puede convencer a nadie de que estos hipocampos de Cascaes son de verdad. Para demostrarlo habría que romper uno y entonces cuando nos negamos a semejante prueba, como si en realidad fuese de laca o de porcelana.

UNA SUGERENCIA TAL VEZ RAZONABLE

Y aquí terminan, amable lector, las crónicas sobre mi viaje a Portugal, es desconocido. Elegí este título porque nuestro hermano siamés peninsular es un desconocido para muchos españoles. No sé por qué, pero así es. Sin embargo, pocos países pueden resultar tan atractivos y tan dignos de ser admirados y amados como Portugal.

En Portugal se está llevando a cabo una de las experiencias políticas más interesantes de Europa; en Portugal gobierna uno de los estadistas más geniales de este siglo; en Portugal hay una ciudad que se llama Lisboa y que posee una belleza y un encanto incomparables. Todo esto pesa hoy en el mundo entero.

Yo quisiera terminar mi última crónica sugiriendo que se implantase en la Península algo que ya está en vigor en los seis países que constituyen la problemática unidad política europea: La facilidad de tránsito por la frontera, estableciendo un pasaporte común o algo similar. Del acuerdo luso-español del 21 de mayo de 1941 a esto no hay más que un paso. Pienso que de esta manera las dos naciones peninsulares tendrían más ocasiones de cultivar una amistad y un mutuo conocimiento que hoy son más necesarios que nunca. Giordano una frase del mismo doctor Oliveira Salazar, dirigida a otro país y refiriéndonos exclusivamente a ese punto de las facilidades de tránsito, concluiremos diciendo que, tanto portugueses como españoles, no debíamos contentarnos solamente con la antigüedad de nuestra amistad, como no nos hemos contentado en otras cuestiones.



La Costa del Sol está poblada de villas estratégicamente situadas. Sobre el marco incomparable de esta maravillosa tierra, el visitante encuentra un maravilloso y desconocido tipismo

ESTE ES AZORIN

(El canciller de las pequeñas cosas)

SEGUN SU PROPIA CONFESION
DE PEQUEÑO SOLO ASPIRABA A
UNA VIDA VULGAR Y CORRIENTE

HOY ES MAESTRO INDISCUTIDO

El nombre de Azorin me es familiar desde mi infancia. En mi casa se discutía sobre él. Mi padre no era azorinista—perdónese me el neologismo—, mi tío Ramón lo era, y muy entusiasta. Desde niño, por consiguiente, he asociado siempre en torno a la figura del gran escritor la idea de polémica, de discusión.

Algunos años más y me enfrenté con la obra de Azorin. Entonces ya no se le discutía, se le acababa. Poco después originó una nueva polémica al hacer teatro y al publicar su primerosa colección de cuentos *Blanco en azul*. Hoy no cabe discutir la obra de Azorin, cabe estudiarla, respetarla, admirarla, pero nada más.

Pero en estos momentos no es mi ánimo hacer un estudio, por breve que fuera, de la producción literaria de Azorin. Ocurre que a algunos escritores su vida hace olvidar su obra, por ejemplo, el conde de Villamediana, cuyos sonetos no se han popularizado lo que debieran en antologías y colecciones para dar paso a los amores reales y al impulso soberano. En otros casos sucede lo contrario, como le ha sucedido a Azorin. Su vida transcurre placida, sin escándalos, sin altibajos. En algunos momentos se discute algún libro de Azorin, pero casi siempre se olvida a la persona que lo ha escrito.

Es preciso reconocer que la figura de Azorin no se presta a la anécdota pintoresca, ni a escenas con fondos de bohemia trasnochada. Su aislamiento, su gesto impertérrito, su laconismo—hoy habla mucho—han sido las causas de que el escritor español que indudablemente más ha influido por su obra en las modernas generaciones haya sido el que menos influencia personal haya tenido. Y en verdad, esto es injusto. Lo más admirable de Azorin acaso sea su exquisita corrección, su cordialidad, su bondad sin lími-

tes, su buen gusto en todos los órdenes. Por uno de esos azares de la vida pude conocer su persona intimamente, y en verdad que vale la pena contarlo.

EN LA CIUDAD TERRIBLE Y ADUSTA

Por razón de mi profesión concursé y obtuve una Notaría en Yecla. Ya parece tópico el que esta ciudad sea terrible, según Baroja, y adusta, según Azorin. La conocía solamente por mis lecturas de *La voluntad* y de *Camino de perfección*. Llegué a fines de agosto. Bajé en una estación en la que lo único pintoresco era una especie de automotor que le llaman *chicharra*, que en poco menos de una hora no le deja a uno un hueso sano y que me aseguraron que era un verdadero tren, cosa que no pienso discutir jamás. Me encontré en un pueblo sin fisonomía propia. Amplio, bien trazado, aparentemente rico, sin aire de sordidez ni suciedad, un parque cuidado y bonito con preciosas rosas y mansas palomas. En la calle principal me encontré con un magnífico local de espectáculos en el que se anunciaba una película que había podido ver hacía dos meses en un cine de la Gran Vía madrileña. Bares modernos instalados con lujo. La gente discurría limpia, y luego pude apreciar que no puede ser más hospitalaria de lo que conmigo han sido, sin distinción de clases.

A las once horas de llegar a Yecla me hablaron de Azorin. Un grupo de gente culta, como acaso no la haya encontrado en otros lugares de España, me hablaron de tan insigne maestro. Se me enseñaron ejemplares de *Charivari*, de la primera edición de *La vo-*



El joven Azorin cuando empezaba a hablarse de él



Don José Martínez Ruiz, «Azorin», cuando comenzó a concitar sobre él la polémica y la discusión

luntad, de *Las confesiones de un pequeño filósofo*... Se me habló de la labor efectuada en este pueblo con motivo del cincuentenario—si mal no recuerdo—de la impresión de *La voluntad*. Entonces, cuando vi fotografías de lugares y personas comprendí todo el valor de la obra de Azorin. Según su propia confesión, no quería, de pequeño, ser general ni obispo, sino una de esas vidas vulgares y



Retrato de Azorín, por Jenaro Lahuerta

corrientes. Y la vida de Azorín ha tenido una prodigiosa ubicuidad para calar hasta lo incomprendible en vidas que aparentemente eran anodinas, grises, sin interés, pero que su genio las ha hecho inmortales. Esos *primores de lo vulgar*, según certera frase de Ortega y Gasset, se me reveló en Yecla con toda su fuerza, y así pude comprender todo el valor de un endecasílabo de Francisco Javier Martín Abril cuando le llama *el canciller de las pequeñas cosas*.

DON PACO

Pero a quien debo el conocimiento de Azorín es a don Paco Martínez. Mi compañero de residencia, don Francisco Antonio Jiménez, un día—Dios se lo pague—me presentó a su tío. Este señor es muy fácil de encontrar en Yecla. Cuando veáis que una niña se acerca a una persona de unos setenta y nueve años—aunque aparenta muchísimo menos—y con alegría y cariño le diga: *Adiós, don Paco*, ya sabéis quién es. Don Paco Martínez es persona abierta, cordial, cariñosa; su poco dinero se le gasta en obsequiar a nifios y no tiene más que dos ideas fijas: un odio terrible a los gorriones—sobre todo a uno del pueblo que no es momento de nombrar—y un culto extraordinario por Azorín. Por Azorín como escritor, como hombre, como amigo, como compañero, como sabio, como todo. Es muy difícil imaginar un culto mayor. Y don Paco Martínez me ha hablado a lo largo de cuatro años de su amigo.

Estas conversaciones las recordaré siempre en mi vida. Don Paco me acompañó al jardín de los padres escolapios y me enseñó *la ventana de Azorín* que tan acertadamente glosó mi compañero Francisco Antonio Jiménez. Don Paco me enseñó la casa de Daza, la de Menchirón, la de Angeles, y todos los personajes azorinianos cobraron vida de igual forma que para el maestro cobran actualidad los clásicos que tan genialmente ha estudiado.

Y poco a poco ha ido surgiendo a través de anécdotas y sucedidos la verdadera fisonomía de Azorín, he ido conociendo su amor por la

higiene, su afición a largos paseos, su afán de madrugar, su odio al tabaco, al alcohol y a la permanencia en cafés; su generosidad, su atildamiento y buen gusto en el vestir, y sobre todo, su bondad. Bondad para las cosas, para las personas, jamás un gesto duro, una frase mordaz, siempre alentador con el que empieza, cordial con el que triunfa. La envidia y el resquemor son sentimientos desconocidos por Azorín.

Es muy difícil contar todo lo que don Paco me ha ido narrando. Su memoria prodigiosa y su amena charla sólo pueden compararse con su precioso estilo de escritor. ¡Lástima que no quiera legar a la posteridad todo lo que sabe! Solamente procuraré recoger lo más saliente de las diversas épocas de su vida.

AZORIN, COLEGIAL

Con motivo del homenaje que el pasado mes de octubre tributó Yecla a su más ilustre hijo adoptivo, se ha popularizado mucho la iconografía de Azorín como colegial. Su modo de pensar entonces nos es conocido también a través de *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Lo que ya no es tan conocido es cómo en tan temprana edad sentía ya Azorín su vocación de escritor. En cuadernos del colegio, en hojas de papel, escribía siendo niño nada menos que un periódico. Naturalmente, era manuscrito y, como consecuencia, *la tirada* alcanzaba a tres o cuatro ejemplares. Las noticias ya se puede calcular cuáles eran: *Nuestro compañero Fulano de Tal fué castigado el día de ayer a quedarse sin postre*, las novedades en los estudios, etc.

Es una verdadera lástima que no se conserven hoy tales cuadernitos, que entre las ingenuidades propias de un niño tal vez revelarían un núcleo iniciador de la destacada personalidad que iba a irrumpir muy pocos años después en las letras españolas.

En esta época parece ser que Azorín fué disciplinado y limpio. No fué un magnífico estudiante, pero siempre demostró una inteligencia clara y ordenada.

Acabado el bachillerato, se tras-

lada a Valencia y cursa sus estudios de Derecho, y ya en esta época empieza a hablarse de él.

AZORIN, UNIVERSITARIO

Azorín vive en una casa de huéspedes. Nadie quiere dormir en su habitación. La razón es muy sencilla. Al amanecer se levanta y abre de par en par todas las ventanas y se pone a leer y escribir incansablemente. Los demás estudiantes prefieren dormir unas horas más y no lo toleran. Sólo lo aguanta su amigo Paco Martínez, que comparte con él su habitación durante todo este tiempo.

Azorín no asiste con frecuencia a clase. Es un mal estudiante de Derecho, pero busca incansablemente por puestos de libros. Sus largas horas de lectura no tienen más descanso que enormes paseos de varios kilómetros. Azorín disfruta de buena posición económica y hace que lo vista al mejor sastre de Valencia y que emplee en él los mejores paños ingleses. Luce un precioso reloj de oro que le regaló su padre.

Era por aquellos años catedrático de Derecho Político y Administrativo don Eduardo Soler Pérez, hombre muy aficionado a dar abundante bibliografía monográfica para todos cuantos puntos explicaba. Un día explicó en cátedra los diversos regímenes penitenciarios y recomendó la lectura de *Las prisiones*, de Kropotkin, añadiendo: *obra traducida por don José Martínez Ruiz, con notas del traductor que avaloran la obra*. No hay que decir que el traductor y el autor de aquellas notas que tanto recomendaba el profesor se sentaba como alumno en un banco del aula. Fué quizá su primer éxito literario, y en verdad de los menos conocidos.

Azorín, ya lo dije anteriormente, no fumaba. Su compañero de habitación, Paco Martínez, fumaba incansablemente. Azorín le dijo algunas veces que le gustaba verlo fumar porque no había conocido a nadie saborear de aquella manera el tabaco. Y sobre esto hay una anécdota—varias veces repetida—que prueba la exquisita sensibilidad de Azorín para todos, haciendo favores de manera que no pudieran ni darle las gracias, que es lo que hacen los grandes señores.

Algunas veces, en la misma mesa estudiaban Azorín y Paco Martínez. Transcurría el tiempo y Paco no fumaba. Azorín llamaba a una criada de la casa y la mandaba a comprar tabaco. Cuando lo traían abría el paquete y lo dejaba sobre la mesa, y con ello empezaba a echar humo su amigo. Otras veces, al acabar de comer observaba que los que habitualmente iban al café se quedaban sentados a la mesa un poco tristes. Azorín dejaba unas monedas sobre la mesa y se iba, mientras sus compañeros, con la natural alegría, se dirigían al café habitual, hora que solía emplear el generoso ionante en dar sus largos paseos o en continuar su busca de libros por las tiendas de viejo.

Entonces editó su primer libro. La edición costaba aproximadamente cien pesetas y no disponía de aquella cantidad, y empeñó su reloj de oro. Una vez editado el

libro lo regaló a diversas personas. Lo malo es que al poco tiempo vino su padre a Valencia, y Azorín, enemigo acérrimo de estar en cafés, ordenó a sus amigos que vinieran con él y con su padre a tomar café después de comer. Azorín estuvo allí mucho tiempo, y cuando se quiso marchar su padre se marchó con sus compañeros. Alguien le preguntó por la novedad de que fuera y estuviera en el café, y respondió que lo había hecho con todos ellos para evitar que su padre le preguntara por el reloj, que seguía empeñado.

AZORIN, PERIODISTA

Ya hemos visto cómo desde niño Azorín tuvo vocación de periodista. Esta vocación la ha mantenido hasta los momentos actuales. Fué en la Prensa diaria donde se popularizó su nombre y en donde acaso haya que buscar la última clave para comprender toda su obra. A fines de siglo, en plenas luchas políticas desatadas, sobre un fondo turbio de muñidores, elecciones, caciquismos y toda clase de bizantinismos políticos, la pluma de Azorín con su estilo sereno, límpido, es un verdadero flagelo. No importa lo que atacara, lo importante es que nada contenta a este joven inquieto y que sueña con una España mejor en todos los órdenes.

Desde el primer momento se le abren las Redaciones de todos los periódicos valencianos, pero aquello no bastaba, necesitaba más amplios horizontes, y un día se marcha a Madrid.

Salió de Valencia a la conquista de fama en el mixto, y en un vagón de tercera. Anota este dato porque no sé por qué lo considero interesante. Años después, otro escritor caracterizado de la generación del 98, Antonio Machado, nos iba a hablar de los paisajes de Soria vistos desde el asiento de un vagón de tercera. No creo que esta coincidencia sea una casualidad, sino una común actitud ante las cosas para verlas desde un determinado ángulo.

Llega a Madrid y en seguida es conocido. Su personalidad literaria no pasa inadvertida, y físicamente Azorín procura destacarse usando siempre monóculo. Además populariza el paraguas de seda roja que acostumbra a llevar. Lleva poco tiempo en Madrid y ya recibe Paco Martínez noticias suyas. Un día es una tarjeta, en la que le dice que ha entrado en la Redacción de un periódico. Otro día es una tarjeta aun más lacónica: *Ayer fui testigo de un duelo en el que se batió Lerroux*. Y así, día tras día, vive en aquel Madrid alborotado, en el que un artículo suyo origina una huelga de estudiantes.

Mientras tanto, Azorín estudia incansablemente. Muy joven, creo que no había cumplido los veintidós años, publica su ensayo sobre el teatro de Moratín y sobre todo recorre pueblos y lugares. Recrea a los clásicos y nos descubre pueblos olvidados de la ruta del Quijote y nos habla de sus habitantes, de don Antonio, de don José, de sus muchachos, de sus problemas, de su vida en general.



Azorín, pintado por Ignacio Zuloaga

Pero no se trata de trazar una biografía, sino de dar a conocer algunas anécdotas.

AZORIN, POLITICO

Azorín obtiene un acta de diputado. De diputado ciervista. No es precisamente su temperamento el más adecuado para unas luchas parlamentarias. Azorín actúa fuera del Parlamento. Pero no puede sustraerse a su carácter de diputado y recibe visitas de los pueblos. Un día, a la salida del Congreso, se encuentra con un grupo de yeclanos, entre los cuales está su amigo Paco Martínez. No les deja hablar; pregunta: *¿Cómo está todo por allí?* Y cuando le contestan que muy mal, responde rápido señalando al interior del edificio: *Pues aquí está peor*, y sin dar lugar a nada más se marchó calle arriba.

Otra vez viene una Comisión de Yecla a quejarse a Azorín de lo que califican de atropellos de los ciervistas contra los que no militan en su partido. La respuesta de Azorín es rápida y rotunda: *Haceros todos ciervistas*. Y en esto se equivocó el primer conocedor de los pueblos de España. En ningún pueblo ha habido una visión nacional de la política. Ha habido partidarios de uno y de otro, pero siempre dentro de un marco local, y esta rivalidad se ha enmarcado con nombres de partidos nacionales. Si en Yecla todos hubieran sido ciervistas, a los pocos minutos hubiera habido por lo menos dos clases de ciervistas.

Pronto abandonó Azorín su carrera política, pues no era su vocación. El tenía que influir en la vida española, como efectivamente influyó. Acaso jamás en la Historia de España un grupo de hombres haya influido más en la política, en la Administración y en la vida nacional que el grupo de la generación del 98—Unamuno, Maeztu, Machado, Baroja, Azorín—, y eso con menos actuación desde las esferas del Gobierno. Dotados de exquisita sensibilidad supieron encontrar otros cauces distintos de los escaños parlamentarios.

Cuando la guerra civil acaba se encuentran un día en Madrid don Paco Martínez y Azorín. Este pregunta a su amigo por los daños causados en Yecla por la ola roja, pregunta por el antiguo colegio, por la iglesia vieja, y entonces se entera que todo ha sido destruido por el llamado *movimiento obrero*. Azorín, muy agudamente inquiera. *¿Y Bancos? ¿Cuántos Bancos han quemado?* Le contesta don Paco que ninguno—en realidad, en ningún sitio se quemó un Banco—, y Azorín replica breve y tajante: *No lo entiendo*. En verdad es un hecho evidente que no comprende Azorín ni nadie.

AZORIN, MAESTRO IN-DISCUTIDO

Ha transcurrido el tiempo, mucho tiempo. La obra que inicia un adolescente allá en tierras levantinas ha dado su fruto. Hoy nos sumergimos en los límpidos cristales de su prosa tan personal, tan límpida, como nos sumergimos en los clásicos. El maestro ha envejecido. Se perfila su cara y su frente siempre noble se hace aún más noble. Cumple ochenta años y anuncia su propósito de retirarse de las letras entonces todos piensan que hay una deuda pendiente con Azorín. Todos, absolutamente todos, debemos a él parte de nuestro pensar y de nuestro sentir. Azorín, que tan discutido fué, hoy no lo discute nadie; lo estudian, lo respetan, lo admiran.

Es la Diputación Provincial de Alicante quien primero organiza un homenaje. En Alicante se expone una iconografía azoriniana, así como una Exposición de sus obras en diversas ediciones. Se pronuncian conferencias sobre el maestro, y como culminación se inaugura una lápida conmemorativa en la casa en que nació, en Monóvar. Azorín no puede asistir, pero vive emotivamente todos y cada uno de los momentos.

Pocos meses después, es Yecla, la ciudad en que se fué formando su espíritu, quien organiza otro homenaje. Conferencias, juegos florales, un monumento a

Azorín en el parque y una lámpara en la sala de estudios que tan conocida nos es por su descripción en *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Tampoco asiste el maestro, que se excusa con una carta y envía unas cuartillas que se leen en los juegos florales. En estas cuartillas he podido ver por primera vez en la obra de Azorín —siempre diamantina por su limpieza y por su dureza— un trémolo de emoción. Este estremecimiento emotivo lo sentimos cuando en el teatro de Yecla la voz del Alcalde, don Ricardo Tomás, nos transmitía el mensaje del maestro: *Ya no volveré a vivir este momento... Cuando pasajera-mente retorne, dejaré en el espíritu una estela inefable de melancolía... ¿Y dónde está... la figura de Elena, fina, elegante, graciosa?... ¿Y dónde el varón grave, enhiesto, de faz serena, con sus negras ropas talaras, que a menudos pasos, silenciosos, camina por los anchos corredores del colegio?... Perdonadme: este lugar encantado—como otro lugar en Levante, próximo al Mediterráneo—lo es para mí doblemente: por el afecto y por el arte.*

En este homenaje de Yecla, que en realidad fué un homenaje nacional que tuvo a Yecla por marco, me dijo el Presidente de la Diputación de Alicante que todos estos homenajes no eran más que una preparación para el homenaje nacional al maestro, que era necesario. Y así ha sido.

EPISTOLARIO INEDITO DE AZORIN

Estilísticamente es Azorín uno de nuestros más originales y destacados escritores. Sus artículos, cuentos, novelas, ensayos así lo pregonan. Pero quizá donde más brille su destacadísima personalidad es en la multitud de cartas que ha escrito. Las cartas de Azorín no se parecen a ninguna. Sean cartas de felicitación, de pésame, contestando a una anterior, etcétera, son siempre de una originalidad y faconismo sorprendente. Suele firmar con su seudónimo de Azorín, pero tampoco es raro que a algunos íntimos se firma Pepe. Don Paco Martínez conserva una carta en que se firma así. Posteriormente ha recibido otra extensa y preciosa, con la que contesta a otra escrita cuando cumplió sus ochenta años. Esta carta está enmarcada como una reliquia. Muchas familias de Levante tienen cartas de Azorín. Mi amigo Francisco Pérez Verdú conserva una en la que le da el pésame por la muerte de su madre. Alguien debería ir recogiendo estas cartas o, por lo menos, copias auténticas de las mismas para publicarlas, después de hecha una selección, en un volumen.

No solamente se completarían así las obras que han salido de la pluma del escritor, sino que se daría a conocer una de las dimensiones menos conocidas y, sin embargo, más características de Azorín. Su exquisitez, su corrección, su buen gusto y, sobre todo, su cordialidad y amor hacia todos los hombres.

Eliseo GARCIA DEL MORAL

LA MUJER ALEMANA



Ejercicios de lucha que la mujer alemana practica para su defensa en la vida. El «Judo» es la especialidad del día.

FRAU Kühn era una mujer sencilla que nunca pensó en la popularidad que iba a obtener en su país cuando un buen día decidió romper su matrimonio. Ni aun después de que su marido le negó un anticipo para pagar las costas del juicio en que debía tramitarse su divorcio se le ocurrió imaginarse que su nombre iba a aparecer en todos los periódicos alemanes, que su caso iba a ir de Tribunal en Tribunal hasta llegar al Supremo, y que incluso se iban a aprovechar sus desavenencias familiares para plantear un problema jurídico-político de la envergadura que tiene el tan discutido tema de la igualdad de derechos de ambos sexos.

EL CASO DE FRAU KUHN

El caso de Frau Kühn, pendiente en estos momentos de la decisión que tome el Tribunal Supremo Federal de Karlsruhe, marcará, con la decisión que el citado órgano jurídico tome, si existe o no realmente igualdad de derechos entre el hombre y la mujer en Alemania. El litigio de este caso no oscila en estos momentos entre si debe o no con-

cederse el divorcio a las dos partes interesadas, sino si tiene o no razón el marido en negarse a anticipar el dinero a su mujer, ya que, según aquél, la igualdad de derechos plantea también la igualdad de obligaciones, y por lo tanto no se considera obligado en lo más mínimo a participar en el sostenimiento económico del proceso de divorcio solicitado por su esposa.

Resulta difícil imaginarse para los que conocen Alemania el que todavía a estas alturas se pueda discutir si existe o no igualdad jurídica entre el hombre y la mujer. Naturalmente, esto es algo de lo que no se podría hablar seriamente con cualquier mujer germánica, dispuesta siempre a hablarlos, con una petulancia casi pueril, de su emancipación e independencia, aunque hechos como el que preocupa en estos momentos al Tribunal de Karlsruhe corroboran la impresión de que las cosas no están tan claras como podría deducirse de las conversaciones sostenidas con alemanas y en las cuales, como recientemente se me dijo, su independencia les perjudica considerablemente en sus proyectos

EMSE HA EMANCIPADO CASI TOTALMENTE



Prácticas domésticas en un curso para mujeres. A la derecha, la mujer policía practica su puntería

SEXO DEBIL DEJA SENTIR SU INFLUENCIA EN TODAS LAS ACTIVIDADES

matrimoniales, ya que los hombres de Alemania no llegan del todo a acostumbrarse a tener una mujer que pretenda mantener su independencia dentro de la sociedad conyugal.

CONSECUENCIAS DIFÍCILES DE LA IGUALDAD JURIDICA

Según el art. 3.º de la ley Constitucional (Grudgesetz), tenía que llevarse a cabo una reforma del Código civil antes de 1953. Una comisión especial, en la cual figuraba una destacada jurista, Frauma Hagemeyer, miembro del Tribunal Supremo, fué encargada de elaborar el correspondiente proyecto. No obstante, a pesar de que en el proyecto se declaraba de una manera tajante la igualdad de ambos sexos, el Gobierno no se decidía a promulgarlos y tenía la intención de proclamar la vigencia de esta igualdad en abril de 1955. De acuerdo con estas intenciones, el Gabinete de Bonn pidió al Tribunal de Karlsruhe que aplazase su decisión, cosa a la que se negó el presidente del mismo, por considerar que es necesario a estas alturas, con o sin estatuto familiar, el saber a qué atenerse en tan importante cuestión.

La igualdad jurídica de ambos sexos es entendida en Alemania de una manera radical y se sigue en casi todo el ejemplo de la legislación sueca en este asunto, que sólo es superada por las leyes soviéticas que llegan en su extremismo a suprimir incluso la obligación de vida en común de los cónyuges. Este espíritu vanguardista, que ha levantado naturalmente el recelo de católicos y protestantes, ha sido una de las causas que ha motivado el que el Gobierno de Bonn no se decida a dar fuerza jurídica al proyecto. Por otra parte existen ciertos temores de que los alema-

nes, tan propensos a llevar las cosas hasta el extremo, lleven la igualdad hasta sus últimas consecuencias y por ello se provoquen casos de verdadera dificultad. Un ejemplo de esto que decimos se puede encontrar en la decisión recientemente adoptada por un Tribunal de Augsburg, donde se obligó, tras de separar a un matrimonio, a que la mujer sostuviera al marido divorciado, ya que éste se había arruinado y no se encontraba en situación de mantenerse. Indudablemente, la igualdad de derechos entendida de una manera rigurosa puede llevar a situaciones tan paradójicas como ésta.

VIDA PRACTICA FRENTE A FEMINEIDAD

Dejando aparte todas estas cuestiones jurídicas y observando las cosas desde la calle, hay que reconocer que la mujer alemana se ha emancipado casi totalmente. La guerra, como es natural, ha fomentado este proceso, que en todos los países se desenvuelve con un ritmo más o menos acusado. Además, en el caso concreto de Alemania, a la emancipación, ha contribuido otro factor que deja sentir su influencia no sólo en ese terreno, sino en todas las actividades germánicas. Nos referimos al deseo que hoy muestran los alemanes, no sé si voluntaria o forzosamente, de abandonar todas las



La policia femenina alemana conferencia en plena calle con un policia militar americano

normas que caracterizaron la vida durante la época que precedió inmediatamente al estallido de la última guerra mundial. Tras la Constitución de Weimar, las mujeres alemanas adquirieron voto, con lo que lograron este derecho veinticinco años antes que las francesas. No obstante, la mayoría de ellas no hicieron mucho uso de esta franquicia, sobre todo en lo que se refiere a su intervención en la vida pública. El nacionalsocialismo se mostró contrario a ciertos aspectos del proceso de emancipación y marcó como norma para la mujer el someterse a lo que se llamaba en Alemania las tres K: Kinder, Kirche, Küche (niños, Iglesia y cocina). Ahora, para llevar la contraria a todo aquello, se propugna que la mujer abandone estas antiguas normas e intervenga en todas las actividades.

PREOCUPACION POR LA POLITICA

Es indudable que en los últimos años las mujeres alemanas

participan activamente en la vida pública de su país. De todos modos sería injusto el afirmar que el nacionalsocialismo fué un obstáculo total para el desarrollo del feminismo. Por una parte, con la Sección Femenina de su partido encauzó, de acuerdo con lo que se proponía amplias y numerosas actividades de la mujer, y, por otra, forzado por las circunstancias que ocasionaron la guerra, recurrió a la mujer para que ésta suplantara al hombre en numerosísimos puestos, e incluso su acción se extendió hasta labores auxiliares de las fuerzas armadas.

En el último Parlamento había 31 mujeres diputadas y, como hemos dicho antes, en el propio Tribunal Supremo figura un representante del sexo débil. Pero no es en la fría realidad de los números donde se puede descubrir la norme participación que tiene la mujer hoy día en la vida pública alemana. Cuando se asiste a cualquier reunión de un partido político o asambleas de tipo cultural, uno descubre una proporción considerable de mujeres y, por otra parte, raro es el Comité directivo que no cuenta con alguna mujer en el mismo.

El deseo de ser igual al hombre en todo y demostrar su independencia, ha traído como consecuencia, naturalmente, el que las mujeres alemanas pierdan muchas de esas cualidades que, en tiempos pasados, constituían la quintaesencia de los ajuetipos elaborados por poetas y literatos.

Estas faltas, que quizá se noten todavía más en la mujer alemana, ya que su propio tipo la predispone en cierto modo a adoptar con facilidad ciertas formas viriles, se podrían caracterizar esencialmente como un abandono considerable, por lo menos durante gran parte del día, de las armas que de tanta utilidad son para la mujer, como son las de la coquetería.

LOS PANTALONES Y LA FEMINEIDAD

Las exigencias de la vida y, por otra parte, este deseo de que ya hablábamos antes de emancipación producen en el meridional una sensación de extrañeza a la que no llega a acostumbrarse, teniendo en cuenta sobre todo el tipo tan distinto de mujer que suele frecuentar. Cuando, por ejemplo, en estos días, en que ya aprieta el frío, sale uno a la calle y se empieza a topar con alemanas que dejan asomar bajo sus abrigos unas piernas empantalonadas y que, con paso recio, sorteando los coches sin ninguna debilidad, se dirigen a sus ocupaciones, uno empieza a pensar que estéticamente la emancipación no es del todo agradable. Además, las mujeres en Alemania, por lo menos en el invierno, se ponen unos pantalones horrosos que apenas si se diferencian de los que llevan los hombres. Porque también en París hay muchas francesas que renuncian a la falda, pero esta renuncia la hacen para contribuir a llamar más la atención sobre ellas. Cosa que

naturalmente no se le ha ocurrido pensar a la vendedora de periódicos cincuentona que me he encontrado esta mañana con sus pantalones y su abrigo de pieles.

El deporte, llevado por el sexo débil a extremos considerables, ha contribuido a realizar este tipo de mujer decidida. Naturalmente nadie está en contra de la práctica del deporte por parte de la mujer; pero como todas las cosas tienen sus límites, es lógico que a uno no le llegue a agrandar del todo el contemplar a estas supercampeonas de carreras y lanzamiento de disco. Además, aunque disponga de una capacidad deportiva excelente, si la mujer renuncia a esa situación de casi voluntaria inferioridad en que se pone muchas veces, se priva quizá de uno de sus principales atractivos. Y por eso, cuando uno en el deporte en que tiene más experiencia, el de la nieve, ve cómo las mujeres alemanas se tiran, no precisamente de cabeza, por las pendientes más empinadas, sin pestañear y sin, aunque sólo sea fingido, ningún temor, cree, aunque esté equivocado, que la igualdad de derechos no debe de llevarse hasta los extremos de hacer el mundo menos agradable.

ALARGAMIENTO DE LA JUVENTUD

Quizá estaba recargando la tinta y presentando un aspecto demasiado sombrío de la emancipación femenina en Alemania. Como todas las cosas humanas este proceso tiene también su lado favorable. Y así, frente a esta pérdida de lo que ha sido tradicional femineidad, la mujer obtiene muchas ventajas que no hay que pasar por alto. En primer lugar, la emancipación trae consigo lo que podríamos llamar la prolongación de su juventud. La mujer, con su mayor libertad, se considera más dueña de su destino y procura divertirse, sin tener en cuenta toda una serie de auténticos prejuicios que hasta hace poco la obligaban a recluirse, sobre todo cuando era soltera, en su casa. Cuando uno sale después de cenar y se dirige a un café o a una cervecería, siempre que no sea alemán, le llama la atención los grandes grupos de amigas cuarentonas que se reúnen en estos lugares públicos con el fin de charlar, divertirse e incluso bailar. Por lo que se refiere a esto último, nada de extraño tiene el ver a parejas de mujeres bailando entre sí, bien por la escasez de varones o por la abundancia de muchachas. Es en estos mismos lugares cuando la mujer alemana se pone sus mejores trapos y se resarce, en cierto modo, de su atuendo hombruno de las restantes horas del día. No hace muchos días, en una típica cervecería de Hamburgo, observaba a un grupo que presentaba todas estas características; y me hubiera gustado disponer en aquellos momentos de una cámara fotográfica con magnesio, ya que así habría podido plasmar gráficamente lo que estaba viendo y luego no se me podría tachar de exagerado. Unas seis o

siete amigas, ninguna de las cuales tenía que cumplir ya los cincuenta, ataviadas hasta el máximo, se divertían en su mesa como no se atreverían a hacerlo un grupo de jovencitas. En su alegría hasta hablaban dando gritos, cosa tan rara en cualquier país que no sea España. De cuando en cuando un respetable señor de una mesa vecina, sacaba a bailar a cada una de ellas por turno sucesivo y las otras se emparejaban entre sí cantando y marcando, incluso exageradamente, el ritmo de las músicas que, en muchos casos, eran de los más modernos. Teniendo en cuenta que no se trataba de mujeres de vida alegre, sino de honradas y divertidas solteras alemanas (lo de solteras no lo puedo certificar, pero me lo imagino), ya se puede suponer lo exótico que para mí resultaba todo esto, sobre todo si se piensa que el resto de los allí reunidos no encontraban la más mínima rareza en todo lo que ocurría. Indudablemente no sólo por esto, sino por muchas más cosas que se podrían decir, la mujer alemana prolonga su juventud o, si se quiere mejor, su vida, ya que no se puede llamar casi existencia a esa especie de muerte prematura, en muchos casos harto prematura, a que se condenan las mujeres casadas y solteras en España. En Alemania, sin llegar a ser como en Inglaterra, donde algunas veces uno llega a creer que no hay nada más que viejas, la mujer cree que aun en los últimos años de su vida tiene derecho a permitirse algunos indiscutibles ocios.

TEMORES DE UNA CRISIS ESPIRITUAL

Por encima de todas las normas jurídicas actuales en vigencia y en proyecto, el porvenir de la mujer alemana depende en gran parte del proceso de transformación de su actual juventud. En realidad, sus formas actuales de vida son fruto de otras generaciones que actualmente declinan. La guerra, la posguerra y las circunstancias actuales, todas ellas con una serie de fuertes consecuencias, constituyen los tres impactos a los que tendrá que dar una respuesta adecuada la juventud femenina de Alemania. Esto explica la particular preocupación que muéstrase hoy por descubrir la situación espiritual de las muchachas alemanas. Han sido asociaciones femeninas las que más han intervenido cerca del Gobierno para que elaborase, con las debidas precauciones, el futuro estatuto familiar que se deduce de la absoluta igualdad de derechos. Por otra parte, católicos y protestantes quieren saber si es una realidad la existencia de una crisis religiosa entre la juventud femenina, crisis que según algunos es un hecho totalmente real, a pesar de que las mujeres alemanas de las nuevas promociones sigan agrupándose oficialmente en los cuadros de sus respectivas confesiones como si nada hubiera ocurrido.

José Manuel GARCIA ROCA
(Enviado especial Berlín
Hamburgo.)

COMUNIDAD DE TRABAJO CONTRA CAPITALISMO TOTALITARIO

Por Joaquín Reguera Sevilla
Director General de Trabajo

El capitalismo ha llegado a su estación de término. Y la estación terminal es la Rusia supercapitalista. Triste destino para una teoría económica.

Cuando los turistas de las doctrinas mercantiles iban ingenuamente haciendo el viaje, marchaban alegres y confiados en excursión prometedoras, sin que sospechasen el final que aguardaba a la ruta iniciada.

Empezaron por contemplar el espectáculo de aquel grito liberador de la Revolución francesa, con el que saltaban hechos añicos los últimos reductos de los gremios jerarquizados. El ciudadano no tenía por qué estar sometido a las normas de ninguna organización profesional. Era tan libre para elegir oficio como para convenir el precio de su trabajo. Pero sucedió que esta libertad política, sin igualdad de bienes, favoreció exclusivamente a unos ciudadanos con capacidad económica de espera: los patronos ricos. Estos sabían que aguantando sin comprar trabajo, el precio de éste bajaría, puesto que el obrero vendedor de su esfuerzo humano no podría esperar y se adquiriría entonces a precio barato. De esta forma los operarios tenían que pasar por el sarcasmo de morir de hambre si no aceptaban unos salarios ínfimos; ahora bien, eso sí, investidos de la máxima dignidad liberal, como dijera José Antonio.

La segunda etapa del turismo doctrinario fué para contemplar otra consecuencia del liberalismo económico. El precio del trabajo era un precio cualquiera en el escándalo del valor total del producto. Como luchar el trabajador individualmente era tanto como aceptar de antemano el sometimiento al capricho patronal surgió la necesidad natural de la asociación proletaria, para con la fuerza de la compañía luchar contra el capitalismo también asociado con el mismo fin. Y surgió el grupismo y la lucha de clases.

La tercera etapa del viaje consistió en ver de cerca otro panorama político nuevo: el marxismo. Las luchas de las asociaciones obreras aisladas dividía los esfuerzos. La acción debía ser conjunta y el inútil forcejeo fué rasgado por un nuevo grito: el de «proletarios de todos los países, uníos». La «canalla obrera», palabras de Marx, fué utilizada para la maniobra de gran estilo. Inculcando el odio en las masas miserables se conseguiría el objetivo. La lucha sin cuartel contra aquel capitalismo disperso entre muchas familias plutocráticas.

Y, por fin, la llegada definitiva al término del viaje capitalista: la Rusia contemporánea. A más de a lo que ha llegado la U. R. S. S. no podrá llegar el capitalismo, puesto que el supercapitalismo ruso agota cualquier otra posibilidad. La industria, el comercio y la agricultura pertenecen al Estado soviético. El es titular único, exclusivo y excluyente, de todos los bienes y servicios. El Jefe del Estado soviético es el jefe de la monumental empresa que hay en Rusia. Es el presidente del potente y solitario consejo de administración que allí existe. Caso impar que no llega a tres del supercapitalismo.

Con esta abstracción se cerraron los caminos a la iniciativa privada del capitalismo individual. Para llegar a la riqueza sólo se puede ascender a ella por la tortuosa senda del poder político, porque en Rusia poder es sinónimo de riqueza y viceversa. La coyuntura de igualdad de oportunidades individuales fué proscrita en beneficio de la minoría gobernante dueña de vidas y haciendas, sin más límite que el de la saturación instintiva.

Cuando fallaron los estímulos para servir a este capitalismo ruso y totalitario, al acusarse falta de diligencia en el trabajador, hubo necesidad de acudir a medidas punitivas. Se inventó el «stajanovismo». Quien no rindiera conforme al modelo prefijado por el supercapitalismo estatal sería considerado como traidor a la causa, y el acto sancionado con la deportación a Siberia o el abanico de plomo de las ametralladoras.

Y con la tragedia rusa aun en plena representación terminó el viaje capitalista.

Una ruta nueva y humana la ha emprendido España. Su misión empieza a comprenderla el mundo. Los hombres no han nacido para andar a balazos en contiendas sociales. Si cada pueblo es unidad de destino en lo universal esta armonía internacional no podrá subsistir mientras haya en cada latitud una contienda casera avivada por la injusticia.

España ha dado el ejemplo. El Movimiento está al servicio de la unidad y del estado social. Conceptos que han trascendido a la empresa, actuando en comunidad de trabajo. Nos proponemos fundir en unidad de querer a todos los que cooperen con su esfuerzo al engrandecimiento de la empresa enlazando al capital, trabajo acumulado, con el trabajo, capital acumulante, para dar la batalla a las luchas intestinas que hacen el juego a la fórmula capitalista, hoy ya superada por el triste colofón ruso.

Entendemos que la empresa, antes de nada, es comunidad de trabajo, porque lo que más importa en ella es la exaltación del factor hombre que va desde el jefe al subalterno. Tan productor es el genial gerente que intuye el modo de crear riqueza como el técnico, el administrativo, la mano de obra cualificada y la no cualificada.

Por eso, la institución que premia la permanencia con el plus de antigüedad, y la que hace participe al trabajador en los beneficios, factores que le ligan a su empresa, le responsabilizan a su vez en la marcha del negocio.

La actual conquista del Jurado de empresa, representación sindical en el seno de la misma, es la nueva entidad de armonía laboral para solidarizar los elementos que en ella concurren bajo el mando de un jefe responsable ante el Estado.

El régimen político futuro de los pueblos ha de constituirse sobre soportes de entidades naturales: la familia, el Municipio, el Sindicato.

Pero el Sindicato no será nada si anda funcionando en división de pareceres con grupismos asociativos. Sólo estará bien defendido el trabajador cuando se halle representado por la asociación profesional de su país integrada en unidad sindical. Entonces los Jurados de empresa dispersos caminarán al unisono para que la acción de la justicia social avance por rutas firmes que consagren día a día las exigencias humanas del mejoramiento incesante, espiritual y material, a que tiene derecho el trabajador, más que como sindicalista como hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios.

El Jurado de empresa, servidor de la unidad sindical, es la moderna brecha que ha abierto el Ministro de Trabajo, siguiendo las consignas del Caudillo para que nuestras flechas yugadas engrancen la justicia con la paz social.

Y para que la comunidad de trabajo que entraña la empresa social sea el ejército moderno que derrote ese trágico final del supercapitalismo totalitario.



CRISTÓBAL COLÓN

Y su MONUMENTO de BARCELONA

La reproducción de la carabela «Santa María», anclada en el puerto de Barcelona ante el monumento a Cristóbal Colón

EL hecho histórico de que al regreso de su primer viaje Cristóbal Colón desembarcase en el puerto de Barcelona, presentando en esta ciudad a los Reyes Católicos lo ofrenda de un mundo nuevo, requería el homenaje perpetuo de un monumento.

Así lo juzgaba —antes de levantarse el mismo— un barcelonés, Antonio Fages Ferrer, que solía conmemorar el aniversario del descubrimiento saliendo a la calle con levita y sombrero de copa. Hasta que el 10 de mayo de 1881 el Ayuntamiento constitucional de Barcelona, presidido por don Francisco de P. Rius y Taulet, acordó la erección del mismo, confiando su realización a una Comisión ejecutiva. Se abrió una suscripción popular para aceptar donativos, a la que contribuyó el señor Fages Ferrer con cinco pesetas, mínima cantidad entregada. Era cuanto le permitían su generosidad y su fortuna. La cantidad máxima —por contra—fué entregada por el poderoso naviero don Antonio López y López, con una cifra de 20.000 pesetas.

Fueron aceptados los planos del arquitecto don Carlos Buigas Monrová. La altura total del monumento sería sesenta metros y costaría un millón cien mil pesetas.

UN DEDO DE CINCUENTA CENTIMETROS

La colosal estatua es obra del escultor catalán don Rafael At-

Ascendencia, vida y aventuras de su realización □ 219.000 kilos de metal sobre la base □ **Un suicidio en alas de la fama** □ **La bocamanga del Almirante** □ **Un paseo sobre el rocío** □ **El ascensor único en el mundo** □ **Un Alcalde seis horas suspendido** □ **Un fotógrafo que no hubiera querido ser reportero gráfico del descubridor**

ché y mide 7,70 metros de altura; la anchura de su espalda es de 2,50 metros; 1,20 calzan sus pies; la longitud del dedo índice de la mano derecha es de 0,50 centímetros, y la altura de la cabeza desde la barbilla es de 1,10 metros. El peso total de la figura es de 14.000 kilos. La columna donde se apoya lo figura de Colón pesa 205.000 kilos. Fué comenzada en mayo de 1887 y concluida en marzo de 1888.

Las cifras dan idea exacta de lo que es el monumento.

La primera piedra fué colocada en ocasión solemne, presentes las autoridades de Barcelona y una Comisión del Ayuntamiento de Génova el 26 de septiembre de 1882. Fué inaugurado por Su Majestad la Reina Regente Doña María Cristina el 1 de junio de 1888. Seis años, pues, se tardó en su construcción.

El monumento se montó sirviéndose de un gigantesco andamiaje de hierro realizado por el arquitecto don Juan Torres. Hoy

este hierro es el armazón de un puente sobre un barranco que hay cerca de Murillo de Liéna, en la carretera de Barbastro a Benasque.

El monumento está emplazado en la Puerta de la Paz, situada entre la Dársena Nacional del puerto, el arranque de la Rambla de Santa Mónica y el paseo de Colón.

En ella estamos el reportero gráfico Campaña y yo a las doce menos cuarto de la mañana. Un sol espléndido lo inundó todo. Nos disponemos a entrar en el monumento cuando una feliz pareja, con caras de recién casados, sale al exterior. La «Leica» hace su primer guiño. «Fíjate —dice ella— nos han fotografiado.»

Una vez dentro cambio impresiones con el mozo de guardia y me acerco al mostrador, donde una señorita sirve a unos clientes. Con ella estoy dialogando cuando, al inquirir si vienen muchas personas a visitar el monumento, cruza el dueño, Casimiro

Morales, y oyendo la pregunta, contesta:

—Unas doscientas cincuenta diarias.

Es el momento para inquirir más detalles.

—¿Ha ocurrido algún suicidio?

—preguntó.

—Hubo uno en el año 1929. No sé si fué un sueco o un noruego el que se tiró desde la esfera. Al caer se el enganchó un zapato en el ala de una «Fama» y, rompiéndose una pierna, fué a estrellarse en el pavimento, mientras el zapato salía disparado hasta un solar vecino, que hoy ocupa el Gobierno Militar.

—¿Qué derechos tiene usted sobre el monumento?

—La propiedad radical es del municipio; yo sólo tengo la de explotación.

—¿Le han ocurrido incidentes pintorescos?

—Dos muy buenos. El primero es que con motivo del Congreso Eucarístico se me presentó un matrimonio aragonés con una tarjeta de visita de un señor que, según decían ellos, era amigo mío. Yo, francamente, les dije, como era cierto, que no lo conocía. Se trataba de la recomendación siguiente: que les diera alojamiento en la habitación de lo bocamanga del brazo con que Colón señala América. Una estupenda tomadura de pelo. La segunda anécdota es también reciente. De este año. Un matrimonio de campesinos subió a la esfera cuando allí se encontraban un guardia y un paisano. Al viaje siguiente sube el empleado y se encuentra solamente tres personas. «¿Dónde está su acompañante?», pregunta a la señora. «Por ahí fuera andan», contesta ella. Estaba dando la vuelta a la esfera por la parte exterior, con gravísimo riesgo de su vida, pues se encontraba casi suspendido sobre el vacío, a unos cincuenta metros de altura. Se le conminó para que entrara. Su intención era subir a la figura de Colón. Por fin entró. Cuando bajó y me enteré del caso, le amonesté con dureza. Por toda respuesta me dijo: «Pues si que le da usted importancia a una cosa tan sencilla». La señora, que estaba impasible, lo encontraba también muy natural.

UN MOTOR DE OCHO CABALLOS

En la base del monumento, y frente al ascensor, el señor Morales afirma:

—Su máquina es única en España. Además es un brillante limpio. No ha tenido nunca una avería.

—¿Es propaganda?

—No, señor, no. Está construido en España. Fijese —y me señala una chapa dorada sobre la que leo: Fústed Fabra. Tipo: L. P. F. 921. Barcelona—. La maquinaria es sencilla. Un motor de ocho caballos pone en movimiento un cilindro horizontal de unos ochenta centímetros de diámetro y poco más de un metro de longitud, sobre el que, a manera de hilo en un correte, se va enrollando el cable que acciona al ascensor. En caso de avería del motor puede funcionar el cilindro perfectamente por medio de un volante adosado al motor. En plazos de restricciones el motor consume energía de las grúas del



Fotografía tomada desde la cúspide del monumento, que tiene sesenta metros de altura

puerto. Los cables, tanto el elevador como el del contrapeso, tienen 14 milímetros de diámetro y 124 metros de longitud.

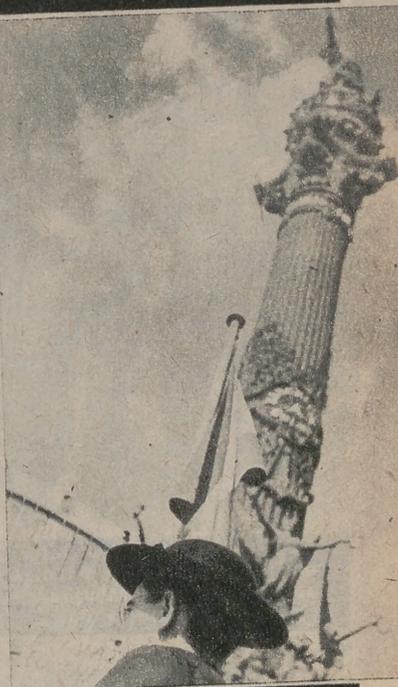
Es hora ya de penetrar en el ascensor. Pero antes de abandonar el sótano conviene decir que se encuentra a unos cuatro metros bajo el nivel de la plaza. Tiene 22 de diámetro con un área total de 379,94 metros cuadrados. El ascensor es de hierro y de forma cilíndrica. Caben unas cinco personas. El viaje completo de subir y bajar los visitantes se realiza en tres minutos. En subir invierte un minuto justo. El señor Morales nos acompaña.

—¿Nunca se ha parado el ascensor en su camino?—le pregunto.

—El día de su inauguración, un año después de la del monumento, el señor Alcalde de Barcelona permaneció suspendido en el ascensor seis horas porque el motor hidráulico que había entonces no funcionó bien.

SE DIVISA MALLORCA CON AYUDA DE UNOS PRISMATICOS

Hemos llegado ya y salimos al corredor circular de la esfera desde donde contemplamos Barcelo-



Y así es el monumento desde abajo. Por el centro de la columna corre un ascensor



El autor del reportaje, padre Milagro, recoge las impresiones de unos visitantes extranjeros al pie del monumento



El P. Milagro recoge información de los limpiabotas ambulantes que trabajan en la Puerta de la Paz

na y el mar. La vista panorámica es maravillosa.

—Desde aquí—dice mi interlocutor—, y en días claros he divisado Mallorca con auxilio de prismáticos.

En el perímetro irregular de la plaza se alzan los edificios del cuartel de Atarazanas y Museo Naval, la Aduana, el Gobierno Militar... En el corredor interior de la esfera donde nos hallamos caben unas 25 personas.

—Pronto—nos dice el señor Morales—, voy a iluminar sólo la estatua de Colón para que por la noche parezca que está suspendida en el cielo. La idea me la sugirió la contemplación de la imagen del Corazón de Jesús que desde el monte Urgull preside San Sebastián. La iluminación que tiene ahora el monumento se estrenó con motivo del Congreso Eucarístico y costó quinientas mil pesetas.

El ascensor acaba de frenar ante nosotros. «Por favor, que voy a abrir», dice el empleado. Y al correrse la puerta sale una pareja con indudable aspecto de recién casados. ¿Habrán subido aquí para estar más cerca de la luna? —pienso.

—¿Por qué se les ocurrió subir aquí?

(Ella me mira un poco asustada y es él quien contesta):

—Porque quien viene a Barcelona y no sube a Colón parece que no ha estado en Barcelona.

—¿Quién les hizo la propaganda?

—Tenemos familia aquí, dice ella.

TRES JAPONESES, TRES LIMPIABOTAS Y UN FOTOGRAFO

No es posible seguir el diálogo con la pareja, puesto que nuevamente llega el ascensor y aprovechamos la ocasión para bajar. Recojo el sombrero y salimos a la plaza para observar el monumento por el exterior. En la puerta, tres japoneses contemplan el monumento. Su presencia invita al diálogo. Sus nombres son tan misteriosos como sus rasgos fisonómicos. Susumu Kuata, natural

de Tokio, enamorado de la música de Granados y de Falla; Kenji Uneo, de Hiroshima, tenía diecisiete años cuando en aquella ciudad explotó la bomba atómica y Yoshinori Oda, de Chizuoka, que afirman ser marinos del buque mercante «Akagi Maru» fundeado en nuestro puerto. El monumento sigue igual desde 1919 y los años hacen necesaria una restauración.

Tres limpiabotas nos observan. Son de fácil conversación. Uno es sevillano y me enseña una medalla de la Macarena en esmalte.

—Yo — dice otro — soy madrileño.

—Y yo—añade el tercero—de Linares.

Los tres se han acostumbrado a trabajar a la sombra del monumento. Sus comentarios carecen de interés. Seguimos dando la vuelta. Un fotógrafo con «telón de fondo» es nuestro próximo interlocutor. Se llama Juan Guerrero y es fotógrafo «en Colón» desde 1925.

—¿Qué sabe usted de Colón? —le preguntamos.

—Pues que fué un señor que me merece mucho respeto y que fué muy atrevido.

Entre los personajes que habitualmente rodean al monumento hay también una señora que vende fruta seca.

—Agustina Grañón, para servir a Dios y a usted. Natural de Sarriena, provincia de Huesca.

—¿Buen negocio?

—Regular.

—¿A qué cree usted que debe la venta: a la calidad de sus productos o a Colón?

—¡Vaya pregunta! Lo importante es, sin duda, la cantidad de circulación. Cuanta más gente, más venta.

Proseguimos andando. Un joven duerme tranquilo al pie de uno de los ocho leones que circundan el área de la base.

Abandonamos el monumento. Todo seguía igual. Sonrió al pensar que una pareja quiso dormir en el antebrazo del Almirante.

José María MILAGRO, O. P.

(Fotografías de Campaña)

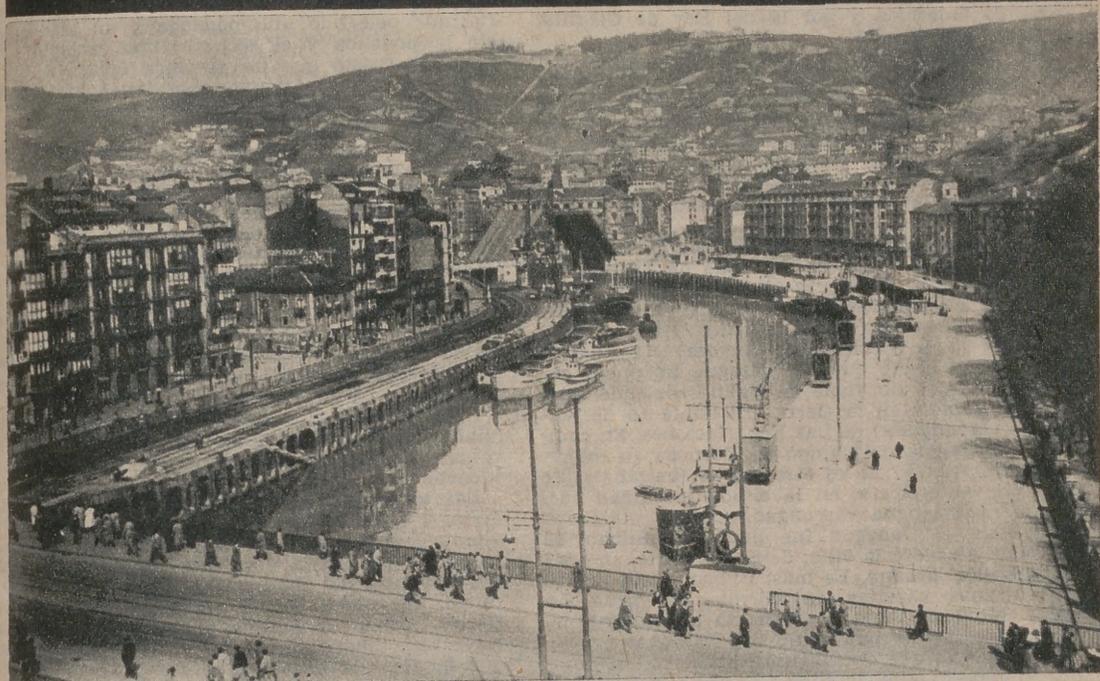


También anotó el autor de este reportaje los datos que le proporcionaron los fotógrafos ambulantes que rodean el monumento. Arriba puede verse la gran iluminación de la columna



El león parece proteger el sueño de este ciudadano que descansa a los pies de Colón

EL NERVION NO PASA POR BILBAO



BIOGRAFIA DE UN RIO ROMANTICO FAVORECIDO POR LAS BRUMAS

ELOGIO DE LOS ANGULEROS Y LOS FIGONÉS DE SOMERA Y LA RONDA

EL río Nervión no empezó a pasar por Bilbao hasta principios del presente siglo. En las viejas cartografías no se aludía para nada, a la corriente que tiene su nacimiento en Tartanga, al pie de la Peña de Orduña, sino que el que figuraba era el Ibaizábal (Ibal, río, y Zábal, ancho). El Nervión no pasaba de ser un afluente de nuestro río, grande dentro de la reducida extensión del Señorío, como lo son el Arratia y el Cadagua.

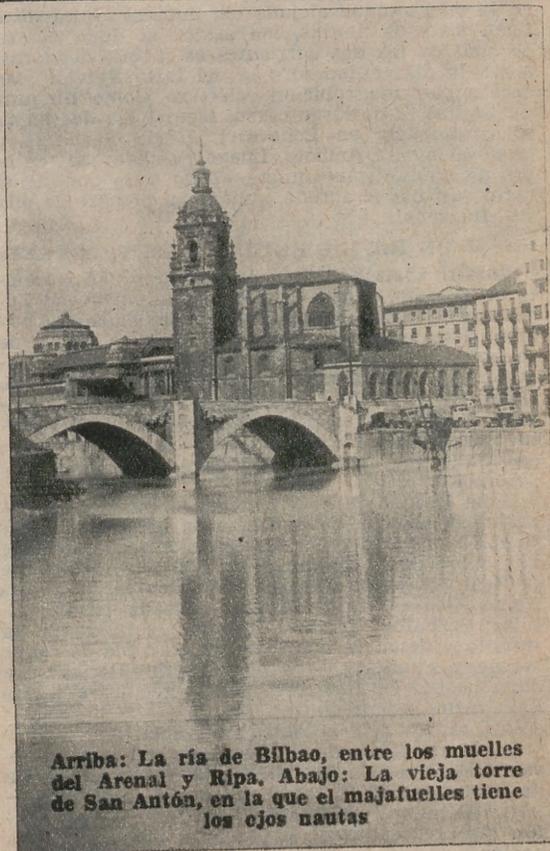
Ignoro cuándo ni por qué se verificó este cambio ni qué razones hubo para convertir al principal en afluente. Mi abuelo le llamó siempre Ibaizábal, y mi padre y yo. Creo que somos la única familia que permaneció fiel a la ortodoxia fluvial.

Todo abona la vieja y ya casi olvidada nomenclatura.

La propia definición, pues un río es la corriente de agua que une otras menores, secundarias o afluentes, caídas en toda una extensión, que recibe el nombre de cuenca hidrográfica, definición que encaja perfectamente en el Ibaizábal, que es la corriente que reúne otras menores, entre ellas el Nervión, como el ya citado Arratia, las redes de pequeñas corrientes de Lezama y de Larrabezúa, la ría de Asúa y el Cadagua, con sus afluentes el Oquendo y el Arciniega, que no es Arciniega, sino Arrichinaga, y ya cerca de su desembocadura, el Galindo.

En los planos de la villa no figura el Nervión, porque no es en su recinto donde se efectúa la confluencia, sino en Echebarri. Decir que el Nervión pasa por Bilbao, porque es un afluente del Ibaizábal, equivaldría a asegurar que el Manzanares pasa por Talavera de la Reina, porque es afluente del Tajo, afirmación que supongo causaría bastante sorpresa a los talaveranos. La misma que proporcionaría a los habitantes de Oporto el que se les dijera que el río que desemboca en su bahía es el Pisuerga o el Arlarzón, afluentes ambos del Duero.

El ser el único superviviente entre los bilbaínos



Arriba: La ría de Bilbao, entre los muelles del Arenal y Ripa. Abajo: La vieja torre de San Antón, en la que el majafuelles tiene los ojos nautas

que llamaron Ibaizábal a su río, me ha impulsado a buscar su partida de nacimiento en la Carta Puebla de la fundación de Bilbao, dada por don Diego López de Haro, que no era ningún cosecnero de la fraterna región de La Rioja, como podría parecer por su nombre, sino Diego V., señor de Vizcaya por la gracia de Dios, por la de la Junta Foral de Guernica y por la del Rey de Castilla, de quien era vasallo.

Don Diego V., en su Carta Puebla, habla del puerto, pero no del río de Bilbao, y no nombra ni al Nervión ni al Ibaizábal, por lo cual, ya que no geográfica ni lingüísticamente, en lo que atañe a la historia podría establecerse polémica acerca de cómo debe llamarse el canal bilbaíno; pero aunque no lo cita deja claramente sentado que se trata del Ibaizábal, al determinar cuáles son los límites de la recién creada villa.

«... et otorgo vos que hayades y por término desde donde toma el puntal de fondo de Zorroza do se junta a más las aguas ribera del agua arriba que viene de Balmaseda fasta el arroyo que viene por como del campo de Zornoza...»

No hay lugar a confusión; Zorroza es un barrio de Bilbao, y el río que allí desagua no puede ser el Nervión, que no viene de Balmaseda, que está, como es sabido, en la tierra ereldune (o de lengua no vascongada) de Las Encartaciones. En cambio el que viene del campo de Zornoza (o mejor, escribir Zornotza) no es otro que el Ibaizábal, que pasa por Amorebieta, en la citada merindad euskeldune (de lengua vascongada).

Es decir, el Cadagua fué límite de Bilbao. El Ibaizábal atravesó la villa, de Sur a Norte, en toda su extensión urbana. Es más, Bilbao, fuera de las más antiguas caserías de alende del agua—La Vieja, Bilbao la Vieja, Urazurrutia e Iturburu—no era otra cosa que una orilla del Ibaizábal.

Yo sospecho que quienes nos cambiaron el nombre al río, o quienes hicieron pasar por Bilbao una corriente que termina entre Galdácano y Echevarri fueron los ingleses, cuando comenzaron a explotar las minas encartadas, y esto porque les resultaría más fácil pronunciar Nervión, porque nosotros, que tenemos apellidos como Pagazaunturdua, Belausteguigoitia, Iturigorrietagoyena y Ugaldogoitindabarrenocerin, que decimos sin equívocos en una sola letra, ¿qué dificultad podríamos tener en pronunciar Ibaizábal?...

Al escribir la biografía de los ríos españoles, aquí junto a la vieja puente y a la sombra de la torre en la que, aunque alejado del mar, el Majafuelles tiene los ojos nautas, me asalta la duda acerca de cuál de las dos corrientes es la que debo rastrear, la del verdadero o la del falso Nervión. Me decido por una solución ecléctica. Como ninguna de las dos es de largo curso, seguiré las dos hasta su confluencia en Echevarri. Desde Tartanga y desde el monte Amboto. Luego ya cada cual es libre de llamar como quiera al río o de ponerle el mote que más le agrada, aunque su nombre de pila sea Ibaizábal.

UN RÍO DE BRUJAS Y DE PELOTARIS

Nuestro Ibaizábal tiene su nacimiento en el monte de Amboto, que fué una especie de pequeño Zugarraurdi aristocrático con su aquelarre (Akerarre, o sea ara del macho cabrío) y su Dama de Amboto, cuya historia fué miniada en un pergamino por doña Leonor de Foix en el castillo de Olite, en el Salón de los Lebreles, historia que puso en bellos versos el, para mi gusto, mejor poeta vascongado. Fernando de la Quadra Salcedo, asesinado por los marxistas durante la guerra de Liberación.

Doña Leonor de Foix traslada a los montes navarros la leyenda de la Dama de Amboto y refiere cómo pastores roncaleses siguieron la huella de una cabra desde las mugas de Francia hasta Olite la Real, sin poder dar con ella. Mientras la futura Reina de Navarra traza una delicada letra capltular, el bufón, travieso, levanta el halda de la infanta y descubre que tiene un gran pie de cabra.

Sale y anuncia a los pastores del Roncal que doña Leonor de Foix se dispone a recibirles, y malignamente les pregunta:

—¿Qué cabra de la sierra tuvo querencia real?

El pie de cabra de la Dama de Amboto, la leyenda se lo cede a préstamo a la esposa del conde de Foix; pero en Vizcaya, allá donde tiene su bruñeril nacimiento el Ibaizábal, no hay ningún bufón que, rebosante de malignidad pregunte a los pastores por la querencia real del antilope.

Las sorguñias, nuestras lamias, nuestras brujas recuerdan los aquellarres a que asistieron las «echecoandreak» (literalmente, señora de la casa) y el culto de que se hacía objeto al macho cabrío.

Surge el Ibaizábal en el punto mismo donde el marido de la Dama de Amboto faltó a su promesa de no nombrar jamás a Jesús en su presencia. Y fué que peleando una podenca y un alano, venció la podenca y el «echecojaun» exclamó:

—¡Por Cristo que no vi pelea igual!...

Y la dama de Amboto, sorguñia e hija de sorguñia, al oír el nombre de Cristo «desapareció a la región del mal».

Con este nacimiento no es extraño que el Ibaizábal tuviera pobladas sus orillas con todos los mitos de la antigua teogonía vascongada, con Urtzi Thor, corriendo por las nubes en su carro de fuego, el Thau totémico de los escandinavos, el Baso Jaun, señor del Bosque, que todavía no nos ha podido explicar cuáles eran sus funciones dentro del escalafón de los dioses euskeldunes, las lamias que si en Guipúzcoa dejaron su nombre en la toponimia del país, en Lamiacingo Erreca (arroyo de las Brujas) también en Vizcaya, en la margen derecha del Ibaizábal lo clavaron en Lamiaco (campo de Brujas) entre Bilbao y Guecho.

Posiblemente antes que lo hicieran las Parcas ya hilaba nuestra Sorguiona (la Bruja Buena) el ramal de lino de cada vida en la rueca de la Muerte.

Las sorguñias, seres diabólicos, brujas de aquellarre, y el dulce mito de las Maitagarris que tuvieron sus refugios en las orillas del riachuelo que nace en Udala y en las del Zumelegui, ambos afluentes del Ibaizábal, así hasta llegar a Durango, que antes de ser cuartel y corte del Rey Carlos, albergó la herejía de los Fraticelli, al parecer una especie de comunismo erótico que creo que no ha sido estudiada hasta la fecha concluyentemente. Hace años, un vizcaíno, Luis de Maturte, se trasladó a Durango y me habló de las investigaciones que tenía hechas acerca de la citada herejía, que de no haber sido aplastada con relativa rapidez, podía haberse convertido en algo tan serio y tan trágico como la de los albigeneses o la de los maniqueos.

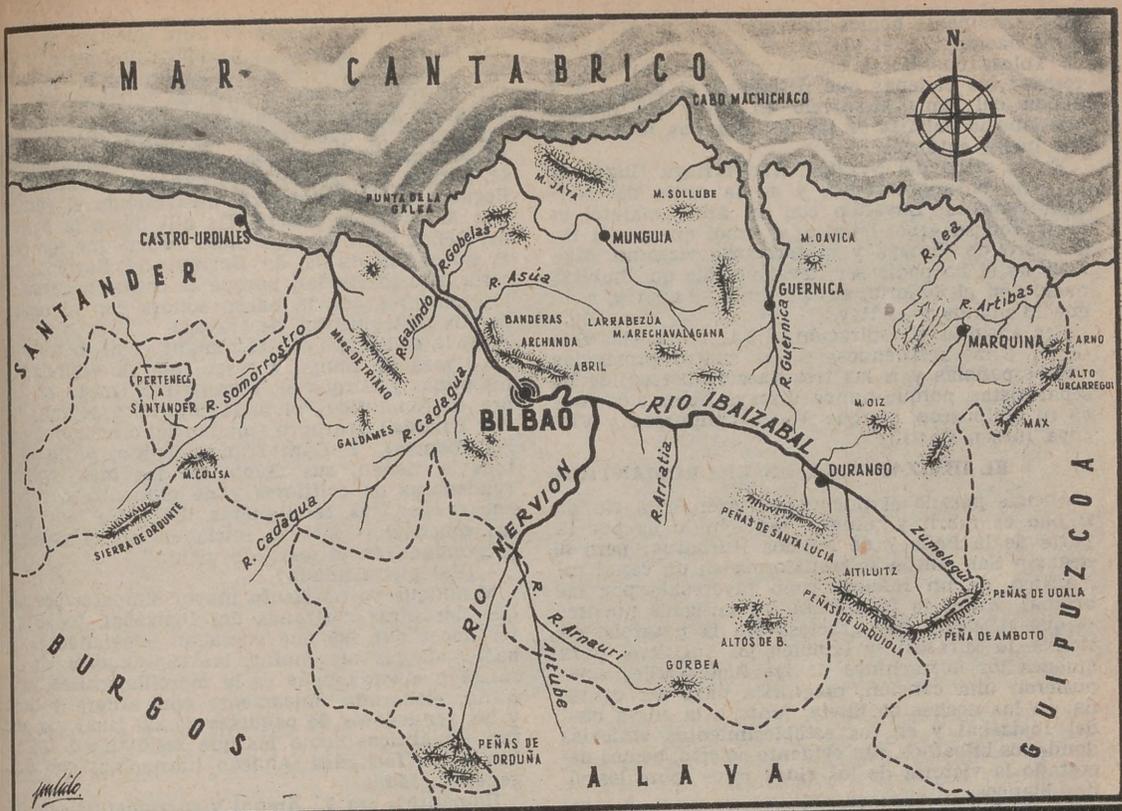
Otro alegato más en favor del Ibaizábal es que éste es un río en cuyas orillas cuelgan las cunas de los pelotarís. Junto a esta línea de agua foralega nacieron los Abadiano, los Elorrio, los Aguirre, los Perea, Altube, Cantabria y los Amorebieta; todos ellos desde Amboto a Galdácano. Luego continuará siendo un vivero de hábiles palistas, con Irauregui, en el barrio del Cristo; la amplia dinastía de los Begoñeses, que en buena geografía urbana no eran de Begoña, sino de la última casa que tenía Bilbao antes de la anexión en la cuesta de Zabalbide, y aquel que llenó una época entera de la pelota, tan bueno en su modalidad, como pudiera serlo el vasco-francés Pequeño de Cambó, a cuya memoria sus paisanos proyectan elevar un monumento, la pala más dura y más ligera de todo el señorío, el Chiquito de Abando.

En cambio no conozco el nombre de un solo pelotari de fama que naciera ni se formara en las márgenes del Nervión, ni en Orduña, ni en Areta, Llodio, Amurrio, Arraundiaga, Arrigorriaga, ni Miravalles.

El Ibaizábal cruza por anteiglesias de tres merindades de Uribe, Zornotza y Durango, y por otra más, por la de Las Encartaciones, después de su confluencia con el Nervión.

Se celebraban en Vizcaya dos clases de Juntas, las generales y las particulares de cada localidad. A las primeras, en un principio, podrían acudir todos los vizcaínos que lo desearan, y para enterarles de que dichas Juntas iban a celebrarse (no siempre a la sombra del árbol de Guernica, pues en muchas ocasiones se reunieron junto a otro roble, el de Arechabalaga, en Morga) sonaban bocinas en cinco cumbres forales, en las de los montes Oiz, Sollube, Ganecogorta, Colisa y Gorbea, en las que también se encendían hogueras para que las gentes supieran que iban a tener «batzarra» (asamblea).

En cuanto a las Juntas particulares diferían las de las villas, de las del Infanzonado. Las primeras tenían lugar en locales cerrados, y las segundas eran de concejo abierto; acudían a ellas todos los vecinos, y por celebrarse en el atrio o en alguna campa que hubiese delante del templo se denominaron anteiglesias y al conjunto de anteiglesias, Infanzonado y «Tierra Llanas», no porque fuera



He aquí el mapa de Vizcaya, sobre el que cruza el río Ibaizabal, en su largo recorrido a través de la provincia, con sus afluentes, entre ellos el río Nervión

menos montuosa que aquella donde están edificadas las villas, sino porque carecía de cercas y muros, por lo que «Tierra Llana» equivalía a «Tierra Abierta».

El Ibaizabal fué la flecha azul que señaló el camino de la liberación de Bilbao... Durango, destruido el romántico pórtico de la iglesia de Santa María; Amorebieta convertida en un amasijo de ruinas, el cinturón de hierro de Galdácano, Boletua...

El río, que había sido carlista en 1833 y en 1873, volvía a reflejar los azucenones de las boinas encarnadas, no la de Zumalacárregui que era blanca, sino la de Dorregaray, durante su fracasado asedio a Bilbao, atenuado el fracaso por la victoria de la batalla de Arbolancha, ganada por los legitimistas.

EL VERDADERO RIO NERVION

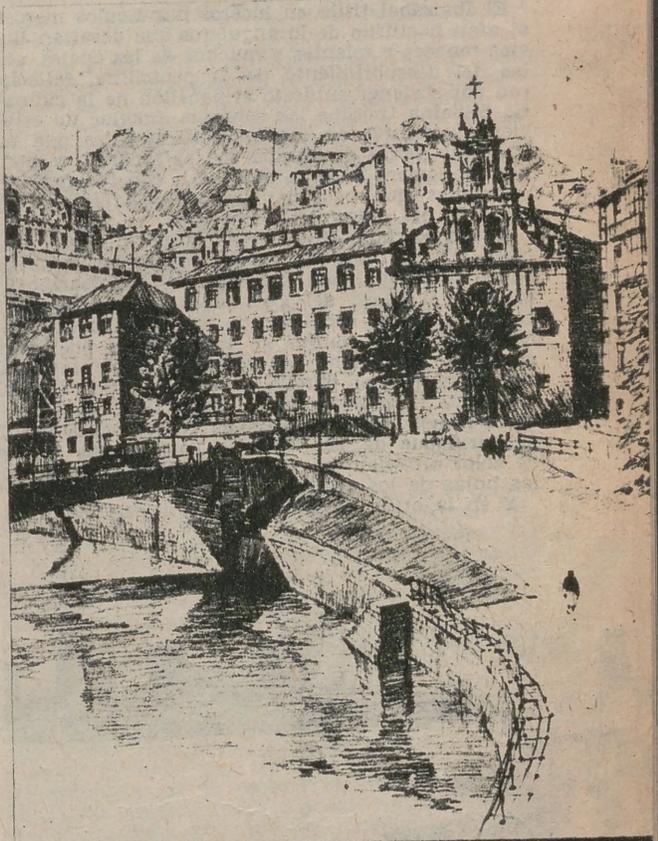
Se asegura, con notoria equivocación, que toda la tierra alavesa es de lengua erdeldune o castellana. Casi toda, es lo que debía decirse, porque hay tres pueblos, Llodio, Luyando y Amurrio, en los que si no se habla vascuence se habló hasta hace muy poco tiempo. Tres pueblos alaveses incluidos en la zona euskeldune, los tres por los cuales pasa el río Nervión. El resto de Alava, desde hace siglos romanizada, pero allí por donde el Nervión discurre impone la expresión de las montañas vascongadas, lo mismo en las seves alavesas que en las vizcainas hasta que se une con el Ibaizabal.

Después ya es otro cantar. Mejor dicho son dos cantares de los que me ocuparé más adelante, cuando ya ambas corrientes hayan pasado juntas por San Antón, camino de la bahía de Bilbao, que es como llaman, justamente, en las cartas de navegar extranjeras al Abra.

Dos lugares de una gran importancia histórica en las márgenes del Nervión: una roca y un árbol. La roca, aunque no podamos precisar cuál es, en Arrigorriaga, el árbol en Luyando, en el límite de Vizcaya y Alava. Ambos, roca y árbol, son alegorías de tanta envergadura como el roble de Guernica, palio de los junteros.

En la orilla del Nervión se logró algo que la inducta tribu separatista consideró como la batalla que había de cimentar la independencia de Vizcaya.

—Tema vidrioso—se me podría objetar e incluso extrañarse de que trate con mimo un hecho de



La Merced tuvo un puente de ladrillo que más tarde reprodujo Venecia en sus canales

armas que la disidencia eligió para su propaganda política.

La batalla dada en Padura no tuvo semejante significación. Se ganó en vascuence, sí; pero también se ganó en vascuence la de Roncesvalles, que

muy justamente hemos incorporado a nuestra Historia nacional, y el vascuence sonó en las Navas de Tolosa cuando la espada del Rey navarro, al romper las cadenas que defendían el acceso a la tienda del Emir, desniveló en favor del platillo cristiano la balanza de las dos Españas, muy en el fiel hasta entonces.

En la orilla del Nervión, Arrigorriaga (lugar de la Peña ensangrentada), y en la orilla del Nervión también, Luyando con su árbol malato, es decir, con su árbol leproso, el árbol que ponía fin al Fuero de Vizcaya y al territorio vizcaíno. Más lejos de él no podía ser llevado nadie que hubiese nacido en el Señorío, aunque hubiese guerra, aunque lo mandara el Rey.

Era absurda la aspiración al Saspí Bak (las Siete en Una) refiriéndose a las cuatro provincias vascoespañolas y a las tres vascofrancesas, de los separatistas, porque nunca Vizcaya había sido Alava ni Guipúzcoa, aunque Alava, Guipúzcoa y Vizcaya fuesen Castilla.

EL IBAIZABAL ES UN RIO ROMANTICO

Apenas pasado el puente del Arenal, la ría de Bilbao es fabril y minera, también lo es por la parte de la Peña y de los dos Iturburus; pero al llegar a San Antón se transforma en un canal romántico, de un romanticismo favorecido por las brumas. Antes le favorecían los antiguos puentes —¡qué esbelta y qué graciosa era la pasarela del Conde de Mirasol!— y también los anguleros para quienes los borrachines de las Siete Calles compusieron una canción, magnífica para ser cantada, en las noches de lluvia, junto a la curva civil del Ibaizábal y en los establecimientos vinícolas donde los bilbaínos, con evidente acierto, hemos decretado la victoria de los vinos rojos sobre los vinos blancos.

Loor al romántico angulero de mi romántica ría, pescador de estrellas, sembrador de luces en el agua, proveedor de la materia prima para uno de los platos que han cimentado el triunfo de nuestra cocina.

El Ibaizábal titila en luceros minúsculos merced al afán nocturno de lo anguleros que desafían lluvias tenaces y relentes y muchos de los cuales, antes del descubrimiento de la penicilina, fallecieron por sostener enhiesto el pabellón de la culinaria bilbaina (porque las sabrosas angulas no estuvieran ausentes en las minutas verbales que recitan las mozas de servicio de las tabernas y figones de Somera y de la Ronda) a consecuencia de pulmonías que causaban sensibles bajas en los hombres del cedazo y la linterna.

Bilbao es romántico merced a su río prócer, incluso con la mina en frente, desde que se entra en la villa, siguiendo los meandros del Ibaizábal; primero el paseo del Corregidor, Miraflores, Los Caños, con sus árboles altos que casi puede decirse que es un parque en ruinas, pero que, precisamente, por estar en ruinas ha aumentado su romanticismo; el parque pequeño de Los Caños, en el que florecieron tantos idillos, por cuyos senderos Simón Bolívar caminaba tímidamente junto al miriñaque de Teresita del Toro en las tardes de color oro viejo en las que se hacían amarillas las hojas de los castaños.

Y en la orilla de Achuri, las Ollerías, las Altas

y las Bajas. Una noche de luna nuestras desdeñadas Ollerías (calles con peldaños de piedra, rincónes propicios al ensueño, plaza de Artechue no ceden en romanticismo a ninguna callejuela del Sur, plazuela de los Santos Juanes con un fondo de tapia, por la que asoma un jardín, y una casa-palacio, en la que el agua cantaba constantemente, porque por las antiguas cañerías de Miraflores llegaba la música del río atravesando el edificio, Los Arcos de la Ribera. De allí hasta la basílica del Señor Santiago, las Siete Calles, que son ocho si no se olvida la de Barrencalle Barrena, que sería injusto olvidar, porque se causaría agravio a los toneleros que la hacen sonora con el repique de sus instrumentos de trabajo.

En la orilla opuesta el romanticismo se hace un poco más de rompe y rasga, por la vecindad de las minas y porque en Urazurrutia (hasta el nombre es romántico: el agua blanca y lejana, Ura Zur Urrutia), Iturburu (manantial o nacimiento de las fuentes). Y Cantarranas tenían, y no sé si todavía tienen, sus domicilios las más expertas vendedoras de coliflores y de pimientos verdes y encarnados, las tarangueras del corte del río, y las muchachas que se iniciaban en el comercio preguntando en el mercado viejo:

—¿Sal pierre, saladá?

Y aunque yo no sienta mayor simpatía por una que por otras riberanas del Ibaizábal, tengo que reconocer que las que voceaban, elogiando la robustez de las alcachofas, las tarangueras (la taranga o «tarra anga» es la morcilla gruesa, ordinaria, elaborada únicamente con sangre y arroz y las vendedoras de paquetes de sal fina), no eran tan románticas como las que residían en las calles cuyas fachadas salpican hornacinas con imágenes sagradas.

Romántico era El Arenal y su romanticismo había resistido todos los cortes y todas las reformas hasta que estropearon su fondo —la fachada de la iglesia de San Nicolás con un penacho verde de montes— con el armatoste de cemento de un ascensor.

Románticas Las Calzadas, que trepan hasta Begoña, rasando las tapias del cementerio de Mallona, uno de los más bellos y románticos de España. Y lo era también la plaza del Instituto, antes de la demolición de un edificio que tenía una afortunada arquitectura.

EL MAJAFUELLES DE SAN ANTON MIRA HACIA EL MAR

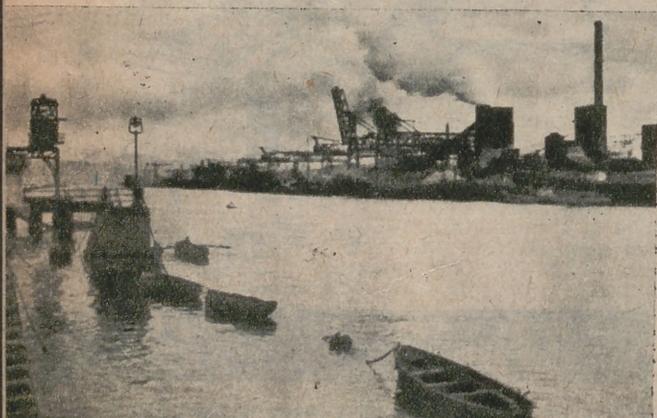
La Torre de San Antón —mi torre— se halla coronada por un muñeco de piedra, una figura que no se por qué razón llaman el Majafuelles, y del que ya dije que tenía los ojos nautas, a pesar de hallarse a más de dos leguas de distancia del mar. Desde su altura contempla el repóker de puentes que Bilbao sostiene en su puño marino; el que lleva el mismo nombre que la iglesia, el que ha sustituido a la pasarela de hierro, el que reemplaza al de ladrillo de La Merced, que fué lástima que no lo edificaran tal como estaba antes de que los marxistas lo volasen, el más bonito de todos los puentes y que era réplica afortunada de otro veneciano, ante el que un día me detuve, asombrado por su parecido con el bilbaíno, y me alegró saber que el nuestro era de construcción más antigua; el del Arenal, a cuya vera disparan los coheteros sus voladores, el del Campo de Volantín, que era giratorio.

Luego ya sé que hay otro puente, pero éste último —el de Deusto—, dada la curva que dibuja el canal, no sé si acertarán a contemplarlo los ojos nautas del Majafuelles de San Antón.

Pero si no ven el anteúltimo puente que cruza el Ibaizabal, el último, aunque no esté dentro de los límites urbanos, es tan de Bilbao como si estuviera enclavado en la misma Naja, como lo estuvo aquel puente colgante que hundió una bomba carlista y que fué elogiado como el más elegante del mundo en una canción que se cantaba en los chacolés de Abando y de Begoña:

«No hay en el mundo puente colgante más elegante que el de Bilbao...»

Al que me refiero es al Puente Palacios, entre Las Arenas y Portugalete. Por su ancho ojo entra un aire de mar que llega desde el rompeolas y el muelle Churrucá hasta el mismo pie de la iglesia que lo fué de un burgo de pescadores, porque Bilbao, en la orilla del Ibaizábal, nació con un designio marino de hélice y timón, y desde su nacimiento tuvo una preocupación portuaria.



El río Ibaizábal, en Sestao, con los Altos Hornos de Vizcaya

Puerto pesquero de Santurce; al fondo, el puente de Vizcaya



marinera, y le volvió espaldas al monte para orientar la mirada —lo mismo que el Majafuelles— hacia la ereldidune Portugaleta y la euskeldune Guecho, allí donde nuestro río desemboca.

Por la vena del Ibaizábal entran los barcos y hasta Bilbao llegan.

Bilbao, la marinera, por los cuidados de su Casa de Contratación, Consulado de Mar, se enteró en mejorar las condiciones navegables de su río y construyó muelles, y paredes de contención, y torres de defensa.

Fué en 1878 cuando se llevó a la práctica el proyecto del ingeniero Churruga, y la villa, con objeto de ser plenamente marina, gastó 62 millones de pesetas, cifra que en aquella época tuvo que parecer astronómica, pero que no se vaciló en emplear porque se trataba de llegar al océano, que era el sueño de la urbe desde que Diego V le otorgó su Carta Puebla a principios del siglo XIV.

El puerto bilbaíno contó con todos los recursos en cuanto la primera nave entró por el Ibaizábal para acostar más allá de la campa, donde los pescadores rezaban una salve a su regreso —y por eso se llama Campa de la Salve— en la Sendeja, en Ripa, en Uribitarte o en El Arenal, en el propio corazón de la urbe.

Un campo donde se fabricaban los volantines y los otros efectos navales, carbón, talleres de buques, por grande que sea su tonelaje, en la misma ciudad, en sus arrabales de Olaveaga y de Zorroza.

No tenía Universidad, carecía de Escuela Normal, pero ya hacia lustros que contaba con una Escuela de Náutica.

Desde la vieja puente de San Antón afina su oído el Majafuelles y por el Ibaizábal le llegan ruidos de olas, y su rostro de piedra lo atezan los vientos marineros... Los de la bahía de Bilbao precisamente.

BILBAO, ESPOSA DEL CANTÁBRICO

Un estío Bilbao imitó a Venecia y celebró sus nupcias con el Cantábrico.

—Quiero casarme contigo—dijo—. Yugo sobre nuestros hombros la cinta de agua de mi Ibaizábal... Conmigo la primera (Bilbao no ha sido nunca «el» Bilbao, sino «la» Bilbao, y esto ya lo descubrió Unamuno, y no se dice Bilbao el Viejo, sino Bilbao la Vieja al barrio situado junto al muelle de Marzana), antes de que sacudan gaviotas de pereza los otros puertos y las otras bahías de este mar.

En el *Album del Mundo*, que se imprimía en Barcelona, se buscó para la nupcialidad de Bilbao la ceremonia que resultara más poética, y los ediles decretaron que nada podía superar a las bodas de Venecia con el Adriático.

Bilbao, con chocolate y agua con bolado. El Campo de Volantín era eso, un campo de jarcias junto a las carpinterías de ribera. Tardes en el Suito. Polisones y sombreros anchos con cintas azules y de color de rosa. En la calle de Bidebarrieta (lugar de los Caminos Nuevos) aparece el primer triciclo, y los tardos bueyes asumen el servicio de transportar las mercancías que llegan en las cañas negras de los barcos. En un balcón de Iturribide chilla un papagayo de alas de color verde botella y toda la villa cabe en el cuévano de una pasiega.

Luces y piraguas y el anacronismo de un globo aerostático. Los diques de la Ribera, engalanados. Los Arcos proyectaban «jebos» hacia la orilla del río. Todas las muchachas, vestidas de seda. Se improvisó un palacio del Dux junto a La Merced, y los pajes conducían las espadas de los caballeros y las colas largas de las faldas de las lechuguinas. La alegoría resultó vaticinio.

Bilbao, esposa del Cantábrico, construyó el puente Palacios, el primero de todos los transbordadores que en la redonda tierra se habían de levantar, alzó el Arco Triunfal de la Villa Grande, con hierro de sus minas, en las playas de los Altos Hornos, situadas en la orilla izquierda —en la orilla ereldidune— del Ibaizábal, en Baracaldo, que es Uribe, pero también en Sestao, que ya no es anteiglesia ni villa, sino concejo de Somorrostro, concejo de las romanizadas Encartaciones, por eso ha dicho que eran dos cantares. Se cantaba en vasconce en la margen derecha y en castellano desde Retuerto a Portugaleta.

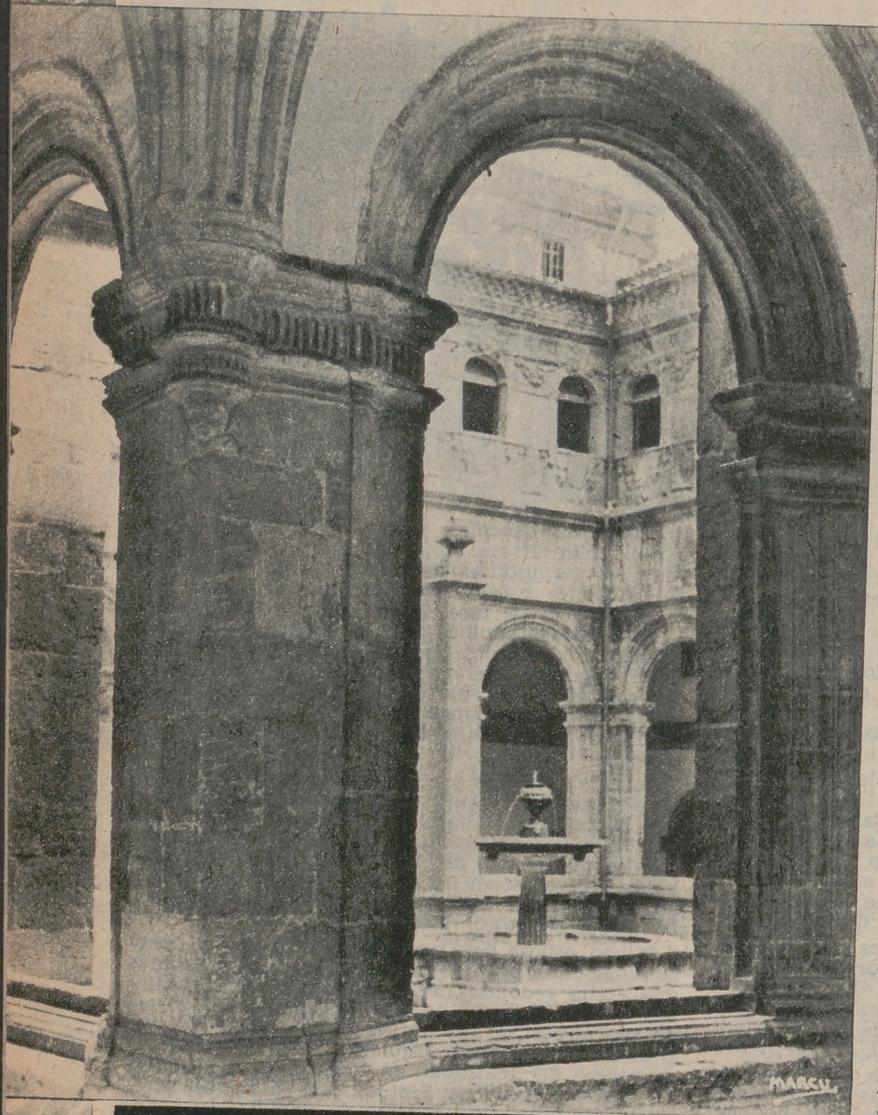
Alberto Palacios tenía entre sus manos el boceto de una gigantesca máquina de ingeniería que permitiría pasar por debajo de su ojo de ciclope a las naves de mayor tonelaje con un puente que caminaría por sí mismo, llevando en su lomo a la gente por encima de palos mayores y de gallardetes de todas las naciones del planeta.

Por este transbordador se dieron a conocer Bilbao y el Ibaizábal en los grandes puertos. Vinieron ingenieros de todas partes y sacaron copias del Puente Palacios. Una en Estados Unidos, otra en Marsella, en el dique de los Belgas, y otra en África... Yo he viajado en el transbordador marsellés y en el tunecino con los ojos cerrados para ilusionarme que estaba entre Portugaleta y Las Arenas... Después he vuelto a pasar, con los ojos cerrados también, por nuestro transbordador para recordar mi África musulmana.

Alberto Palacios —¿por qué le tendrá tan olvidado Bilbao— clavó sobre dos pies de hierro la mejor y más atrevida obra de ingeniería de su época, le dió una digna desembocadura al Ibaizábal, elevó el Arco Triunfal de la Villa Grande.

Luis ANTONIO DE VEGA

UN MUSEO HISTORICO EN EL CONVENTO DONDE EL PADRE FEIJOO PASO 55 AÑOS



Vista del claustro del convento benedictino de San Vicente, que fué residencia del padre Feijóo y es en la actualidad Museo Provincial de Asturias

Hoy el hombre de la calle apenas se acuerda del "Ciudadano libre de las letras"

La historia de Asturias se recuerda mejor dentro de los muros del que fué monasterio de San Vicente

Desde OVIEDO
(Especial para EL ESPAÑOL)

UNA estatua del padre Feijóo espera ser desvelada con todos los honores en el centro de la recoleta placita que lleva su nombre, frente a la iglesia de Santa María la Real de la Corte, bajo cuyo crucero, muy cerca del antiguo convento donde vivió cincuenta y cinco años, yacen los restos del eminente polígrafo benedictino.

El padre Fr. Benito Jerónimo Feijóo fué, en su época, un antecedente arquetípico del periodista, y hoy puede estimársele con categoría de magisterio en esta dura y hermosa profesión.

Fué el benedictino maestro de periodismo por la agilidad de su estilo, por el interés de sus auténticos reportajes llenos de contenido informativo y por las glosas certeras o apasionadas—y hasta vanguardistas—de sus «Cartas eruditas», discursos del «Teatro crítico», etc.

El padre Feijóo, con toda la fama que adquirió en vida—desde el Monarca hasta admiradores llegados de lejanas tierras vinieron a verle—apenas si es conocido en este Oviedo, donde sólo le faltó al fraile haber nacido. La huella de su paso es recordada en lápida del convento de San Vicente—donde todavía se conserva su celda—, convento destinado a Museo Provincial, y también a través de una efigie en piedra, situada en el más sugerente de los rincones ovetenses.

EL HOGAR DE FEIJOO

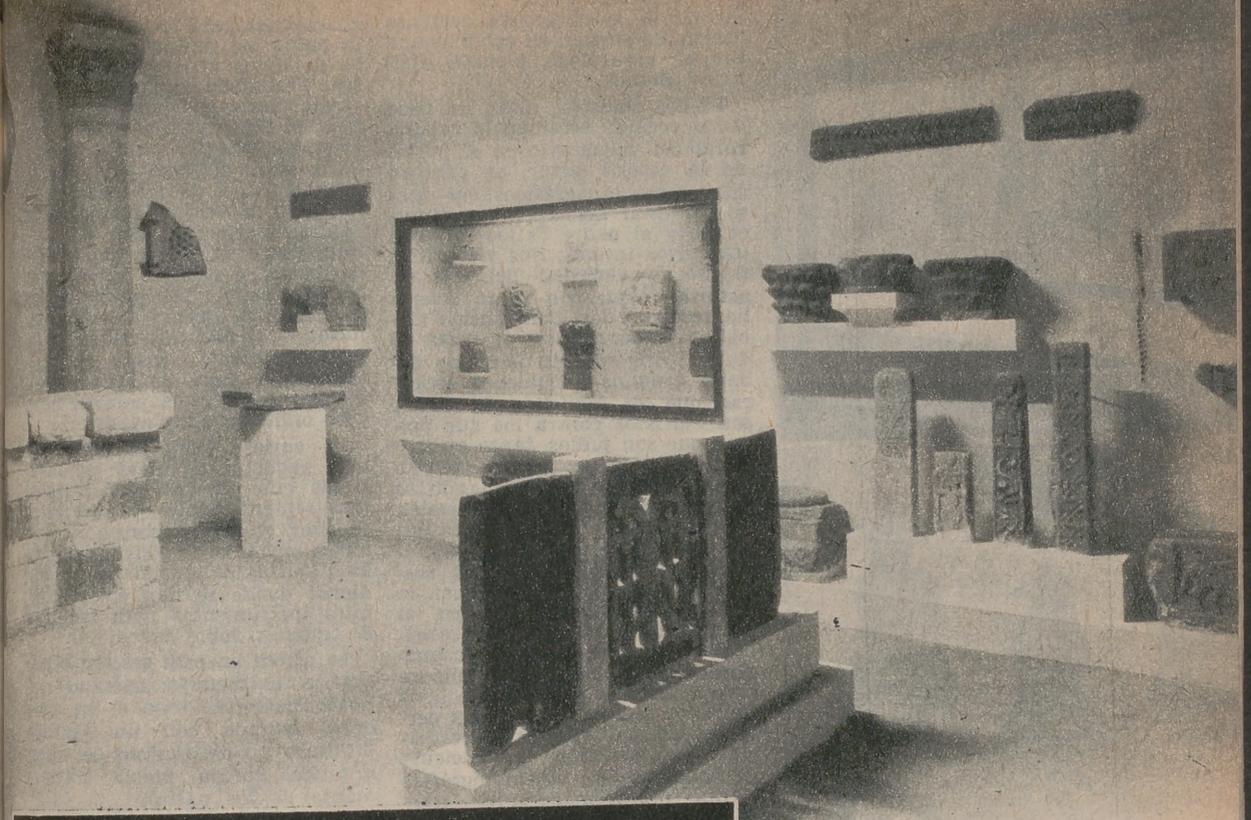
La huella humana del padre Feijóo casi se ha borrado. A este



Antecelda del padre Feijóo. La ventana da a la plaza que hoy lleva el nombre del insigne religioso



La celda. Al fondo, en el lugar que hoy ocupa la mesa, estaba el lecho del que fué famoso polígrafo



Un rincón de la sala románica del Museo Provincial de Asturias. A la izquierda y en primer término, el ara de Santa María del Naranco

olvido notorio en que le tiene el hombre de la calle únese la falta de conmemoraciones o sesiones específicas dedicadas a enaltecer su memoria. Sólo la Universidad le trae a cuento en alguna conferencia aislada o en relación con alguna efemérides, tal como en el caso de Clarín, en que la traza humana y cultural del benedictino fué estudiada por el catedrático de la Central, don Santiago Montero.

La tradición, con los inconvenientes de falta de rigor, asegura que el frailecico paseaba con frecuencia por los alrededores de Oviedo, y que se llegaba sin mucha prisa hasta la merindad de Colloto, donde a la hora de merendar preparaba exquisito chocolate. De esta afición por la buena sociedad ovetense, informa don Fermín Canella, al decir que «un amigo de Feijóo frecuentaba la celda con el incentivo de la amena conversación y también engolosinado con el rico chocolate, de calidad superior, que solamente a personajes de representación venía desde Astorga». Al final de aquellos paseos, el padre Feijóo escondía la chocolatera en el hueco que formaban unas piedras del puente romano de Colloto.

Se sabe con certeza que en la celda del convento ya citado, de San Vicente vivió durante cincuenta y cinco años el padre Feijóo. Este apartamento es estrecho, y tiene al fondo una pequeño alcoba donde, sin duda, estuvo el lecho del clérigo regular. Hay una antesala de proporciones más amplias con la que forma un todo el aposento que lleva hoy por título «Celda del padre Feijóo». Hay aquí uno de los

sillones que usó siendo abad del monasterio de San Vicente, y que se ha conservado tras algunas vicisitudes, tales como la desamortización, en cuya etapa el reducido hogar del fraile fué despacho del comandante general de la Junta de Beneficencia, entre otros usos.

Parece que existe el propósito de instalar en estas habitaciones del padre Feijóo una biblioteca con las obras numerosas del ilustre polígrafo, algunos objetos de uso personal, hoy desparramados entre las colecciones de diversos próceres asturianos, y un lecho benedictino reconstruido tomando datos necesarios de la historia y la actualidad de la Orden de San Benito. Por paradoja, en este Museo Provincial, donde pasó cincuenta y cinco años de estudio y oración el gran crítico, apenas se acusa otra huella, más humana, más vulgar si se quiere del padre Feijóo, como no sean las obras encerradas en una sala del convento, destinadas al servicio bibliotecario.

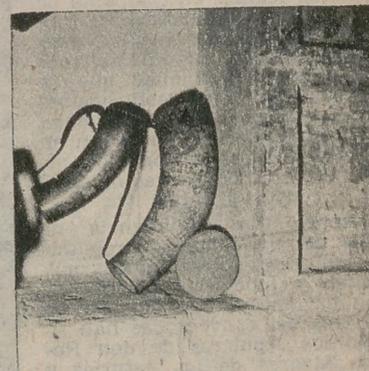
Después de esto el antiguo cenobio ha sido convertido en un recuerdo y exposición de la historia de Asturias, que recoge desde los oscuros orígenes del paleolítico hasta los rastros etnográficos que revelan una cultura específica, ancestral, bucólica, y, sobre todo, con caracteres muy definidos para formar un punto y aparte en el informe del folklore español.

DE LA PREHISTORIA A LOS VAQUEIROS DEL ALZADA

La prehistoria está constituida por fondos procedentes de las excavaciones del conde de la Vega



Lápida medieval que figura en el museo



Cuerna para leche, trabajada artísticamente

del Sella y de don Aurelio del Llano y Roza de Ampudia, un pintoresco arqueólogo que hizo reír al hablar de sus proyectos y que causó asombro cuando los hubo realizados.

Hay en estas salas abundan-



Vitrina de imaginería en la sala gótica



Tres modelos distintos de zampoñas asturianas

cia de utensilios de la Edad del sílex y de las culturas musterienses a la osturiense. Este muestrario valiosísimo, ofrecido en un ejemplo de armonía entre la técnica moderna de exposición y el clima de intimidad que requiere su presentación, ha sido recogido en numerosas excavaciones y visitas a cuevas prehistóricas cuando la espeleología no estaba todavía de moda. Hoy, el catedrático de Geología doctor Llopis Lladó realiza, en compañía de un grupo de colaboradores, excursiones espeleológicas a estas cuevas donde fueron hallados restos de civilizaciones que se pierden bajo esas clasificaciones antes citadas del aurifiaciense, magdaleniense, etc. No faltan en este Museo reproducciones del arte rupestre de las cuevas de Candamo, Pindal y Buxu, etc.

Después hay abundancia de restos del prerrománico, románico, ramirense, gótico, lápidas medievales y modernas, colecciones de numismática, etc., etc. En los claustros del convento se han situado los sepulcros de don Rodrigo Alvarez de las Asturias y de los señores de la Casa de Quirós. Toda esta colección del románico a la lapidería no son sino fragmentos de este tesoro perenne que va desde Santa María del Naranco a la catedral del Salvador, pasando por la Cámara Santa y los templos ramirenses de San Miguel de Lillo, Santullano y Santa Cristina de Lena, de cuyas pinturas murales ha hecho una reconstrucción monu-

mental el joven artista ovetense Magin Berenguer. en colaboración con el arqueólogo alemán Helmund Slunck.

En los claustros altos, un poco como podrían estar en la cabaña rural del vaqueiro o en el portal de la casería actur, se exhiben colecciones etnográficas que acaso por estar más cercanas a nosotros—y al padre Feijóo—ofrecen un mayor interés. Nos viene a la mente la variedad del folklore asturiano—que con tanto acierto ha recogido don Constantino Cabal—y la pervivencia de razas de dudoso origen, apto para los debates eruditos de quienes aseguran que los caqueiros de alzada son moriscos contra los que opinan que son judíos, tanto en uno como en otro caso, refugiados en estas montañas ásperas cuando las perspectivas expulsiones raciales. Los vaqueiros de alzada, trashumantes, de rara vida primitiva, conservan todavía extrañas costumbres como la institucional de la «covada», consistente en el prohijamiento formal del recién nacido por su padre haciendo abandonar el lecho a la madre para someterse él a los cuidados típicos a que se someten las perturbadas. Los vaqueiros, cordiales, generosos, son un aliciente periodístico y cinematográfico inédito y sobremanera interesante.

De civilizaciones que perviven como ésta hay rastro en la sección etnográfica del Museo Provincial, cedida por el marqués de la Rodriga. Desde la zampoña o zanfonía, de la que hay cuatro modelos diferentes, al rabel y los pandeiros, existe toda una teoría del instrumento musical asturiano. Hay una magnífica colección

de cuernos para leche, en los que la mano del pastor ha hecho gala de dotes artísticas e ingeniosas. Trabajada a punzón, el asta ofrece desde la combinación geométrica del círculo a ingenuas escenas pastoriles y simular de diálogos entre el zagal y los mastines. En uno de los cuernos se lee, bajo un curioso dibujo, la siguiente inscripción: «Soy de Juan Rodríguez». (Todo en capitulares barrocas), y debajo: «No puedo hacerlo mejor, porque me falta la vista, me faltan también, me faltan (sic) falta los estudios y la yuda de gracia». Acaso por distracción—o falta de vista ciertamente—se repite la palabra falta y se omite la a de ayuda.

Es curioso también encontrar aquí raquetas de nieve similares a las que usaron otros pueblos más septentrionales, lo que hace suponer en alguna conexión milenaria entre ambas civilizaciones. Es Asturias la latitud más meridional donde se han encontrado tales instrumentos para facilitar el caminar sobre las nieves.

Se ofrece en esta sección etnográfica el menaje artesano del hogar pastoral, todo él en madera, labrada con un sentido utilitario no desprovisto de valor artístico. Por la índole trashumante de los pastores, la cerámica resulta frágil, y se hace necesario recurrir a una batería de cocina hecha con la materia prima más abundante en Asturias, la madera. En madera de diversas clases están fabricados los cubiertos, y hasta los cuchillos, y en esto poca diferencia encontraría el lector con el corte de los cuchillos de mesa y postre actuales, que, en cortando el aire, a duras penas cortan lo que deben de cortar y en ocasiones sirven para poner en aprieto al comensal que ha de usarlos. Escudillas—que aquí se llaman escudillas—, ánforas, ollas, cucharas, tenedores, cuchillos, espumaderas, etc., llaman, como decimos, la atención del visitante. Se completa la colección con instrumental típico de la pequeña industria de transformación de lana, lino, etc., y el propio de las diversas labores agropecuarias.

Así está hoy lleno de sugerencias este lugar que fué ca. a del padre Feijóo y monasterio benedictino fundado en el año remoto de 781 en honor de San Vicente y renovado en los siglos, XI, XIV, XVI y XVII. En su acondicionamiento se han invertido varios millones de pesetas, habiendo intervenido en la edificación y presentación del actual Museo Provincial el director, señor Aragonese, y el secretario, señor Manzanares.

Eugenio de RIOJA

(Fotografías de este reportaje proceden de Tabularium Artis Asturiensis, de J. Manzanares y del archivo de Mariano Cuadrado.)



Maqueta de la estatua del padre Feijóo que va a ser inaugurada próximamente en la plaza que lleva su nombre. Es obra del escultor señor Zaragoza.



Pearl S. Buck

LA NIÑA QUE JAMAS CRECIO

Por Pearl S. BUCK

Traducción de A. Berger-Kiss

(Continuación)

La doctora vino al día siguiente y se sentó a observar mi hija por un largo tiempo, y luego sacudió la cabeza:

—Algo va mal—dijo ella—. No sé qué es. Usted debe tener una consulta con varios doctores. Que le digan ellos si saben.

Ella me mostró las señales de alarma que yo no había visto o no había querido ver. Decididamente, la capacidad de la niña para atender era muy corta, mucho más corta de lo que debía ser a su edad. Una gran parte de su actividad física no tenía propósito alguno; era meramente movimiento. Sus ojos, puros por su languidez azul, no reflejaban la mente cuando se escudriñaban sus profundidades. No se conmovían ni respondían. No cambiaban de expresión. Algo andaba muy mal.

Le di las gracias y ella se fué. Al reflexionar vi que no había razón alguna para que una extraña se quedara a decirme más. Quizá ella no sabía más. No hay tarea más difícil que la de decirle a una madre que su hija jamás crecerá hasta convertirse en adulta. Desde aquel entonces yo lo hice algunas veces, y no he permitido que mis sentimientos me atemoricen; pero siempre pienso revelarlo. El corazón humano se puede lacerar más de una vez.

Los doctores vinieron al día siguiente. Aun recuerdo la escena como si estuviese ocurriendo ahora mismo frente a mis ojos. La casa tenía una baranda amplia que le daba al mar. Fué una mañana soberbia, y la mar tenía un color azul violeta y estaba calmada, con excepción de la blanca espuma que suavemente se formaba al romperse las aguas contra la playa. La niña había estado jugando en la arena y vadeando el agua con nuestra sirvienta china. Las llamé y ellas subieron por un sendero, entre los bambúes. A pesar del terror que me invadía, me sentí or-

gulosa de esta hijita que estaba allí parada frente a los médicos. Tenía puesto un vestido de baño blanco, y su cuerpo firme y tostado por el sol era fuerte y bello. En una mano llevaba un balde y una palita y en la otra llevaba una concha blanca.

—Parece muy sanita—murmuró uno de los médicos.

Y luego comenzaron a hacer preguntas. Les contesté con toda la honestidad que poseía. Nada más que la honestidad valía ahora. Mientras escuchaban observaban y empezaron a darse cuenta. La concha se le cayó de la mano y ella no la recogió. Dejó caer la cabeza sobre el pecho. El más viejo de los médicos, uno que había conocido a mis padres, la puso sobre sus rodillas y comenzó a examinarle sus reflejos. Eran flojos, casi no existían.

Los médicos eran gente bondadosa y les rogué que compartieran conmigo sus pensamientos y luego me dijeron lo que debía hacer. Creo que fueron honestos en su deseo de satisfacerme. Pero no sabían lo que le pasaba a la niña y, lo que había de malo, no sabían cómo curarlo. Me senté en silencio y observé la niña. Presentí que estaban de acuerdo con que el desarrollo de la niña había cesado, pero no sabían por qué. Tenía tan pocos síntomas físicos; tan sólo los pocos que he mencionado. Me hicieron preguntas con ahínco acerca del pasado de la niña, acerca de las enfermedades que había sufrido: «¿Tuvo alguna vez una fiebre alta?», «¿Se cayó en alguna ocasión?». Nada había ocurrido. Había sido sana desde su nacimiento, y se le había dado tan buen cuidado que jamás se había hecho daño alguno.

—Usted debe llevarla a los Estados Unidos—fué lo último que me dijeron—. Los doctores allá quizá sabrán cuál es el mal que la aflige. Lo único que nosotros podemos decirle es que algo malo le está pasando.

Entonces comenzó la larga jornada que tan

Una escuela de niños inválidos en la ciudad de Shanghai



bien conocen todos los padres de niños como la mía. Desde aquel entonces he hablado con muchos y siempre es la misma historia. Azuzados por la convicción de que hay alguien que puede curar, llevamos a nuestros niños por toda la superficie de la tierra, procurando hallar quien nos libre de la dolencia. Gastamos todo el dinero de que disponemos y pedimos prestado hasta cuando ya nadie más nos presta. Vamos donde toda clase de doctores buenos y malos, vamos donde cualquiera que nos impartiera una migaja de esperanza. De vez en cuando nos encontramos con aquellos santos que, viendo nuestro pánico y adivinando que nuestra bolsa está vacía, no nos cobran por la consulta, ya que saben que en nuestro caso no pueden curar.

De modo que yo también fui y vine por sobre la superficie de la tierra, poco a poco, perdiendo mis esperanzas, y, sin embargo, jamás dándome por vencida, pues ningún doctor me dijo firmemente que mi hija jamás podría ser curada. Siempre decían las últimas titubeantes palabras: «No quiero decir que sea un caso perdido»; y así seguí con mis esperanzas, como todos los padres siguen con las suyas.

Se hacía cada vez más difícil por otra razón. La niña tenía más edad y estaba creciendo, y su lenguaje entrecortado y sus maneras infantiles eran conspicuas. No me llenó ningún sentimiento de vergüenza. Me crié entre los chinos, los cuales aceptan todas las calamidades humanas de por sí. La gente ciega, los paralíticos, los cojos, los mudos, los deformes, durante toda mi vida en la China vi que todos ellos fueron aceptados como eran en su vida cotidiana por aquellos que eran normales. Sus enfermedades no eran pasadas por alto. A veces daban lugar a que se les pusiera sobrenombres.

Por ejemplo, a un niño con un pie torcido que había sido compañero de juegos de mi infancia se le llamaba Tullidito. De acuerdo con nuestras nociones occidentales, hubiera sido cruel llamarlo por su deformidad. Mas los chicos no lo creen así. Literalmente, ese era su modo de ser, y su piedad torcida era parte suya. Servía esto como una especie de catarsis que permitía que el niño se acostumbrara a aceptar su aflicción como un hecho inevitable. De algún modo, así era más fácil que la deliberada negligencia de parte de mis amigos norteamericanos. El que sufría no sentía la necesidad de esconderse. Estaba allí como era, y todos lo sabían. Era mejor así que cualquier pretensión mañosa que diera a entender que era como una persona común y corriente.

Más aún; los chinos creían que cualesquiera que fuese el destino de una persona se debía a la voluntad del cielo, y que, por lo tanto, ni la persona ni la familia tenía la culpa. Creían también, con un dejo de tierno humanismo, que si una persona estaba incapacitada en cierto sentido, poseía compensaciones que también habían sido provistas por el cielo. De esta manera, una persona que fuese ciega, siempre era tratada con respeto y aun con miedo en ocasiones, porque pensaban que tenía una percepción que alcanzaba más allá de la mera visión.

Mi hija y yo nos impregnamos de esta franca atmósfera durante todos los años que vivimos entre los chicos. Mis amigos chinos y yo conversábamos acerca de mi hija con la misma confian-

za con la cual conversábamos acerca de sus propios hijos. Empero ellos no sabían lo suficiente como para darse cuenta de lo que afligía a mi hija, y ni siquiera de que algo andaba mal. «Los ojos de su sabiduría no se han abierto aún», era como lo expresaban. «Para algunas personas la sabiduría llega temprano, y para otras llega tarde; tenga paciencia.» Eso fué lo que me dijeron. Cuando caminábamos por las calles estrechas que serpenteaban a través de nuestra antigua ciudad, nadie notaba si mi hija se paraba para aplaudir o si se ponía a bailar sin razón alguna. Si, los chinos fueron benévolos con mi hija y conmigo. Si la notaron fué tan sólo para sonreír, por lo que creyeron era placentero para ella, y se rieron cuando se reía ella.

Fué en las calles de Shanghai donde por primera vez aprendí que no toda la gente era así de bondadosa. Dos jóvenes norteamericanas, recién venidas de mi propio país, supongo por los elegantes vestidos que llevaban, iban caminando por la calle. Miraron con ojos penetrantes a mi hija, y cuando pasamos por su lado, la una dijo a la otra:

—Le falta un tornillo.

Era la primera vez que oía la jeringonza e ignoraba su significado. Para comprenderla, tuve que preguntarle a un conocido. La verdad se puede expresar con palabras brutales. De ese día en adelante, comencé a proteger a mi hija.

No habría razón alguna para dar todos los detalles del penoso y largo viaje. Cruzamos los mares y fuimos a todas partes, a clínicas para niños, donde especialistas en glándulas, donde psicólogos. Ahora me doy cuenta de que todo fué en vano. No hubo ninguna esperanza desde el principio; jamás la hubo. No culpo aquellos hombres y mujeres por no habérmelo dicho—en absoluto—. Supongo que algunos lo sabían. De todas maneras, al fin de cada consulta nos mandaron donde otra persona, quizá a mil millas de distancia.

Un famoso especialista en glándulas nos dió considerable esperanza, y emprendimos un tratamiento a base de dosis de extractos glandulares que duró un año. No le sirvió a mi hija; y, sin embargo, no siento haberlo hecho, ya que lo que aprendí durante el curso de ese año me sirvió unos años después para salvar un niño que verdaderamente necesitaba el tratamiento. Vi un muchachito que a los cuatro años se arrastraba todavía con sus manos y rodillas y reconocí en sus síntomas—el pelo y la piel secos, la palidez, el gran cuerpo desalentado y débil, la mente retardada—la necesidad de un tratamiento de la tiroide. No conocía muy bien a su madre, pero recordando el silencio de mis amistades, fui donde ella y le comuniqué mis sospechas. Hubo un largo momento cuando su cara ruborizada me indicó la lucha interior que sostenía. Ella no quería saber y, sin embargo, sabía que tendría que saber. Me retiré, pero después ella consultó a un especialista en glándulas que restauró la normalidad del niño. Ese pequeño no era verdaderamente un retardado mental. Sufría de una deficiencia de la glándula tiroide. Años más tarde, la madre y yo nos volvimos a encontrar en una región diferente y ella me agradeció por aquel día pasado.



Las ciudades de China fueron doloroso escenario de la novelista norteamericana

Pero tuve que ser valiente para hablar. Siempre es difícil.

El fin del viaje para mi hija y yo vino un día de invierno en Rochester (Minnesota). Se nos envió por último a la Clínica Mayo, y allí pasamos días enteros en los interminables y meticulosos detalles de exámenes completos. Mi ánimo creció durante el transcurso del proceso. Seguramente que tanto estudio, tanta sabiduría, me revelaría la verdad y lo que debería hacer.

Entramos por último a la oficina del director del departamento de niños. La noche se avecinaba y casi todos se habían ido ya para sus hogares. Reinaba un gran silencio en el enorme edificio que a esta hora estaba desierto. Desde las ventanas no se veía más que la oscuridad. Mi pequeña estaba muy cansada y recuerdo que recliné su cabeza contra mí y empezó a llorar calladamente; yo la puse en mi regazo y la abracé estrechamente mientras escuchaba. El doctor fue bueno y bondadoso. Aun me lo imagino, alto, un hombre más bien joven de ojos carifosos y modales lentos, como no queriendo apresurar o confundir a nadie. Sostenía en su mano los informes llegados de los diferentes departamentos donde habían examinado a mi hija, y se alistó a darme su diagnóstico. Una gran parte estaba bien. Todo lo que tenía que ver con la parte física estaba en condiciones excelentes. Mi hija había nacido con un cuerpo sano.

También había otras cosas que estaban bien. Poseía algunas habilidades notables, especialmente para la música. Había indicios de una personalidad inusitada que resistía para librarse de algún obstáculo. Pero su mente estaba seriamente retardada.

Le hice la pregunta que me he hecho todos los días de mi vida:

—¿Por qué?

El sacudió la cabeza:

—No sé. En alguna parte de su vida, antes de haber nacido o después, cesó el desarrollo de su inteligencia.

El médico no me apresuró y yo permanecí sentada, sosteniendo aún la niña. Todo padre que haya pasado por semejante angustia, conoce aquel dolor horrendo del alma, que se convierte en dolor físico y que penetra e invade todos los músculos y huesos.

—¿No tiene remedio?—le pregunté.

Como hombre bondadoso que era, no pudo resistir. Quizá no estaba del todo seguro. Por lo menos no quiso decir que no estaba seguro.

—Creo que yo no me daría por vencido—fue cuanto dijo finalmente.

Eso fue todo. Estaba ansioso por llegar a su hogar y no tenía más razones para quedarse. Había hecho todo lo que podía. De manera que mi hija y yo salimos de nuevo de la oficina del doctor y caminamos hasta el fin del amplio y desolado corredor. El día había terminado y yo debía pensar en lo que faltaba por hacer.

Y entonces llegó el momento que agradeceré mientras viva. Supongo que si me hubiesen dicho que mi hija se podía curar, mi agradecimiento hubiese sido más grande aun; pero siendo eso imposible, tengo que agradecer a un hombre que salió calladamente cuando pasé junto a un salón vacío. Era de pequeña estatura, una persona que no era conspicua, con lentes, su aspecto físico y su acento eran alemanes. Lo había visto una o dos veces en la oficina del jefe de médicos. Fue él, precisamente, quien trajo el montón de reportes y luego se fue sin hablar. Lo había visto pero sin ponerle cuidado, a pesar de que ahora lo reconocía.

Salió casi a hurtadillas y me invitó a que lo siguiera al salón vacío. Entré medio ofuscada con mi niña agarrada del brazo. Empezó a hablar con apresuramiento en un inglés entrecortado y con una voz casi áspera, sus ojos austeros clavados en mí.

—¿Le dijo que la niña podría curarse?—interrogó el hombre.

—El... él no dijo que no—dije con voz vacilante.

—¡Escuche lo que voy a decirle!—me ordenó—. Le aseguro, madame, que su hija jamás será normal. No se engañe a sí misma. Usted desperdiciará su vida y arruinará toda su familia a menos que pierda la esperanza y se enfrente a la verdad. Ella jamás estará bien... ¿me entiende? Yo sé...; yo he



Una de las más recientes fotografías de la novelista Pearl S. Buck, Premio Nóbel 1938

visto niños así. Los norteamericanos son muy blandos. Yo no lo soy. Esta niña será su carga mientras usted viva. Prepárese a llevar esa carga. Ella jamás aprenderá a hablar claramente. Jamás podrá leer o escribir, jamás se desarrollará mentalmente más allá de los cuatro años a lo sumo. ¡Alíentese, madame! Sobre todo no se deje absorber por ella. Búsquele un hogar donde pueda ser feliz y déjela allí para que viva su propia vida. Le estoy diciendo la verdad por su propio bien.

Recuerdo exactamente estas palabras como las dijo. Supongo que el espanto las grabó en mi mente. Recuerdo también con claridad cómo era él, un hombre pequeño, más pequeño que yo; su cara pálida, con un bigote recortado, bajo el cual sus labios eran ceñudos. Parecía cruel, pero sé que no lo era. Ahora sé que sufrió mientras hablaba. Creía en la verdad.

No sé lo que dije, ni siquiera si dije algo. Recuerdo haber caminado de nuevo con mi hija por el desolado corredor que parecía no tener fin. Me faltan palabras para describir lo que sentí. Cualquiera que haya pasado por momentos así, comprenderá; y aquellos que no hayan vivido el dicho momento, nunca comprenderán, por más palabras que use. Tal vez la mejor manera para describirlo sería diciendo que me sentí como si me estuviera desangrando interiormente en una forma incontenible. La niña, contenta de estar libre, comenzó a brincar y a bailar, y cuando vió que mi cara se retorció con el llanto, se echó a reír.

Todo esto sucedió hace mucho tiempo y, sin embargo, nunca terminará mientras yo viva. Aquellos instantes vivirán para siempre conmigo.

Claro está, que a pesar de lo que me dijo el doctor alemán, no cesé de tratar de buscarle remedio, pero creo que desde aquel momento mi corazón se dió cuenta de que él estaba acertado y de que no tenía esperanzas. Cuando llegó el último veredicto, fui capaz de aceptarlo, pues ya lo había aceptado antes, aunque sin saberlo, y de nuevo llevé a mi hija a nuestro hogar en la China. Le quedaré agradecida para siempre a aquel cuyo nombre ni siquiera sé. El cortó la honda herida, más fue limpia y rápida. Inmediatamente me puso frente a frente con lo inevitable.

“LA POBRE CHICA QUE TIENE QUE SERVIR”

¿Faltan criadas o casas donde colocarse?

HABLAN LAS SEÑORAS, REPLICAN LAS SIRVIENTAS - CADA CASA, UN CASO

Una voz serena, una obra ejemplar y una historia edificante

LA EFEMERIDES SUGERIDORA

MUCHOS años antes de que la retzona música de Chueca y Valverde diese vida y popularidad a los versos del ingenioso y fecundísimo Felipe Pérez y González, creando para *La Gran Vía* la famosa habanera «Pobre chica la que tiene que servir...», alguien, completamente en serio y con profundo sentido cristiano, había reparado en la triste situación de las muchachas del servicio doméstico, que en aquel Madrid de mediados del siglo pasado llegaban a la Corte desde todos los pueblos de España.

Cierta virtuosa dama, doña María Eulalia Vicuña de Riega, esposa de un gentilhomme del rey don Francisco de Asís, llevada de sus caritativos sentimientos visitaba con asiduidad los hospitales madrileños; allí había escuchado la historia de algunas criadas, quienes por enfermedad habían dejado la casa donde servían, y que a su salida del hospital, a veces convalecientes aun, se encontraban sin más horizonte que la calle, llena siempre de peligros para la mujer joven desvalida. Esto la indujo a crear por su cuenta un lugar donde poder recogerlas gratuitamente hasta procurarles nueva colocación. Alquiló un piso reducido en la calle de Lucientes, en Madrid, y con tres muchachas que se hallaban en aquellas condiciones dió principio a su obra el día 8 de diciembre de 1853.

La efemérides era tentadora, porque la caritativa empresa, iniciada en la modesta casita de la vieja calle de Lucientes, al cabo de un siglo se ha transformado en una obra enorme, aunque no bien conocida, que hoy extiende su acción a medio mundo. Pero la actualidad candente absorbió la efemérides. Apenas la tocamos, ofrecióse a nuestra vista el panorama del servicio doméstico con todos sus problemas. «Las criadas están imposibles!», claman las señoras. «¡Hay que ver cómo están las casas!», dicen las criadas. Reportaje a la vista. ¡Adelante!

TERTULIA

—Mire usted—nos dice una señora—, la última criada que tuve me duró cinco días.

—¿Encontraste ya criada?—interrumpe una de las jugadoras de «canasta», que está en la partida y en lo que hablamos.

—Encontré siete, pero sigo sin chica.

—Luego criadas no faltan—apunto.

—¡Vienen a montones!—replica mi interlocutora—. Pero ¿cómo vienen!...

—¿Y cómo vienen?

—Con unas pretensiones absurdas y más cerriles cada vez.

—Lo de las pretensiones es natural. Todo el mundo aspira a ganar más, a vivir mejor... Cuando usted se casó, hace veinte años, su marido apenas reunía la quinta parte de lo que hoy consigue al cabo del mes.

—De acuerdo. Pero las criadas de entonces servían para algo. Las del día... ¡Ay! ¡Cómo se nota que usted no tiene que luchar con ellas!

—A mí me parece—tercia el señor grave de la tertulia—que estamos ante una de tantas manifestaciones de la ley de la oferta y la demanda. Las buenas criadas escasean, y lógicamente, se hacen pagar mejor.

—¿Y por qué escasean las buenas criadas?—pregunto.

La señora frunce los labios con un gesto de incomprensión y dice por toda respuesta:

—¡Son unas galochas!

El señor grave aduce:

—La creciente industrialización del país absorbe para la mano de obra mucho trabajo femenino. Igual ha sucedido en los demás países del mundo, donde el servicio doméstico es cada vez más raro. Por otra parte, la revalorización de los productos del campo pone a disposición de la población rural medios para procurarse el sustento sin necesidad de que las hijas vayan a buscarlo lejos del pueblo natal. Añada a esto el que los labradores pudientes son cada vez más numerosos y pueden permitirse el lujo de tener una o dos criadas. An-



«Porqué mi caso, madre...»; «Cada caso! Y así, diariamente, cincuenta lancostilo»

tes, en los pueblos pequeños, sólo en casa del alcalde y en la de algún rico hacendado había sirvientas.

—Así se explica la escasez de criadas. ¿Y en cuánto a la calidad?...

—Cervantes dijo—añade el señor grave, que tiene ribetes de erudito—que no hay mujer española que no salga del vientre de su madre halladora; pero dudo que ningún autor clásico o moderno haya dicho otro tanto refiriéndose al alumbramiento de las criadas...

La señora insiste:

—¡Son unas galochas!

De esta tertulia no sacaremos más.

MERCADO

Vocerío y mal olor. Una muchacha de veinte años mal cumplidos, pálido el rostro, carmín barato en los labios, se acerca al puesto de fruta.

—Señora Eusebia, ¿sabe usted

—Y cuando no son zapatos es lo demás.

—¡Claro! Así venis a la compra con medias de nilón.

—Lo que se lleva.

—¡Lo que se lleva, lo que se lleva!... Lo que no se lleva ya es...

—¡Calla la boca, tú!—interviene el marido de la frutera—. A la chica no le falta razón.

—Y usted que lo diga, señor Leonardo. ¡Están las casas!...

—Mira, sé de una—dice, conciliadora, la señora Eusebia—en que son seis de familia...

—¡Para matarse! No, gracias.

—Sé de otra, de una señora sola, que lleva tres criadas en lo que va de mes.

—¡Menuda rara será!

—¡Si es que *na* os acomoda!... ¿Por qué te saliste de con aquel matrimonio de la calle de Olid?

—Porque se empeñaban que los domingos estuviese en casa antes de las diez y no me dejaban salir los jueves ni hablar por teléfono.

—¡Os pasáis el día agarrás al aparato!...

—¿Es que no va a poder una hablar con las amigas? Diga usted que las chicas de servir somos el último clavo de la percha...

EN BUSCA DE MEJOR INFORMACION

El problema existe, no cabe duda. El encontrar hoy día una buena criada resulta muy difícil,

tanto en Madrid como en las capitales de provincia y cabezas de partido. Ahora bien: la preocupación que ello supone para las amas de casa, ¿corre pareja con los medios que las mismas ponen en juego para resolverla?

Cuando en una casa de la clase media se oyen las terribles palabras de «He tenido que poner a la chica en la calle» o «La criada se ha despedido», la señora comunica la infausta nueva al de la tienda de comestibles, al carnicero, a la verdulera y demás proveedores menudos y comienza el fesfile de pretendientes. Esto confirma que no faltan criadas. Sin embargo, las señoras claman con rara unanimidad: «¡No hay criadas!» Y las criadas replican a una voz: «¡Vaya qué ca sas!»

—Lo que pasa es que os habéis vuelto todas muy señoritas.

—¡No me digal!... Para señorismos estamos. La dan a una cuarenta duros, mando diez a mi madre, con que... usted dirá.

—Que te quedan treinta duros y *to pagao*.

—Y unos malos zapatos me cuestan veinte duros.

—¿Te compras zapatos *tos* los meses?

mos con afán a quien pueda facilitarnos datos concretos con palabras serenas, y henos aquí en el instituto que un día se tituló de Hermanas del Servicio Doméstico de la Inmaculada Concepción, y que hoy se denomina Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico y Protección de la Joven. En realidad, todo Madrid le conoce por «las monjas del Servicio Doméstico», o, más familiarmente todavía, «las monjitas de la calle de Fuenca-rral».

UNA OBRA CASI DESCONOCIDA

—Que nos llamen como queran—dice la madre superiora al oírnos expresarnos en esos términos—; pero conocernos, lo que se llama conocernos, crea usted que nos conocen muy poco.

—Pero ¡si son ustedes a quienes las señoras recurren en última instancia!

—Usted lo ha dicho. Vienen aquí cuando alguien, o simplemente su propia desesperación, les hace creer que nuestro Colegio es una agencia de colocaciones. Procuramos, en efecto, buscar un acomodo digno a las muchachas del servicio doméstico. Pero nuestro fin no consiste en colocar a las muchachas, sino en protegerlas y formarlas.

—O sea que empiezan ustedes por el principio, procedimiento poco usual.



«La pobre chica que tiene que servir» llega con su hatillo a la portería del Servicio Doméstico. Lo de todos los días...



La madre prefecta de externas va anotando lo que «la nueva» dice y la madre deduce



Admitida en principio, «la nueva» hace su primera visita a la Santísima Virgen en la capilla del colegio

—Comenzamos por admitir únicamente a las que presentan un certificado de buena conducta, firmado por su párroco.

—¡Loable precaución!

—Confirmada su buena conducta moral y fidelidad, como asimismo la buena salud para poder soportar los trabajos propios de su profesión, ingresan en el internado y han de permanecer, al menos, un mes en el Colegio antes de ser colocadas. Durante ese tiempo las enseñamos lo que no saben, podemos apreciar sus cualidades morales y proceder así con mayor seguridad cuando de colocarlas se trata.

—Y los gastos que determina su estancia en el Colegio, ¿a cargo de quién corren?

—De Dios.

—Pero...

—¡Oh, sí! Nosotras tenemos unas hojitas en las que se pres-

criben las condiciones para la admisión: cincuenta pesetas para gastos de ingreso, tres mudas y las cosas necesarias para el aseo personal. Luego se presenta una criatura, como sucedió el otro día... y la mayor parte de los días, que ni siquiera tiene cumplidos los quince años que fijamos como edad mínima para el ingreso, con una bata en una mano y en la otra un peine, por todo equipaje... ¿Vamos a dejarla en la calle?

—¡Es enorme entonces la obligación que se echan ustedes encima! Porque ni con las cincuenta pesetas...

—¿Las cincuenta pesetas? Calcule usted que de cada cien muchachas las pagarán unas veinte.

—¿Y todas permanecen un mes en el Colegio?

—Un mes, dos, tres... Váyanse por las que a los quince días consideramos en situación de ser recomendadas. Lo peor son las que se encuentran tan a gusto en el Colegio que todo se les vuelve buscar pretextos para salirse de las casas y venir otra vez aquí.

—¿Cuántas internas tienen ustedes actualmente?

—Unas ochenta, cifra que con leves oscilaciones se mantiene durante todo el año.

—¡El gasto que eso supone!... Menos mal que las señoras...

—Sí, hay señoras que nos ayudan eficazmente, y Dios se lo pague. Otras, la primera vez que vienen se muestran muy decididas, se suscriben por tal o cual cantidad mensual, asombradas de nuestra obra, según dicen, y la mayoría se olvidan de todo al poco tiempo... ¡Dios las perdone!

—Huelga decir que al quedarse de más las muchachas volverán al Colegio.

—Claro que vuelven, e incluso cuando por una circunstancia u otra dejan de servir definitivamente. En la Congregación de Santa Ana se reúnen las que un día fueron internas del Colegio y ya son madres de familia. Hay que verlas aquí, el día de Reyes, por ejemplo, con sus maridos y chiquillos!...

—Verdaderamente, esto no se sabe por ahí.

—Otras vuelven... ¡Si nos suceden unas cosas! Figúrese que dos hermanas dejaron el servicio doméstico para colocarse en los talleres de unos grandes almacenes, muy próximos a esta casa. Y un día volvieron. Bueno, nunca habían dejado de venir, en realidad. Pero ese día nos pidieron que, como vivían a considerable distancia de su taller, permitiésemos que aquí pudieran comer, trayéndose su comida, que antes hacían de mala manera y en cualquier parte. Vinieron, se les puso una mesita, se les calentaba la comida... Eran dos, ¿eh? Ahora pasan de cincuenta, todas de los mismos almacenes. Por cierto que precisa comprar unos hules para las mesas...

—¿Y tampoco les cobran nada?

—¿Qué vamos a cobrarles? Esto entra, al fin y al cabo, en nuestros fines: proteger a las jóvenes. ¿Se las imagina usted comiendo en un banco de la calle o entrando en un figón? ¡Qué horror!

—¿Y todo esto lo atienden ustedes solas?

—¿Solas? ¡Usted cree que estamos solas? (Y la fina mano monjil acaricia un crucifijo.) La Congregación Mariana, compuesta de distinguidas señoritas, nos auxilia en la Escuela profesional para jóvenes sirvientas colocadas, que acuden a la dominical, y en la Escuela profesional y nocturna para obreras.

—Porque no se limitan ustedes a las sirvientas...

—Eso es lo que cree mucha gente, empeñada en suponer que nosotras trabajamos para que no les falte servicio a las amas de casa. El fin primordial que perseguimos es proteger a las jóvenes; la residencia de estudiantes femeninos y de empleadas, que también sostenemos, obedece a lo mismo. Las muchachas de provincias que han de estudiar en Madrid o que su empleo las reclama aquí saben—y mejor aún sus padres—que en nuestra casa están seguras, sin rigorismos exagerados.

—¿Qué labor!

—Muy incompleta, no crea. Porque tenemos un dispensario médico, en el que incluso se realizan pequeñas intervenciones quirúrgicas. Pero ¿y cuando una sirvienta cae enferma? Sí, en muchas casas las atienden. Otras enferman cuando están de más, y han de ir al hospital. ¿Y las sirvientas que envejecen en el ejercicio de su labor?

—¿Y ustedes pretenden?...

—Estar a su lado siempre. Verá; en la calle de Ríos Rosas tenemos el Noviciado, con una hermosa huerta. Al poblarse aquella parte de Madrid perdió la soledad que reclama una casa de devoción. Se trasladó a Ciudad Real. Y en aquel edificio y terreno anexo puede edificarse una clínica completa, y un sanatorio con capacidad para trescientas enfermas en celdas individuales, y un pabellón para retiro de otras tantas sirvientas ancianas, y la capilla, y la casa de ejercicios, y todos los servicios complementarios: farmacia, laboratorio, solárium, salas de descanso, de visitas... ¡Tenemos hasta los planos! Y tenemos algo mucho mejor todavía: la de-

cidida protección de Su Excelencia el Jefe del Estado, que considera nuestro proyecto con la más cariñosa atención.

—La realización de ese proyecto coronará la obra de ustedes.

—Entonces sería un hecho la Mutual que hemos ideado, garantía eficaz del presente y el porvenir de las muchachas honradas que se ganan la vida sirviendo.

Y AHORA, EL PROBLEMA

—¿Cómo llega hasta ustedes el problema de las criadas?

—A través de las reiteradas peticiones de las señoras. Diariamente recibimos medio centenar.

—¿Las atienden todas?

—En lo posible.

—¿Es cierto que las criadas de hoy son peores que las de hace veinte años?

—Siempre hubo buenas y malas sirvientas. Por otra parte, no podemos esperar que éstas constituyan una excepción por lo que se refiere al afán de divertirse, afición al lujo y satisfacción de todas esas necesidades que la vida moderna ha creado.

—Las amas de casa afirman que las criadas «están hoy como nunca».

—Hoy existe mayor demanda y las señoras cierran los ojos y admiten en sus casas... lo que se presenta. Algunas ignoran incluso los apellidos de la sirvienta que toman, su lugar de origen y no digamos su estado de formación religiosa. Así sufren tantos chascos...

—¿Cree usted que a las señoras les alcanza algún tanto de culpa en la actual crisis de criadas?

—Desde luego; como le digo, no todas se preocupan debidamente de quién meten en sus casas. Sabemos que, con lamentable frecuencia, dicen: «Mientras en casa se porte bien, que en la calle haga lo que quiera.» El error, la inmoralidad, la falta de espíritu cristiano que esto significa no necesita comentarios. Para nosotras supone tanta o mayor preocupación la calidad de las casas como la de las sirvientas.

—¿Y esos anuncios que suelen aparecer en los periódicos, solicitando servicio espléndidamente remunerado?

—Casi siempre, pura superchería, encubridora de las peores artes. Algunas de nuestras muchachas, deslumbradas por semejantes ofrecimientos, caen a veces en la tentación de aceptarlos... y a las cuarenta y ocho horas están de vuelta, hechas unas Magdalenas.

—Entonces, según ustedes, la llamada crisis del servicio doméstico es, primordialmente, una cuestión de moralidad.

—Como sucede con casi todas las crisis que padece la sociedad actual.

—¿Ustedes no han celebrado el primer centenario de la fundación de la señora Vicuña de Riega, iniciadora de esta obra de protección a las jóvenes sirvientas?

—En lo íntimo del corazón, sí. Ese día tuvimos bien presente en nuestras oraciones a la que Dios

puso en el mundo para que nuestra fundadora, la Beata Vicenta María López y Vicuña, llevase a cabo la fundación del Instituto, el 11 de junio de 1876.

Pero esta es otra historia, como decía Rudyard Kipling.

UNA HISTORIA EDIFICANTE

Cinco años hacía que doña Eulalia Vicuña de Riega iniciara su callada labor de proteger a las sirvientas cuando su hermana, que vivía en la casa paterna de Cascante, la envió a su hija, un ángel rubio de once años, Vicentita, para que en Madrid completase su educación. Vivaracha y alegre, y muy inteligente, estudia pintura, música, francés, labores y toda la cultura que entonces recibía una señorita de su clase. Acompañaba también a su tía en las visitas a los hospitales y pronto participa en la administración de la «casita», como doña Eulalia llamaba al pisito de la calle de Lucientes, puerto seguro, aunque pequeño, para las sirvientas sin amparo.

El número de acogidas crece insensiblemente. A las que salen del hospital se suman las que vienen de los pueblos para servir, otras que han perdido su colocación... Se hace necesario un local más amplio y, tras no pocas vicisitudes, ocupan primero una casa en la calle de Cañizares,

más tarde otra mayor en la plaza de San Miguel y, por fin, en la calle de la Bola.

La navarrica Vicenta se va haciendo mujer en aquel ambiente de exaltación práctica de la caridad. Cada vez era más intensa la solicitud y cuidado que tía y sobrina ponían en la obra de sus amores, de la que si bien doña María Eulalia era generosa iniciadora, Vicenta María había llegado a ser como el alma y la vida. Ella recibía a las jóvenes nuevas que llegaban por vez primera en busca de trabajo, atendía a las señoras que acudían en demanda de sirvientas honradas, cuidaba de que la corta temporada que las jóvenes estaban internadas las aprovecharan para educación y enseñanza, procurando que no solamente aprendieran las labores domésticas propias de su oficio, sino, sobre todo, que instruidas en la doctrina cristiana acertasen a ver en la persona de sus amos la del mismo Dios a quien servían por su medio.

Comenzó por entonces en el espíritu de Vicenta María una recia batalla en la que luchaba entre el atractivo por el claustro silencioso en la vida contemplativa, y una nueva fundación que extendiera y perpetuara el bien que se hacía en aquellas almas. Pero supo fundir ambos sentimientos, tomando el hábito en 1876 en la Comunidad que for-



Las finas manos monjiles imponen a «la nueva» la medalla del Instituto



Uniformada ya, un ambiente de cordial camaradería rodea a «la nueva» desde el primer momento de su ingreso en el internado

mó para llevar por mejores causas aún la labor emprendida y de la que fué elegida superiora.

La obra creció rápidamente. Se abrieron casas análogas a la de Madrid en Zaragoza, Jerez de la Frontera, Sevilla, Barcelona... Pronto se extiende no solamente a las jóvenes que se dedican a las labores domésticas, sino a todas aquellas que viven de su trabajo, mental o manual. Las fábricas y las oficinas llenas de jóvenes alejadas de su propio hogar, reclamaban el cuidado y la solícitud de una obra que velase por su integridad y seguridad morales. Así nacieron las residencias de empleadas, obreras y estudiantes, las escuelas profesionales, etc.

Todo esto, que aquí resumimos en unas simples líneas, significa-

ba un trabajo ingente, que minó la salud de la fundadora y puso fin a su existencia en las postrimerías del año 1890; pero tal era el ímpetu que había comunicado a su obra que ésta no se interrumpió pese a su temprana muerte, y las fundaciones siguieron: Bilbao, Valladolid, Granada, Toledo... ¡Hogares abiertos y libres de peligros para esa numerosísima juventud que trabajaba lejos de los suyos para ganarse honradamente la vida!

Todavía antes de morir pudo la fundadora trasladar la casa matriz a la calle de Fuencarral, que hoy sigue siendo la Casa Generalicia, y en la actualidad se halla extendido el Instituto en trece naciones, con un total de 67 casas, distribuidas así: 37 en Espa-

ña, dos en Inglaterra, tres en Italia, dos en Francia, dos en Portugal, tres en Méjico, una en Cuba, otra en Santiago de Chile, dos en Perú, una en Uruguay, una en Colombia, cuatro en Argentina, ocho en Brasil y una en la India; esta última fundación, en Bombay, es la primera marcada especialmente con el sello misionero, y se llevó a cabo en marzo de 1951, como ofrenda del Instituto a su fundadora al año siguiente de su beatificación. ¿Que nos reservará al resolverse el proceso de su canonización, que actualmente se sigue en Roma?

FINAL

Este rápido reportaje, empezado con la retzona música de Chueca y Valverde, termina con los ecos de la litúrgica que llenaba los ámbitos de la Basilica vaticana al ser leído públicamente el decreto de beatificación de la venerable Vicenta María López y Vicuña, fundadora de las «monjitas de la calle de Fuencarral». La música, delicado filete de oro, que dulcemente gobierna los afectos, es el corazón de la vida...

El problema del servicio doméstico está en pie. A lo que parece se agudiza por incomprensión y abandono de las partes interesadas, como suele ocurrir en la mayoría de los problemas sociales. Tal vez estos ligeros apuntes puedan servir de orientación a señoras y sirvientas. Si unas y otras considerasen la cuestión serenamente y con buena voluntad, tendrían mucho adelantado para hallar una solución. Y si unas y otras no olvidasen que toda solución al margen de la más estricta moral nada resuelve, seguramente llegarían a solucionar el problema en breve plazo.

Vicente VEGA
(Fotografías de Aumente.)

UN POEMA DE FERNANDO FERNAN-GOMEZ

Veréis: yo vivo en un barrio moderno,
casi parece de Pablo Picasso,
son casas, dicen los antiguos,
que parecen cajas de zapatos.
Pero a mí, que soy un pedante,
me gusta este barrio.
Lo encuentro alegre, elegante,
muy fino y simpático.
Las casas no son iguales:
hay lo redondo y lo cuadrado,
como en los arlequines, o en un paisaje,
o cualquier otro cuadro.
Hay ventanas, ventanas, ventanas,
y el cielo allá, en lo alto;
la tierra caliente, aunque no se vea,
está aquí debajo,
llena de posibles margaritas

bajo el cemento armado;
y ahora, por ejemplo,
que está amaneciendo,
pues oigo cantar a los pájaros.
Unas casas, blancas; otras, verdes;
otras, con mucho «plástico»;
otras, de ladrillo rosa,
en algunas casi encarnado.
Reconozco que éste es un extraño barrio
como de cualquier país de hoy,
un barrio nada romano.
No tiene papas y césares,
ni debe de ser muy santo,
y no creo que nadie piense
ni en Lucrecia ni en su hermano
Pero es un barrio bonito
y está muy cerca del campo.

PUBLICADO CON OTROS DEL MISMO AUTOR EN EL NUMERO 22 DE "POESIA ESPAÑOLA"

¿POR QUE SUELEN ESCRIBIR BIEN LOS MEDICOS?

-- "Vivimos" en contacto con las eternas motivaciones del arte literario

"No he conocido ningún caso en el que los experimentos del doctor Voronoff hayan tenido éxito. Es todo una farsa. La fuente de la eterna juventud no ha sido hallada todavía"



Sobre la primera página de «Comentarios sobre la vejez», su último libro, el doctor Carlos Blanco Soler escribe una cordial dedicatoria

El doctor BLANCO SOLER

expone su programa para vivir

feliz: conservar siempre algo de esperanza y tener siempre algún sueño

COMO todos los hombres que saltan sobre su propia sombra y conquistan en alguna profesión la popularidad, el doctor Carlos Blanco Soler no necesita unas líneas de presentación ni como médico ni como escritor. Quizá, en cambio, no sobren unas palabras sobre su perfil humano, sobre su condición simple de hombre.

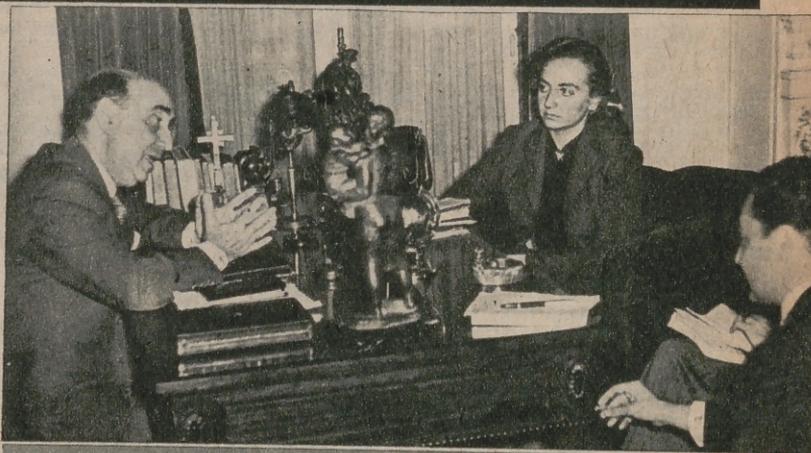
Blanco Soler, bajo, proporcionado, vivaz y pausado de gestos al mismo tiempo, tiene sobre cualquier otra característica un perceptible halo de comprensión y simpatía hacia los demás. Si es verdad eso de que el «médico cura pocas veces, alivia muchas y consuela todas», debe ser un gran médico. Y, desde luego, es un gran captador de voluntades.

Médico y escritor: «El hijo de Don Juan», «La duquesa de Alba y su tiempo», ensayos sobre Goya, conferencias en casi todo el mundo..., y ahora, su último libro: unos «Comentarios sobre la vejez» y otros ensayos.

Nos sentamos, y María Josefa Sanz Beneded empieza la entrevista.

SANZ BENEDED.—Doctor, ¿a qué atribuye usted la afición de los médicos a la literatura y sus éxitos en ella?

BLANCO SOLER.—A que ninguna otra profesión vive en tal medida y con tal intensidad, en contacto con las eternas motivaciones del arte literario: el dolor, la muerte, el amor, la enfermedad... Los médicos «vivimos» continuamente el hombre y sus problemas más generales y más



El doctor Blanco Soler, rodeado de periodistas, habla para los lectores de EL ESPAÑOL

intimos. Sin negar nada de su valor o su importancia, la Filosofía, la Ingeniería, el Derecho, las Matemáticas, son profesiones de especulación, de problemas que se resuelven en cierto modo en un plano abstracto. Su interés por el hombre resulta más indirecto que el nuestro, el de los médicos. Y por ello también el hombre se interesa más por nosotros y por nuestros escritos. JALON.—Eso explica la fuente de los argumentos, la «cantera» de material, el interés para el público, pero no la facilidad para lo que tiene de «oficio» el escritor. ¿Por qué suelen escribir bien los médicos?

(El doctor Blanco Soler, que ha

girado pausadamente la cara en dirección a la nueva pregunta, medita unos segundos antes de contestar. Cambia de sitio una talla que adorna su mesa y, como si hubiera apartado un obstáculo que impidiera el vuelo de sus palabras, responde despacio, paladeando las frases.)

BLANCO SOLER.—Creo que el estudio de la Biología nos acostumbra a narrar con precisión y sencillez. Por otro lado, la necesidad de diagnosticar con una objetividad absoluta—y por ello nunca, o casi nunca, somos médicos de nuestros familiares—nos crea el hábito de la sinceridad: otro valor del estilo. Finalmente, tenemos que explicar al enfer-



El pequeño museo de su residencia, el doctor Blanco Soler muestra a los periodistas el retrato que le ha hecho Pancho Cossío

mo su dolencia en lenguaje común, sin expresiones técnicas que él no entienda. Esto constituye un excelente ejercicio para conseguir claridad en los relatos y, además, nos familiariza con el juego de las metáforas y las comparaciones. Y de no ser esta la explicación, yo no encuentro otra.

«HE ESCRITO ESTE LIBRO, SOBRE TODO, PARA MI»

COSTA.—Doctor, ¿se considera usted discípulo de alguien en su actividad literaria?

BLANCO SOLER.—Tanto como discípulo, no. En mi ha influido mucho, quizá más que ningún otro, Unamuno, que me parece el pensador más profundo y más original de todos los intelectuales de nuestra época. Hasta las críticas más duras que se han hecho de su obra terminan ensalzando su figura como hombre y como escritor.

SANZ BENEDED.—¿Sigue usted algún sistema de trabajo?

BLANCO SOLER.—No. Tomo notas en los márgenes de los libros que me interesan. Preparo mi «material» y luego redacto directamente. Jamás dicto ni escribo a máquina. Sigo fiel a la pluma. Trabajo quitándole horas al sueño. Duermo sólo cinco horas por término medio.

JALON.—¿Por qué ha escrito sus «Comentarios sobre la vejez»?

BLANCO SOLER.—Porque voy asomándome a ella. He escrito este libro, sobre todo, para mí.

«EL AMOR NO TRAE LA JUVENTUD»

COSTA.—¿Se puede hablar en el hombre de una edad psíquica y una edad somática, de una edad del cuerpo y otra del espíritu?

BLANCO SOLER.—En muchos casos puede hacerse esta distinción. Todos sabemos que existen ancianos con un espíritu juvenil y jóvenes que parecen ya viejos.

SANZ BENEDED.—¿Y quién le parece más joven: el viejo de espíritu juvenil o el joven con espíritu aviejado?

BLANCO SOLER.—Aunque la influencia del espíritu es muy considerable, no puede trastocar el desarrollo natural de la vida, la inevitable evolución fisiológica

mente, no. El amor se siente cuando el espíritu es joven; pero el amor no trae, por sí mismo, la juventud.

SANZ BENEDED.—¿Ha conocido algún caso en el que los experimentos del doctor Voronoff hayan tenido éxito?

BLANCO SOLER.—Ninguno. Es todo una farsa. La fuente de la eterna juventud no ha sido hallada todavía.

JALON.—Y si lo fuera, ¿creería usted que serían más felices los hombres?

BLANCO SOLER.—De ningún modo. Serían absolutamente desgraciados. No se puede conseguir la felicidad quebrantando las leyes de la Naturaleza.

JALON.—Y usted, ¿cómo se considera, joven o viejo?

BLANCO SOLER.—Ni joven ni viejo. Estoy en el otoño, que es la estación más bonita del año y de la vida. Más aún que la primavera.

COSTA.—¿El esfuerzo envejece?

BLANCO SOLER.—No. Lo que envejece de verdad es el fracaso.

(Blanco Soler es un gran conversador. Un buen sujeto de interés. En cierto modo, demasiado bueno. Es difícil tomar notas, porque habla a un ritmo perfectamente sincronizado con la velocidad de las preguntas y el interés de los temas.)

Sin vacilar en las palabras ni las frases. Tiene un tono medio de voz suave extrañamente persuasivo. Voz de médico. De médico y de escritor.)

«LA MALICIA DEL LECTOR»

JALON.—¿Buscó el asesoramiento de algún sacerdote para escribir las partes de su libro que tratan de la muerte de Je-

sucristo y de la soledad de la Virgen?

BLANCO SOLER.—No, aunque me une muy buena amistad con religiosos que cultivan las letras, como, por ejemplo, el padre Félix García. Escribí el libro, lo envié a la censura y se ha publicado sin tropiezo.

COSTA.—Dice usted en su libro que «vivir es un imperativo que no perdonará al que lo traicione», y más adelante: «Nada de sacrificar lo que haga vibrar el alma y estrechez de delicia el cuerpo...»; y luego aún, «nada de olvidarse de que se es joven, porque entonces no se sabrá cuándo comienza la senectud». ¿No le parecen afirmaciones un poco «fuertes»?

BLANCO SOLER.—Tenga en cuenta que mi intención no es incurrir en errores de ningún tipo. Puede que mi pluma en ese trozo haya acentuado el tono lírico, pero de ningún modo ha pretendido invadir el terreno de la moral individual. Creo que en éste como en otros muchos casos no puede descubrirse otra malicia o segunda intención que no sea la que por su cuenta ponga el lector.

LA EDAD MEDIA Y EL AMOR DEL SIGLO XX

COSTA.—Usted, que es tan aficionado a la Historia, ¿es partidario de la Edad Media?

BLANCO SOLER.—No sólo partidario, sino también entusiasta. Todas las ideas grandes tienen su raíz en la Edad Media, que, lejos de ser un periodo oscuro, fué la época más luminosa de la historia del pensamiento.

SANZ BENEDED.—¿Cómo le gusta a usted más el amor: tal como era en el siglo XIX o como es en la actualidad?

BLANCO SOLER.—El amor del siglo XX, si es amor, es igual exactamente al del siglo XIX; lo que cambian son los pormenores.

COSTA.—Doctor, ¿ve usted diferencias en el matrimonio entre los países del Norte y los meridionales?

BLANCO SOLER.—El matrimonio, dejando aparte y a salvo su indiscutible naturaleza sacramental, ha sido el gran remedio de los pueblos del Sur, donde las pasiones son más exuberantes.

SANZ BENEDED.—¿Podría resumirme en muy pocas palabras su programa para vivir feliz?

BLANCO SOLER.—Pues, si. Las palabras son: conservar siempre algo de esperanza y tener siempre algún sueño.

EL FRACASO DE BLANCO SOLER

(Poco a poco, el gran salón donde conversamos se ha ido oscureciendo. La tarde se va y la luz no llega. Apenas se divisan los muebles del otro extremo, y todos los magníficos cuadros que adornan la estancia — Murillo, Zurbarán, Ribera, Pereda — pierden en la penumbra los contornos de las figuras y la luminosidad de los colores. Sin saber por qué nos hemos quedado todos en silencio. Estamos un poco fuera del tiempo y quién sabe lo que piensa cada cual. Silencio, oscuridad, muebles buenos, cuadros de firma, riqueza, gusto...)

JALON.—Doctor, muchas personas no son lo que querían haber sido. ¿No será usted en este sentido un fracasado?

(El doctor Blanco Soler tarda un poco esta vez en contestar. Piensa, a juzgar por su gesto, no tanto en la respuesta como en

si mismo. Y contesta con una lucidez alegre en los ojos y una sonrisa burlona en los labios.)

BLANCO SOLER.—Sí. Me hubiera gustado, sobre todo, ser pintor. Ya ve: vivo rodeado de cuadros ajenos, pero jamás he conseguido pintar uno mío, ni mediano siquiera. Este es mi pequeño gran fracaso íntimo. ¿Quiéren ver el retrato que me ha hecho Pancho Cossío?

(Nos levantamos. El paje una linterna y pasamos a una habitación contigua, cuyas paredes están cubiertas de dibujos, apuntes, fotografías, cartas históricas, cuadros... Ya él, con la ayuda del rayo luminoso de la pequeña linterna, nos va mostrando las piezas mejores de su colección: una carta de Felipe II, con la firma «Yo, el Rey», acompañada del rasgo femenino y sinuoso de la rúbrica de Antonio Pérez; tres decretos holografos de Fernando VII; un autógrajo de Martínez de la Rosa. Y, por último, el retrato de Cossío, donde aparece, de medio cuerpo, plantado en una gris atmósfera transparente, no sé si irreal o tremendamente verdadera, el doctor Blanco Soler. Con más exactitud: el fondo humano y psíquico de Blanco Soler velado por una tenue borrosidad. Un doctor Blanco Soler con un torso de emperador romano, una cabeza de sabio sajón y una expresión medio de galeno humanista, medio de donde del Renacimiento. ¿Será por esto por lo que le gusta tanto uno de sus cuadros que representa todas las riquezas, los placeres y las vanidades de la vida sometidos y señoreados por una espeluznante calavera?

(Fotografías de Mora.)

FIRMEZA Y PREVISIÓN DE UNA GESTIÓN POLITICA

DEL 4 de marzo de 1946, fecha de la declaración tripartita que intentó situar a España a su Régimen político fuera de la legalidad internacional, al 26 de septiembre de 1953, día en que se firman en Madrid los Acuerdos hispanonorteamericanos, España no modifica una coma de su programa político interno ni desvía un milímetro la línea de su posición internacional. Se supo sacrificada inútilmente a una política estéril de apaciguamiento, pero no cede ni claudica. Cuando al cabo de los siete años de su honroso ostracismo—porque el ostracismo, que solía castigar con más frecuencia el prestigio que el delito político, no implicaba la pérdida del honor—se reconoce, al fin, su razón, el Gobierno español puede proclamar en las Cortes que el tránsito en la esfera internacional de la España proscrita a la España reconocida y legitimada no es un fruto inesperado del azar ni una simple consecuencia de la evolución de las circunstancias políticas por que la política internacional de España, expresión fiel del claro pensamiento político del Jefe del Estado, caminó siempre muy por delante de los acontecimientos, sin ser jamás desbordada por ellos. Así, en 1944, cuando Inglaterra y Francia habían mordido ya en el anzuelo de su propia propaganda y a fuerza de afirmar los valores democráticos y la intención pacífica de Rusia

habían terminado creyendo verdaderamente en democracia comunista y en la paz soviética, Caudillo advertía a Churchill: «Porque no podemos creer en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del stalinismo, tenemos que considerar que la destrucción o debilitamiento de sus vecinos presentará grandemente sus ambiciones y su poder, haciendo más necesarias que nunca la inteligencia y comprensión de los países del continente de Europa.» Pero el oportunista premiado, que colaboró en la entrega de naciones enteras de Europa a la horrible tutela del «viejo Joe», consideraba «la permanencia de la colaboración anglorusa, dentro del armazón de la futura organización mundial, como esencial no solamente a sus intereses (a la vista del Gobierno inglés), sino también a la futura paz y prosperidad de Europa en su conjunto».

La gratitud, pues, al azar, ni reconocimientos a los cambios circunstanciales, sino acción política firme y previsora. Acción política apostada, como toda verdadera política debe estarlo, en la acertada anticipación de lo que necesariamente debe llegar a ocurrir, en la preferente atención diaria del futuro.

Por ello, porque se trata de la culminación de una gestión política dirigida de acuerdo con un planteamiento exacto de la situación política

del mundo y no de una maniobra estratégica subordinada a las necesidades de un momento, la firma de los Acuerdos hispanonorteamericanos, realizada conforme a la tesis española del pacto directo y bilateral, ofrece a nuestra Patria dos extraordinarias oportunidades—la organización de un sistema defensivo eficaz y la completa reconstrucción económica y social—, sin perjudicar los intereses de ninguna otra nación occidental. Al contrario, favoreciendo a la par, en una medida cuya verdadera dimensión revelará el tiempo, la salvación de Europa y los intereses comunes de la paz y la seguridad del mundo.

La ratificación de los Acuerdos hispanonorteamericanos en las Cortes Españolas señala el comienzo de una nueva y esperanzadora etapa, en la que queda reintegrada otra vez España al juego de la política internacional, del que nunca debió ser excluida. Nueva etapa, en cuyo comienzo le cabe a nuestro pueblo y a nuestro Gobierno la doble satisfacción de no tener la menor responsabilidad en la tribulación en que tantas naciones de Europa se ven sumidas y de demostrar que la mejor política europea puede hacerse sin ajustarse al ritmo con que marca las horas el Big-Ben sobre el Parlamento de Londres.

EL ESPAÑOL

EL SALTO DE LOS PEARES CONVIERTE A GALICIA - ANTES DEFICITARIA - EN EXPORTADORA DE ENERGIA ELECTRICA

El complejo hidroeléctrico Peares Sil suministra ahora fluido a Madrid. Gracias al envío de corriente que de aquella central se hace, las restricciones siguen sin otros cambios que perturbaran el funcionamiento ya establecido. Publicamos a continuación un reportaje que sobre el complejo hidroeléctrico Peares Sil escribe nuestro enviado especial.

QUIEN sabe si los poetas no cometen un grave error viéndolo de espaldas a esta fecunda etapa de creación industrial española. Tal vez algún día haya que lamentar —claro que ya, sin remedio, tardíamente— la falta de aprovechamiento lírico de los pantanos, los saltos, las centrales térmicas, los aserraderos, las fábricas de celulosa... No es que uno se declare partidario de un género de poesía semejante a la que se cultivó en la primera etapa de la revolución rusa, cuyo riguroso funcionalismo rechazaba cualquier sugestión emocional que no proviniese de las dinamos, las turbinas, los émbolos y las grúas. Y menos mal que los bolcheviques impugnaran toda posibilidad angélica, pues en otro caso, los querubines de su poesía tendrían en las alas, acopladas, pilas eléctricas.

Uno, naturalmente, no quiere eso. Pero a uno le hubiese gustado que cualquier joven poeta de nuestra hora se diese una vuelta por algunos de los lugares donde se hallan los núcleos principales del ímpetu industrial que se está extendiendo por toda la Península. A lo mejor descubrirían que el vatio y el diapason de la turbina pueden dar el ritmo justo a ese necesario —e inexistente— poema español en que se canta el trabajo trascendido casi a categoría heroica. Con sus muertos y todo, como aquellos diecisiete habidos en la construc-



Vista de la Central en construcción en el salto de Los Peares

Orense pasa a ser la provincia más rica en potencia

ción del pantano de Benagever, a quienes el coronel Portolés llamó un día, en presencia de Franco, «soldados de España».

A UN KILOMETRO SOBRE EL NIVEL DEL MAR, EL ZUMBIDO DE 132.000 VOLTIOS

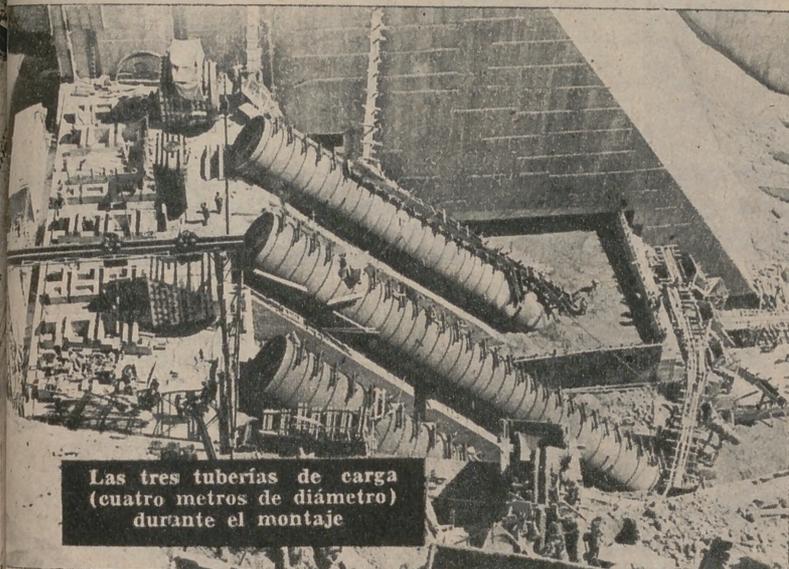
Cuando los jóvenes poetas se hagan —Dios lo quiera— de Infantería, podrán subir, por una carretera que parece un fabuloso tobogán, hasta la cantera de donde han sido arrancados 300.000 metros cúbicos de piedra para la construcción del salto de Los Peares. La cantera, cuyo frente tiene ciento veinte metros de altura, es el primer espectáculo sobrecogedor que se le ofrece a uno allá arriba, a muy cerca de los mil metros sobre el nivel del mar. El frente de la cantera forma un a modo de enorme anfiteatro, y la roca granítica rojea bajo el sol de la limpia mañana. En lo alto, unos hombres que

desde abajo se ven muy empuñados, valiéndose de perforadoras eléctricas preparan los nidos para las cargas de dinamita que hacen saltar la piedra en grandes bloques. Por cierto que, hallándome a bastantes kilómetros de Los Peares, he podido percibir el estremecimiento producido por la explosión de los barrenos.

Por la carretera-tobogán vamos, guiados por el ingeniero-jefe, Gómez Llano, hasta la estación distribuidora, en cuya maraña de cables zumban con un metálico moscardoneo, desde el 8 de octubre último, 132.000 voltios. Fué en esta fecha cuando comenzó a producir energía, en período de pruebas, un grupo de turbina-alternador —el número 1 precisamente— de los tres que habrán de funcionar simultáneamente en la central.

La subestación tiene tres líneas de llegada —una por cada máquina— y su parque de interruptores ocupa una superficie de 8.000 metros cuadrados. Este parque re-

EL APROVECHAMIENTO DEL RIO MIÑO ASEGURA UN SUMINISTRO ANUAL DE 450.000.000 DE KILOVATIOS-HORA QUE TRANSFORMARA LAS CONDICIONES DE VIDA EN MUCHOS PUEBLOS GALLEGOS



Las tres tuberías de carga (cuatro metros de diámetro) durante el montaje

parte tentacularmente fluido a toda la región gallega y enlaza, además, a través de la subestación de Ponferrada, con el resto de España. La energía que en Los Peares se produce se distribuye desde esta subestación mediante esas tres líneas a 132.000 voltios, una de las cuales va a Ponferrada, donde se interconecta con la central térmica que el I. N. I. tiene instalada en Compostilla; otra, interconectada con la térmica de Puentes de García Rodríguez, conduce el fluido a El Ferrol del Caudillo, y una tercera línea enlaza con la central eléctrica de Las Conchas, que a su vez está conectada con Vigo.

Pero no es esto todo. Quedan aún varias salidas a 20.000 voltios hacia Orense, San Esteban y Monforte, que abastecen el que podríamos llamar «mercado modesto».

Este suministro, que representa un volumen insólito de producción por máquina, se logra con un grupo turbina-alternador, que es el de mayor potencia de cuantos existen en España.

CUATROCIENTOS CINCUENTA MILLONES DE KILOVATIOS-HORA AL AÑO Y APOTEOSIS FINAL DEL MAQUINISMO

Estamos ahora en la boca de un enorme embudo de montañas. Por las laderas se escalonan los viñedos, que sobre el verdor bronco del monte ponen una mancha morada. Desde arriba se ve un trozo del Miño, amansado ante la presa y apretado de ijares por las montañas. En esta zona el río tiene una seriedad y una profundidad de color y de aguas que más adelante pierde, cuando se hace frontera y desciende entre prados con un son galaicoportu-

gués que parece escapado del Cancionero de la Vaticana.

Mirando hacia abajo, desde un pretil de la carretera, contemplo algo que se parece mucho al lomo de un dinosaurio. Es el armazón del coronamiento de la presa, que tiene 261 metros de desarrollo junto a los 300 en estribos y los 307 en vertedero de los radios de la planta curva. Las alturas máxima, media y mínima del salto se señalan con 98, 80 y 49 metros, respectivamente.

Se me advierte que la bóveda que veo al pie de la presa no ampara la totalidad de las instalaciones de la central y la cámara de equilibrio, pues para emplazar ambas ha sido necesario excavar en la roca viva de la montaña hasta extraer 70.000 metros cúbicos de piedra. Precisamente el grupo que está ya en pleno rendimiento se halla situado en el sector de bóveda ganado, a fuerza de dinamita, a la roca.

Si desde arriba la presa se asemeja al esqueleto de un tremendo bicho antediluviano, desde abajo, desde el cauce desecado del río, da una imponente impresión de poderosa construcción

militar, parece un tramo de la línea Sigüido. Por cierto que la dimensión de la presa casa perfectamente con el paisaje de esta zona, que es de lo más solemne y pondaliano de la Galicia del interior.

Por un largo túnel, también excavado en la roca, entramos en las instalaciones de la central. No se puede llamar ruido, ruido en serio, al acordado y profundo rumor que se percibe allí dentro. Y, vista de cerca, os juro que parece ridícula, por su tamaño y su falta aparente de complejidad, la turbina de 132.000 voltios.

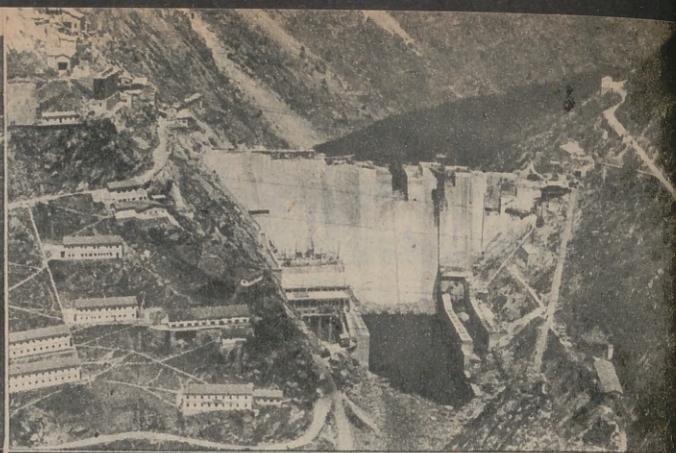
Al lado de esta que ya funciona, ingenieros y personal auxiliar ingleses están montando las otras dos.

En la primavera próxima estarán ya las tres en funcionamiento simultáneo, con 350.000.000 de kilovatios hora de producción media anual regulada; 100.000.000 de kilovatios hora de producción adicional regulada en ocho meses, y 450.000.000 de kilovatios hora de producción total media anual.

Veo muchos hombres de pie, casi inmóviles, vestidos en su mayoría con trajes de calle. Otros están sentados ante pequeñas mesas, con un aire aburrido de apacibles burócratas. Pregunto si se trata de técnicos de la empresa y me dicen que sí. Da la sensación de que su labor es más bien tranquila, paradójicamente falta de tensión. El señor Gómez Llano me asegura que, una vez terminada la instalación de la central, la intervención humana en su funcionamiento podría ser limitada a media docena de personas. Habrá, claro, muchas más, a las que el alto personal técnico tendrá que inventarles tareas accesorias—y en cierto modo superfluas—para que literalmente no se duerman. Lo cual quiere decir, lector, que acabo de asistir aquí a bastantes metros bajo el cauce del Miño, como quien no quiere la cosa, a la apoteosis final del maquinismo.

Piezas de enorme peso tuvieron que ser transportadas en camiones especiales hasta la obra por difíciles caminos





panorámica del emplazamiento de la presa al
anillo de las excavaciones (25 de mayo de 1946)

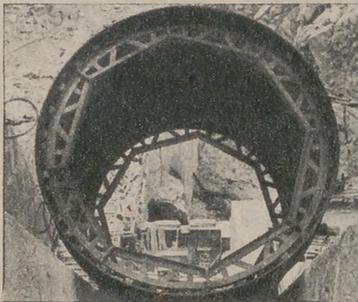
El mismo lugar que hemos visto en la anterior foto-
grafía ofrecía este aspecto en el pasado mes de
septiembre

UNA ALUSION A «CAGLIOSTRO» QUE ME PRODUCE ALIVIO

Salimos de la central y nos dirigimos, carretera arriba otra vez —pero ahora en coche— a la caseta donde están instaladas las oficinas de los ingenieros de Fenosa, la empresa propietaria del salto. Se ha sumado a nuestro grupo inicial otro ingeniero joven, cuyo nombre no me ha sido revelado por temor a que aparezca en letras de molde, pues esta gente es de una modestia realmente ejemplar. El recién llegado vive muy al tanto de las últimas novedades literarias. Hablamos un poco de esto y después, ya en la caseta, volvemos a los datos técnicos sobre el salto y la central.

Me entero de que las particularidades técnicas más interesantes de este aprovechamiento hidroeléctrico consisten en que corresponde al tipo pie de presa, con cámara y túnel de descarga, construido éste a fin de conseguir un aumento de salto, ya que por las características del perfil longitudinal del lecho del río se utiliza la diferencia de nivel existente entre el pie de presa y la salida del túnel de descarga al Miño.

Tomo nota de que los volúmenes de excavación en la presa y en el cuenco amortiguador, son de 110.000 y 40.000 metros cúbicos, respectivamente. Y de que la cota de coronación mide 196,50 metros frente a los 194,50, los 104,50 y los 100 que corresponden, por ese mismo orden, a las cotas del vértice del perfil triangular, del lecho del río y del cuenco amortiguador.



Una de las tuberías de carga, vista desde arriba

Sigo anotando: La superficie total de la cuenca que tributa al aprovechamiento es de 4.442 kilómetros y las máximas avenidas pueden cifrarse en 3.500 metros cúbicos por segundo. Todavía me queda por saber algo más: que la superficie embalsada es de 600 hectáreas y que la cola del embalse tiene 24 kilómetros de largo.

Me aseguran los ingenieros que para una estricta eficacia informativa de este reportaje es indispensable consignar fielmente todos esos datos, y yo humildemente se lo creo y obedezco. Sin embargo, experimenté un alivio cuando uno de ellos, interrumpiendo el chaparrón de cifras, me preguntó qué tal me parecía la película «Cagliostro».

Pero aquello fué sólo una liberación momentánea. Me quedaban por hacer las siguientes apuntaciones: que el equipo de la central consta de tres grupos iguales de 66,66 metros cúbicos por segundo, siendo las potencias

en el árbol de las turbinas de 218.400 caballos y en los alternadores de 187.200 kilovatios. Y que la superficie de la planta de la cámara de equilibrio es de 850 metros cuadrados y de 80 la sección del túnel de descarga. Además de los 250 metros de longitud del túnel de descarga y de los 75 de cada una de las tres tuberías de alimentación.

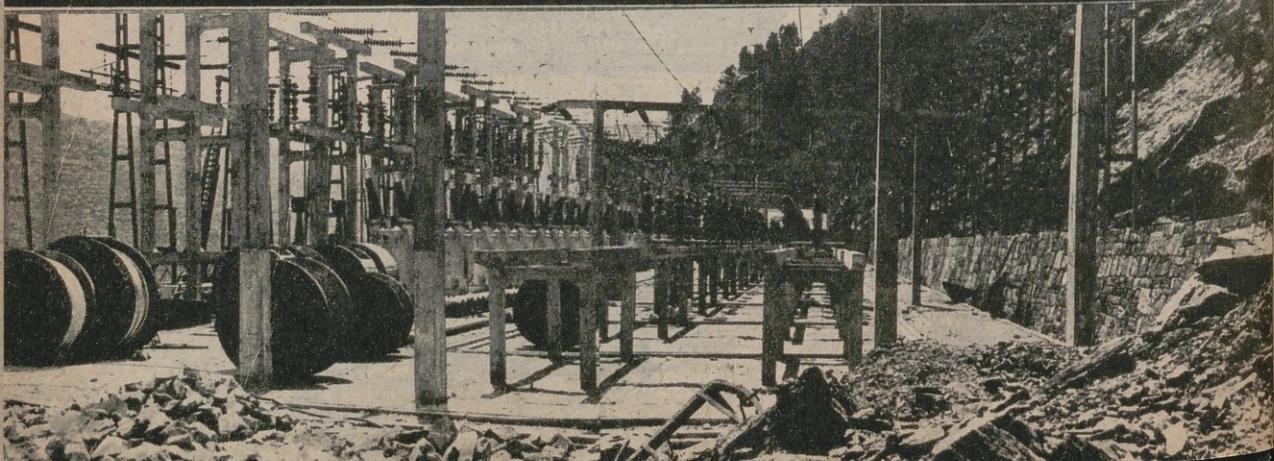
PARENTESIS PARA UNA MEDITACION

Tengo delante un gráfico que expresa el recorrido y los enlaces de la energía que se produce en la central de Los Peares. Prácticamente, es Galicia entera la que está apresada en esta red.

Todavía en este viaje por mi tierra he visitado pueblos que carecen de luz eléctrica. Pueblos maravillosos para la frecuentación de cierto género de cursilería lírica, pero que detrás de esa blanda apariencia brindada a la égloga ocultan una existencia oscura, durísima, privada de comodidades y goces que hoy son atributo elemental de la vida humana en cualquier parte. Pueblos donde, en invierno—pensad en el brumoso y lluvioso invierno de Galicia—la luz natural se acaba a las cinco de la tarde y hay que suplirla encendiendo velas y candiles o quemando ramas secas en el hogar. Pueblos a ciegas, para quienes esta España bien timoneada, de vigoroso impulso industrial, trae una especie de luminosa redención.

Pienso en eso y en el empujón hacia arriba que a la plural riqueza de esta región le va a dar —y la está dando ya— esa enorme cantidad de fuerza eléctrica

Esta es la subestación de distribución de la nueva central hidroeléctrica



desatada a lo largo y lo ancho de su geografía.

La pesca, los recursos forestales, la ganadería, la producción cerealista, la patata, la minería, van a poder ahora desarrollar la amplia gama de sus derivaciones industriales gracias a la creación de estos grandes aprovechamientos—el de Las Conchas, el de Los Peares y los del Sil—que están convirtiendo a Galicia en la región de más amplias disponibilidades hidroeléctricas de España.

La Galicia del litoral y la del interior, la labriega y la minera, quedan ahora, mediante un poderoso encadenamiento de kilovatios hora, unificadas en un enérgico esfuerzo que ha de rendir, de un lado, copiosos bienes materiales, y de otro, unas decorosas condiciones generales de existencia humana.

UNA PIEZA QUE PESA DOSCIENTAS CINCUENTA TONELADAS

No fué pequeña dificultad, según me cuentan, la que supuso el traslado de la maquinaria—importada de Inglaterra—desde el puerto de Vigo hasta el salto.

El transporte se hizo, lenta y arduamente, utilizando unos camiones especiales, de cuarenta toneladas. Duró el traslado días y más días y la caravana provocaba en ruta el asombro de las gentes.

Tuvo necesidad la empresa de acondicionar diecisiete kilómetros de carretera para que las máquinas pudiesen llegar al lugar de su definitivo emplazamiento.

Los seiscientos metros de la carretera de acceso a la central, que es un serpentin alucinante, los subieron los camiones a una marcha de viejos elefantes fatigados.

Dos puentes-grúa de fabricación española, de 130.000 kilos cada uno y que trabajan acoplados, han tenido que ser utilizados para montar el rotor, la imponente pieza—la más grande de todas—que pesa la tontería de doscientas cincuenta toneladas.

LA CIUDAD MAS BARATA DE ESPAÑA

Nos lanzamos de nuevo por el tobogán, guiados esta vez por el ingeniero de Termac, que es la empresa constructora, y visitamos de prisa los talleres de carpintería, electricidad y mecánica que funcionan en el salto. Después entramos en el molino donde se tritura el *clinker*, que produce el cemento necesario para la elaboración del hormigón que se emplea en las obras. Su enorme capacidad de molienda—más de doscientas toneladas al día—ha podido cubrir las exigencias totales de estas construcciones, en las que se han invertido—desde que en los terrenos del salto se dió el primer golpe de pico, allá en 1945—algo más de 500.000 metros cúbicos de hormigón.

Del molino vamos hacia el campamento del salto, que es un conjunto de casas en las que se conjugan los colores rojo, blanco y verde. Es un campamento pensado, naturalmente, para gentes de vida en cierto modo sedentaria,

al que le falta el aire trashumante que caracteriza al vivac. Se trata de un campamento con instalaciones hasta confortables, que constituye un pequeño poblado. Aunque no tan pequeño—tal vez el propio pueblo orensano de Los Peares tenga menos habitantes—por cuanto da comida y alojamiento diarios a unos quinientos hombres, de los ochocientos que trabajan en las obras.

El campamento tiene una panadería que satisface la demanda total de la población obrera y una cocina colectiva, de tipo cuartelero, de monstruosas ollas movidas por garruchas y pequeñas grúas.

Existen comedores destinados a cada una de las categorías laborales: especialistas, capataces y peones. A estos últimos se les proporciona la pensión completa por cinco pesetas. Y se les sirve con tal abundancia que la comida se calcula a base de tres kilos de patatas por individuo y día. De este modo, un especialista—un carpintero, por ejemplo—puede ahorrar al mes, de su salario, alrededor de mil pesetas, y un simple peón cerca de setecientas.

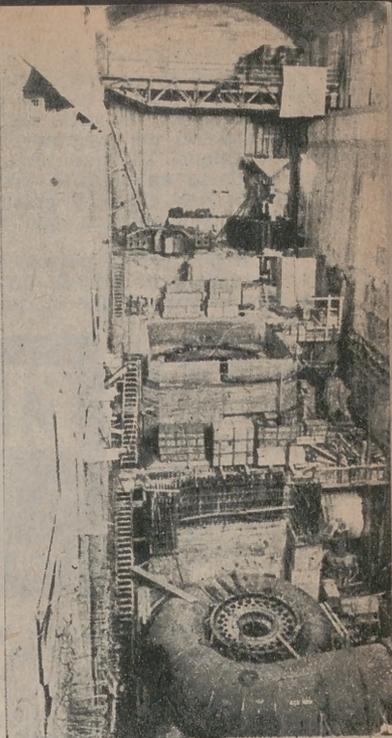
Hay en el campamento un hospitalillo en el que un médico y dos practicantes atienden los casos de accidente, y tres facultativos más y un auxiliar asisten a los enfermos.

Aprovecho la visita para preguntar cuántos muertos por accidente ha originado hasta ahora la construcción del salto, y se niegan con inflexible obstinación a decírmelo. Pero me aclaran que han sido muchos menos de los que por ahí—gratuita y un poco malévolutamente—se ha dicho.

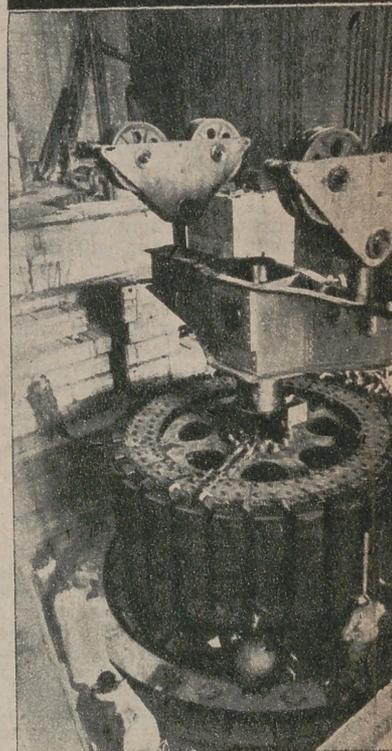
EL KILOVATIO-HORA HACE LAS PACES CON EL ROMANICO

Si los jóvenes poetas me hiciesen algún caso—que no tengo la menor esperanza—podrían tal vez convencerse de que la construcción de un aprovechamiento hidroeléctrico es capaz de suscitar en algún momento emociones que, si no caen en lo estrictamente lírico, viven pardañas. A lo mejor, a ellos no les importa que el salto de Los Peares haya convertido a Galicia, de región deficitaria en energía eléctrica que era, en región exportadora. Puede que tampoco les interese demasiado el saber que el fluido producido en Los Peares está teniendo ya importantes aplicaciones industriales, entre las que destaca su utilización, en la línea de Ponferrada, por una de las fábricas de carburo cálcico y derivados más importantes de España, que funciona en el Barco de Valdeorras. Pero a lo mejor les conmueve el hecho de que el salto de Los Peares haya acertado considerablemente la distancia que mediaba entre el pueblocito de este nombre y una iglesia románica del siglo XI—declarada monumento nacional—que está dedicada a la advocación de San Juan da Cova.

La cosa fué así: el maravilloso templo caía dentro del embalse. En vista de ello, fué trasladado piedra por piedra y reedificado a



Esta es la Central que se construye. En primer término, la cámara es del segundo grupo



Delicada operación de montaje del rotor, la pieza más pesada de la Central (250 toneladas)

unos cincuenta metros de distancia de su antiguo emplazamiento. Y si antes el acceso a la iglesia románica era empresa penosísima, por caminos improvisados y costosos, actualmente se puede llegar al hermoso monumento en lancha, a través de las aguas del embalse, en menos de un cuarto de hora.

Pero claro está que sólo haciéndose de Infantería puede uno enterarse de tales cosas.

Carlos RIVERO
(Enviado especial)

LIAME a la puerta y me abrió una mujer de cara un tanto torcida, que me miró con desconfianza. «La doncella de la casa», supuse. Y a continuación me preguntó: «¿Qué habrá visto en mí? Aunque, sin que haya visto nada, a veces suele darse en algunas personas una especie de desconfianza previa y gratuita que la refieren y aplican a cualquiera que encuentran en su camino...»

No se por qué me pareció que aquella muchacha, ya madura y de mirada un poco aviesa, esperaba a otra persona y que mi presencia le desconcertó un poco.

Crucé con la seguridad expeditiva de la doncella las palabras consabidas y añadí:

—La señora me espera, porque acabo de hablar con ella por teléfono.

—¡Ah! Pues no me había dicho nada.

Se advertía, a juzgar por sus palabras y de primera impresión, que estaba enterada de cuanto ocurría en aquella casa y que en alguna manera era copartícipe en los asuntos de su dueña. Iba a decir cómplice, pero me parece excesivo.

Suponía yo que, en todo caso, se trataba de trapiondas sin importancia y casi siempre—por qué no decirlo?—de carácter erótico. Me dispuse a hacer aquella visita con algunas noticias previas y con bastantes presunciones. El motivo era un encargo, enojoso y delicado, de mi gran amigo Muñiz, paisano mío de Santander, de donde yo acababa de llegar.

—Haga el favor de entrar aquí—dijo la sirvienta con cierta sequedad.

Me introdujo a esperar en una salita que permanecía medio a oscuras. Desparramé la vista por la pequeña estancia y la detuve en el retrato de una adolescente con un rostro de líneas suaves, tiernas y, al mismo tiempo, de indudable vigor y gran expresión de raza. La penumbra aumentaba el misterio de aquellos rasgos.

«Bella muchacha—me dije—. Y lo mejor de ella es que, en efecto, tiene raza.» («Tener raza» constituye para mí una expresión cargada y plena de contenido espiritual, en contra de lo que pudiera creerse, y en mi boca es casi un supremo elogio cuando se refiere a una mujer.)

Estaba haciendo conjeturas sobre quién sería aquella adolescente cuando interrumpió mi soliloquio la entrada de la señora de la casa, cuyas facciones no pude distinguir al pronto, aunque sí advertí que se trataba de una mujer corpulenta y de belleza un poco bronca, ya deformada por la edad.

—¿Señor Piniés?

—Servidor de usted.

—Le agradezco mucho que se haya molestado en traerme el encargo de... de mi marido.

—No tiene que agradecerme. Quise yo hacerlo personalmente, en lugar de mandar, a mi vez, un recadero, para no privarme de la satisfacción de saludar a usted. Aquí tiene usted el paquete.

Lo había dejado sobre una mesita. Contenía seguramente documentos, cartas, escrituras, etc. Así me lo había dicho mi amigo Muñiz.

La señora había entreabierto la ventana y yo, sin darme cuenta apenas, lo primero que hice fué mirar hacia el retrato de la adolescente, que tanto y tan profundamente me había impresionado. Después volví los ojos hacia la mujer que tenía ante mí, la cual, mientras me miraba y sonreía confusamente, permanecía, con un movimiento mecánico y un tanto nervioso, arreglando los visillos de la ventana.

Calculé que podría tener cuarenta y cinco años, unos más o menos, y confirmé que era bastante gruesa y de aspecto quizá un tanto ordinario. Me miró ya con insistencia y con unos ojos que me parecieran también recelosos.

Volví el rostro hacia la muchacha del retrato y mentalmente hice una comparación. Aquel retrato, hecho a lápiz y levemente coloreado, estaría dibujado cuando el modelo tuviera apenas diecisiete años. ¡Cuánto candor, amor y ternura parecía despedir aquella mirada! ¡Qué elegancia y qué nobleza en aquellas facciones!

EL RETRATO

NOVELA

Por Eusebio GARCIA-LUENGO



En contraste con la visión que me ofrecía el retrato, pude ver ahora y contemplar a mi sabor a la mujer de presencia realísima, probablemente ya cerca de la cincuentena, y volví a notar en sus facciones los rasgos del cansancio, de la suspiración y de un espíritu que se me antojó al pronto un poco bronco y ordinario, como antes dije.

—¿Y qué, cómo está el señor Muñiz?

—Bien—repuse—. Mejor dicho, ya sabe usted su padecimiento.

Y me apuré un poco. Comprendía que era embarazoso para mí hablar de su marido. Expliqué:

—Bueno, no es ningún secreto para nadie; quiero decir de sus íntimos, de sus familiares. Padece un cáncer.

—¡Ah, no lo sabía!—dijo ella, confusamente.

Yo me puse a hablar de la enfermedad de mi amigo Muñiz, dando algunos detalles de su proceso. Me oyó en silencio. Hubo una pausa. Se advertía que aquella mujer luchaba con sentimientos contradictorios. En este caso, en aquellos que se referían a su marido, me parecieron sus sentimientos más confusos todavía que los que suelen serlo cuando se presentan en personas simples. Si yo tuviese que explicar cómo adivinaba oscuramente las pasiones de aquella mujer, me vería en un aprieto; que no sería menor por tratarse de una persona aparentemente simple—co-

mo dije—, tal como se tratan con frecuencia en las novelas antiguas.

No se presentaba, a mi juicio, una contradicción neta, sino que cualquier sentimiento, de amor o de odio, de atracción o de repulsión, de contento o de pena, era tanto éste como su contrario. No podía, pues, denominarse de ninguna manera concreta lo que sentía verdaderamente aquella mujer. Al menos yo así creía comprenderlo.

En lo que se refería a su marido, no creo, sin embargo, que su padecimiento despertase en ella compasión alguna. Aunque tampoco sería justo hablar de lo contrario.

—¿Y qué hay por Santander?—preguntó para romper nuestro silencio.

Le respondí como pude, contando sin orden algunas noticias vagas y generales de familias que yo sabía de antemano que eran conocidas de ella. Estas preguntas abstractas sobre ciudades o sociedades enteras son difíciles de responder, a fuerza de ser generalizadoras.

—¿Usted residió allí en otro tiempo?—pregunté yo, a mi vez.

—Sí. Allí pasé mi juventud y allí me casé. Pero yo no soy de Santander. Soy valenciana.

—¡Ah, no sabía!

—No he vuelto por Santander desde hace cuatro años. No tengo recuerdos gratos de allí. Usted comprenderá; desde que me separé de mi marido...

Se trataba de alusiones difíciles: las que se

referían a su edad, a su matrimonio, a los conflictos posteriores, a la desavenencia conyugal...

A ella se le fué la mirada hacia el retrato de la pared, seguramente al advertir un involuntario movimiento mío. Exclamó:

—Ese retrato es de aquella época, precisamente. Entonces yo acababa de instalarme con mi madre y mis hermanas en Santander. Mi padre tenía allí un pequeño negocio, y a poco de llegar todos murió él.

Se me antojó que ella estaba preocupada por declarar cuanto antes que aquel retrato que tanto me había llamado la atención era suyo, es decir, que era ella la modelo. También me pareció obsesionada por la impresión que pudiera hacerme a mí y por las consecuencias que yo pudiera sacar de una comparación que adivinaba inevitable.

Yo procuré, claro está, ser discreto y no dejar trasparecer mis impresiones. No me inmuté. Sin embargo, de seguro que ella creyó advertir que a mí se me había escapado algún vago gesto de extrañeza.

Tengo, al recordarlo ahora, la certidumbre de que a ella le pareció advertirlo así y de que esa sospecha—de la que ya no se libró durante toda nuestra entrevista—le produjo una cierta irritación contra mí.

Quise apartarla de aquella preocupación, y para ello procuré que siguiéramos hablando de diversas cosas baladíes en apariencia, pero que me iban enterando, sin proponérmelo yo, de algunos pormenores de la vida de ella. No tenía yo ningún interés deliberado en conocerlos, y, por otra parte, creía saber ya cuál era la clave y cuáles los resortes de la existencia de aquella mujer. No obstante, ella parecía tener empeño en enterarme de todo, y así iba precisando algunos detalles, rasgos y episodios, como si tuviese necesidad de justificarse ante mí.

He dicho precisando, y he dicho mal. Pues saltaba de una cosa a otra incoherentemente, y en todo lo que me contaba me dejaba una impresión exagerada, dando fuerza a detalles que yo sabía nimios y procurando presentar muy melodramáticamente episodios que a mí se me antojaban carentes de significación o inocentes para las personas a las que atribuía intenciones perversas.

—A mí nunca me quiso mi padre. Quizá él se daba cuenta de que cuando yo fuera mayor no habría de aprobar ni de perdonar su conducta. Sin embargo, en las últimas semanas de su vida pareció sentir una gran ternura por mí. ¡El pobre sufrió mucho! Pero había hecho padecer a mi madre como no puede usted darse idea. Recuerdo a mi madre siempre doliéndose y penando por las cosas de mi padre. El no se preocupaba de nada de la casa ni de los hijos. Se pasaba la vida fuera de casa. Mi madre sabía que tenía queridas. Bebía mucho también. Un día recuerdo—esas cosas no se olvidan fácilmente—que vino borracho a casa. Y en vez de encerrarse en su habitación, como solía hacer casi siempre, le dió por estar cariñoso con mi madre. Quería abrazarla incluso delante de nosotras. Yo era la hermana mayor y tendría catorce o quince años. Mi madre huyó, pero la siguió hasta su dormitorio. Ella le gritaba: «Vete ahora con tu querida.» Como mi madre lloraba, llegué a creer que él le había pegado. Quise entrar, pero no pude. Mi madre sollozaba sobre la cama y mi padre intentaba consolarla de una manera que entonces me pareció torpe y estúpida. Mi padre murió a los pocos meses y quedamos solas las tres hermanas con mi madre. Bueno, en realidad siempre habíamos vivido solas. Yo no sé si sentimos o no sentimos la muerte de mi padre. Ahora mismo creo sentir, al recordarle, una mezcla de rabia, de lástima y de cariño. Pero quizá aquel luto, el tiempo que siguió a la muerte de mi padre fué la época más tranquila de mi vida. Paseaba con mis hermanas menores un rato por las tardes y yo debía ser muy guapa, no me importa decirlo, porque me salían muchos pretendientes por la calle.

Yo estaba enterado de casi todos estos pormenores y de que después de un viaje a Alicante se habían instalado definitivamente en Santander, donde la madre tenía ya a un hermano viviendo desde hacía tiempo. Precisamente este hermano había procurado a su cuñado el negocio que allí los llevó al principio. Ambos cuñados no tardaron en regañar definitivamente. En Santander, madre e hijas dispusieron de unas rentas modestas, pero suficientes para vivir con cierto desahogo.

Consuelo Tamayo—que así se llamaba aquella

señora—volvió a mirar su retrato e insistió:

—Pues sí, cuando me hicieron ese apunte tenía yo diecisiete años.

Yo lo contemplé, a mi vez, abiertamente. Cuando antes comencé un poco distraídamente a hacer conjeturas sobre quién podría ser la persona que allí se representaba, no me imaginé ni por un momento que fuese precisamente la dueña de la casa, la mujer de quien yo era visitante. Es decir, no se me ocurrió pensarlo después de haberse ella presentado ante mí. De tal manera aquellos dos seres—el de la estampa y el vivo y presente—se me aparecían como absolutamente distintos.

Ya dije que al aparecer ella y ver cómo yo miraba el retrato pareció darse cuenta de mis conjeturas y de que de ninguna manera podía caer yo en la certeza de que se tratase de la misma persona. Pensaba en ello la mujer o acaso lo temía más bien; quizá lo había previsto en mi caso, porque también tenía ya la experiencia de otros casos cualesquiera que hubieran podido darse en otros visitantes.

Creía yo advertir que la señora Tamayo tenía la preocupación de haber envejecido y de no parecerse ya ni remotamente al retrato. Es posible que se espiera ante el dibujo y ante el espejo alternativamente las diferencias que, día a día, iban marcándose con la fatalidad del tiempo y de los cambios interiores. Se echaba de ver inmediatamente que se adornaba cuanto podía y que procuraba presentarse seductora.

Consuelo repitió como si fuese un tema, casi convertido en estribillo, que la obsesionaba:

—Entonces yo estaba, desde hacía algunos años, viviendo en Santander. Como le dije, de aquella época es ese retrato. Por cierto que me lo hizo un tal Núñez, a quien encontré no hace muchos días, por una de esas calles del centro, borracho y destrozado. Creo que se dedica a beber y que gana unas cuantas perras haciendo retratos a algunas pobres muchachas de vida revuelta.

Lo decía en un tono más de desprecio que de compasión. Era curioso oírle hablar de vida airada, a ella que, según todos los datos que yo tenía, había hecho de la suya, de su propia vida, un disparate sin sentido ni norma alguna; ella, que se había dejado llevar siempre por unos arrebatos confusos y contradictorios. Tal era, al menos, el juicio que compuse.

—Un día—prosiguió—este Núñez, acordándose seguramente de que me había hecho este retrato, que, dicho sea de paso, le salió bien por casualidad, vino a pedirme dinero. Me contó una historia triste. Había tenido una hija con una pobre chica, de esas a quienes sacaba algunas perras por hacerles unas estampas iluminadas. Me dijo Núñez entonces que él era un hombre de conciencia. ¡Figúrese, un hombre de conciencia! Es un nada más. Terminará mal. Ya le digo a usted que se gasta en vino todo lo que logra sacar a esas mujeres. Aquel día le di unas pesetas. Pero volvió a los dos o tres días y me contó el proyecto de un negocio que según él era segurísimo y con el que se podía ganar mucho dinero. Para terminar, le diré únicamente que me estafó. A pesar de lo cual todavía viene por aquí de vez en cuando y siempre me cuenta historias más o menos raras y lacrimosas, de las que no me creo ninguna. Yo no sé qué hacer con él para que me deje en paz.

Me contó algunos otros detalles y trapisondas del pobre Núñez, pero, al parecer, sin ninguna amistad ni ternura hacia él, sino más bien con crueldad. Parecía que daba por bien empleado su dinero con tal de poder hablar de Núñez como lo hacía. Se echaba de ver también que ella era incapaz de hablar de ninguna otra persona con cierta comprensión o comedimiento. Y, sin embargo, yo deduje que, a pesar de todo, tenía alguna debilidad por Núñez, con quien debía entretenerse muy a menudo. Hablaba de él con rabia y con una cierta obsesión, y, al mismo tiempo, pretendía mostrar hacia él un gran desprecio. Había contradicción en lo que refería de Núñez. Tan pronto daba a entender que no la trataba como se advertía, que el pintorzuco era visita frecuente en su casa. Al principio le dedicó expresiones muy desdeñosas.

—Cuando me hizo este retrato, Núñez era casi un niño. Entonces pareció que prometía mucho. Llegó a ganar una beca de la Diputación. Yo le conocí siendo un chico de muy buenas costumbres.

Calló durante un momento y se contempló así misma, a su retrato—puede decirse así—, con una

mirada que no sabía yo si era triste o rencorosa. Añadió, imprudentemente:

—Ha pasado ya algún tiempo desde entonces y ese tiempo debe notarse demasiado en mí.

Hizo tan abierta alusión a su edad quizá para provocar el que yo le dijese alguna galantería, la consabida frase de «que estaba muy joven todavía» o «que verdaderamente era joven a juzgar por su bello y fresco aspecto»...

Me limité a balbucir unos elogios vulgares, no sin haber descubierto para mí una fundamental preocupación femenina: el afán de gustar, el deseo de permanecer atractiva; e incluso también una obsesión sexual, apenas velada, la desazón y el deseo no disimulados y que se presentan tan frecuente y reciamente en ciertas edades.

De repente me sentí desasosegado ante la mirada voraz y escrutadora de aquella mujer que revelaba un fondo revuelto de pasiones, a duras penas contenidas.

Al volver de nuevo mis ojos hacia el retrato pensé si no era una sugestión mía el encanto que emanaba de aquel dibujo, en tanto que no residía en la persona retratada, sino en mi imaginación de varón.

«¿Qué clase de influjo—me pregunté—había despertado en mí semejantes sugestión o fantasía, las cuales me llevaban a atribuir a la criatura allí estampada todo género de donos y atractivos y precisamente de los más delicados y aquellos que yo reconocía más femeninamente acendrados que pueden darse?»

«Es decir—intentaba explicarme a mí mismo—, el encanto residía en el retrato mismo, independientemente de quien fuese el modelo; residía en el cuadro como tal. Pues también podría ocurrir que el pintor hubiera logrado una obra que nada o poco tuviese que ver con la adolescent: retratada; una obra pictórica seguramente llena de reminiscencias y escasamente personal desde el punto de vista estético.

Consuelo se había levantado y anduvo por la salita un poco nerviosamente. Yo comprendí que acaso mi distracción le pareciera descortés y me levanté también, diciendo:

—Ese dibujo me trae algunos recuerdos. No le extrañe a usted por eso que le mire tanto.

Inmediatamente advertí que en aquellas palabras revelaba yo cuánta distancia existía entre ella y la joven que allí se aparecía. Pero ella no pareció darse cuenta, de lo que me alegré, pues me hubiera obligado, de lo contrario, a explicaciones y distingos embarazosos. La señora Tamayo se disculpó:

—¿Querrá usted tomar una taza de té conmigo? Si no tiene prisa...

—Con mucho gusto.

—Entonces permóname un momento, porque prefero hacerlo yo misma.

Y salió. Creo, además, que deseaba dejarme solo unos minutos. Por otra parte, ella mostraba indudables deseos de agradarme, lo cual si por un lado me hizo grata impresión por el halago que toda amabilidad produce al visitante, por el otro me hacía sentirme un tanto desazonado.

El hecho de que yo conociese y fuera tan amigo del hombre que al cabo no podía olvidar que era su marido y con el cual litigaba, le obligaba a ella quizá a mostrarse más amable y a intentar que en mí se suscitara un juicio halagüeño sobre su persona.

Al quedarme solo me entregué a mis reflexiones. ¿Había convertido la vida a aquella preciosa joven en la mujer que ahora se movía con torpeza cerca de mí? ¿No era más bien que esta joven o niña quizá ya llevaba dentro la actual mujer, pues desde el primer principio debía fatalmente de ocurrir así?

¿La vida convierte en algo que no se sea ya esencialmente, que no se lleve dentro de sí, por decirlo de alguna manera? A mí me parecía, por lo demás, que la vida no hace sino confirmar lo que se es verdaderamente. Me dejaba llevar en esto por una suerte de fatalismo, que no lo era tanto si se meditaba sobre él, pues admitía un impulso interior invariable ante las llamadas experiencias.

Siempre me había parecido absurdo cuando se me había dicho de alguien que la vida, su vida, le convirtió en tal o cual otra persona distinta de aquella que era anteriormente... Pues la vida, esgrimida así, como argumento, tiene razones para todo y lo justifica todo.

Un poco antes, al sentirme desazonado ante la

mirada voraz de esta mujer, pensé en lo que sería, en lo que habría sido el provocar y el sentir sobre sí, el sentir sobre la pasión varonil, el amor y el deseo de aquella adolescente del retrato. Seguramente hubiese, en efecto, enloquecido de pasión a cualquier hombre.

Y, sin embargo—me digo a continuación—, esta joven y esta mujer son la misma persona, y su amor es esencialmente el mismo. Pese a lo cual en la una resulta algo maravilloso, algo terriblemente intenso, que apenas es posible imaginar, y en la otra, en la segunda, en la mujer presente y real, llena de pasiones mezquinas y de apetencias a todas luces superficiales, el presunto amor se me aparece como la manifestación de una sensualidad de la especie más elementalmente instintiva, más epidérmicamente carnal, más desafortada y cruel, más indistinta y torpemente genérica...

Me puse a reflexionar en las infinitas clases de pasión o de carnalidad que pueden darse en el amor y en cómo hay uno, un amor o muchos que sin dejar de ser carnal también parece sustancia de nuestra propia alma, amor que radica en esa frontera difícil en que el ser y la vida enteros se hallan comprometidos y confundidos.

«¿Y mi amigo Muñiz?», me pregunté. «¿Cuál había sido su sentimiento fundamental? ¿Cuál había sido su pasión primera y duradera hacia esta mujer, es decir, hacia aquella criatura que concibió? ¿Cómo habría evolucionado esta pasión y en qué se habría convertido?»

Recordé que me había dicho en cierta ocasión respecto a no sé qué motivo:

«Cuando yo me enamoré ferozmente de mi mujer...»

Debió vivir unos días, unos meses, quizá años de delirio. Y poco a poco, muy lentamente, acaso con atisbos bruscos, con cambios violentos, dolorosos, la otra mujer, es decir, la misma mujer, la mujer verdadera—verdadera ¿por qué?—, se le iría poniendo al descubierto. ¡Otra mujer que era la misma! ¡Pobre amigo Muñiz, cuánto debió sufrir y... gozar!

Y esta mujer, con su confusa y primaria elementalidad a rastras, con su ciego instinto, como suele decirse con media verdad, cuánto debió también gozar y padecer a su manera y en su capacidad. Quizá más padecer que gozar, porque era uno de esos seres destinados a un sufrimiento estúpido, a los dolores que algunos pueden considerar nocivos, dolores que parecen fundarse en la más oscura necesidad catastrófica, en el más turbio y víscoso apego a los problemas bajos y viles de la existencia...

Y qué pedantería, por mi parte, pensar así. Medité que en lo humano apenas pueden establecerse diferencias y que para medir el dolor o cualquier otra emoción o sentimiento no hay sino una medida personalísima que no puede medirse desde fuera por otra persona.

* * *

Entró Consuelo con una bandeja, y sobre ella, los cacharros del té, al tiempo que me decía:

—Se me fué la chica. Acabo de darle permiso para ver a un hermano suyo. Bueno, yo creo que no se trata precisamente de un hermano. Esta sirvienta mía es una mujer un poco rara. Debe de tener por ahí algún lío, o más de uno, porque, entre otras cosas que he notado, la llaman con frecuencia por teléfono y con voces distintas. Aunque es una buena mujer y muy servicial, nunca me he podido enterar de cuál es su vida ni su familia. Aquí, en Madrid, tenemos que estar expuestas a esto: a convivir con personas de las que no sabemos nada. El servicio es así...

Hizo algunas observaciones vulgares sobre el particular y apreció inmediatamente en sus palabras la misma frecuente contradicción: algún género de complicidad tenía con aquella criada, y, no obstante, guardaba hacia ella recelo y desconfianza e incluso se expresaba con desprecio hacia sus maneras y costumbres.

—Sí, tendré que prescindir de ella, porque no me gustan tantas entradas y salidas ni tantas llamadas de gentes distintas con las que no sé qué relaciones tiene.

Yo la oía mientras la contemplaba ahora a otra luz, por decirlo así metafórica y realmente, pues había encendido las bombillas de la sala. La contemplaba como proyectada en el tiempo por la criatura cuyo dibujo colgaba de un fino y liso marco de color caoba, en la pared. Salí de nuevo.

Repentinamente y sin causa tampoco quizá me pareció que no había diferencia, y menos todavía contradicción, entre la joven dibujada y la mujer presente y que estaba ya en el tormentoso tránsito de la edad.

Pero me pregunté: «¿Por qué ahora creo establecer una relación normal, un crecimiento natural, debido únicamente al tiempo, entre la persona que allí se me presentaba y su retrato de hace años?» Me confesé que, de no haber conocido a esta mujer, jamás me hubiese imaginado convertida en ella a la muchacha del dibujo.

¿No se debía el hecho de encontrarlo todo ahora natural y lógico a mi conocimiento posterior? ¿No me dejaba llevar por la comodidad de hallar ulteriormente en su perfecta y fatal consecuencia y en su fluencia vital aquello que podría no presentarse a otros ojos tan lógica y naturalmente?

¿No podía tratarse también de un cambio aparentemente brusco y misterioso, pero que se encerraba ya en lo hondo de la Naturaleza, llena de caprichos y de ceguera? Sin embargo, por otra parte y considerándolo más despacio, la Naturaleza, el ser de aquella mujer obraba más segura y más certeramente en sus determinaciones que pueden obrar o pueden averiguar, mejor dicho, nuestras inciertas y ciegas interpretaciones.

Más ahincadamente y ya casi obseso por la cuestión me pregunté otra vez: «¿No se debía tal explicación—la de encontrarlo todo natural y lógico—al hecho de haber conocido a Consuelo Tamayo posteriormente y a estar ya, en consecuencia, influido por las noticias y datos que me llevaban a admitir la fatal relación entre ambas edades de la misma persona?»

«De no saber nada de aquella mujer—me repetía a mí mismo, obsesivamente—no hubiera creído jamás que el retrato fuera de ella.»

La verdad era—instituto—que ante el retrato, y teniendo en cuenta el paso del tiempo, no me la hubiera imaginado de esta manera ni hubiese sospechado que la retratada fuera la Consuelo Tamayo que acababa de conocer en la realidad.

¿Podía ser Consuelo la bellísima y espiritual adolescente que desde la pared mostraba lo que yo creía símbolos inequívocos de la virginidad y del candor apasionados?

Pensé que no puede uno dejarse llevar de las apariencias, y allí las apariencias negaban la identidad entre ambas personas. Pero pensé asimismo que no había tales apariencias y que todo respondía a una única y clara verdad: la identidad de ambos seres.

Para explicarme lo que pudiera haber de radicalmente distinto entre la niña retratada y la mujer viva que se me presentaba allí me di, entre otras razones, la siguiente: la explicación de que



aquella muchacha del retrato no existió jamás, o, al menos, no existió tal y como yo la contemplaba en este momento.

Fué acaso el propio pintor quien pudo dar, quizá casualmente, al retrato el interés y el encanto que yo apreciaba y que me subyugaban. De suerte que yo había quedado prendado de un algo femenino, profundamente femenino, eso sí, que podía no residir sino en el arte del pintor, arte incluso superficial. Era posible asimismo que aquel arte no existiera tampoco o apenas se mostrase en el cuadro y que lo apreciara yo por una peculiar predisposición mía o por un motivo cualquiera suficientemente inexplicable para mí mismo.

Entró, por fin, Consuelo, terminados los últimos preparativos del té, y entablamos conversación de nuevo.

—¿Conoce usted a Pedro Quintana?—me preguntó un poco inesperadamente.

—¿Quintana? No. No le conozco.

—Es de Santander. Vive aquí desde hace dos años. Lo pregunté porque podría conocerle usted. Se calló.

—¿Este Quintana se dedica a los negocios?—pregunté yo, a mi vez, sin propósito claro de averiguar nada.

—No; es poeta. Bueno, poeta...; eso dice él. La verdad es que ha publicado un solo poema. Yo creo que desde entonces no ha vuelto a escribir ni un solo verso.

—Pero ese poema, ¿le inmortalizará?

Se rió con sarcasmo.

—¡Qué disparate! Es una de tantas poesías que puede escribir cualquiera que se ponga a ello. Claro que se parece a todas las que escriben ahora. Se conoce que ha leído otras composiciones y que se ha contagiado un poco. Sin embargo debe creerse un gran poeta. Es como si yo me lo creyera también...

No supe qué quería significar concretamente con las últimas palabras del juicio sobre su amigo. Continuó:

—Este Quintana desapareció de Madrid hace unos meses sin dejar rastro. Bueno, la verdad es que ha dejado muchas deudas. Algunos tontos decían que tenía talento. Debe ser porque hizo una vida bohemia y bastante miserable. Cada noche iba a pedir a algún conocido el dinero que le costaba la cama donde dormir... Un día me dijo que le habían mandado de su casa mil pesetas; parecía verdad, porque me las enseñó. Y a los tres días de esto ya estaba pidiendo otra vez los dos duros necesarios para poder dormir aquella noche. No supimos qué había hecho de las mil pesetas. Es un hombre un poco misterioso y a quien parece que le gusta vivir mal. Yo le he ayudado bastante, pero no me lo agradecerá.

De este modo, a través de una conversación versátil, me fui enterando de algunos episodios e incluso aventuras de aquella mujer, y supe cuáles habían sido algunos rasgos de su vida, una vez que se separó de mi amigo Muñiz.

El tenía ya bastante noticias sobre ella de la misma ciudad donde se casó y vivió varios años, noticias de esas que se adquieren en la relación social; referencias que surgen ocasionalmente acá y allá y que, aunque no quiera uno enterarse deliberadamente, acaban por formar parte principal del conocimiento que podemos tener sobre una persona.

Entre otras cosas, la manera como ella aludía a su soledad me dió claro indicio de su preocupación, o, mejor dicho, de su verdadera pasión social. Pero indudablemente, por otra parte, su queja resultaba sincera.

—Vivo sola, como usted ve, y me paro sola la mayor parte del día. Me invitan a muchos sitios, pero no quiero ir.

Yo sabía lo contrario: que se la veía en muchas reuniones y que frecuentaba los teatros, conciertos, conferencias...

—Por eso me alegro de poder charlar con usted y de recordar algunos momentos y personas, aunque se trate de recuerdos muchas veces dolorosos. No tengo amistades, no las quiero...

Yo sabía que, por el contrario, buscaba ansiosamente cualquier persona que pudiera acompañarla y que no se recataba en tratar a muchas de vida, carácter y costumbres equivocadas; gentes de todas clases con las que hacía amistad repentina, con las que se encontraba en los más diversos lugares y a las que no dudaba en invitar a su casa de vez en cuando.

Como es común a casi todo el mundo, una de las características psicológicas más importantes de

Consuelo consistía precisamente en no poder soportarse a sí misma, o sea, en no poder soportar la soledad, aunque no siempre esto sea indicio de vacuidad o de falta de vida interior. Recordé que yo había conocido personas muy fértiles espiritualmente, a las que cuesta trabajo permanecer solas, al menos en ciertas circunstancias y en ciertos lugares—habitaciones pequeñas, horas determinadas del día (las crepusculares, por ejemplo...)—.

Y también personas tontas, por llamarlas de una manera expresiva y casi familiar, que aguantan largamente la soledad, mejor dicho, que no la advierten apenas, que carecen casi por completo de ese sentimiento.

En esto como en tantas otras cosas, cualquier carácter, rasgo o atribución abstracta se halla después fundamentalmente cambiado por la personalidad concreta, de manera que apenas nos es dado con las palabras caracterizar a los hombres.

En el caso de Consuelo se trataba, a mi parecer, de ese vacío de la existencia, de una angustia o desazón primarios que provenían de lo que ella llamaría, sin duda, «el fracaso de su vida». Como si ninguna vida fracasase o triunfase...

A través de las palabras de Consuelo era fácil entrever cuál había sido su existencia desde que decidió no sufrir por más tiempo «la tiranía de su marido».

Podían advertirse en ella claramente dos tendencias contrapuestas: una, la ligaba a ciertas formas rígidas de la vida; otra, la impulsaba acaso hacia lo informe, desordenado y caótico.

En buena parte parecía estar poseída por un irrefrenable impulso hacia la disolución de toda índole, moral y vital. Torné a considerar si la vida había convertido a Consuelo en el actual ser que ante mí hablaba y se justificaba, y, enlazando las de ahora con mis anteriores reflexiones, me pregunté si la vida no está prefigurada en cada persona y si, por lo tanto, la vida de aquella mujer no estaba ya prefigurada en la figura total—perdónese la redundancia—y en cada uno de los rasgos de la adolescente del retrato.

Tenía que ser así, y de serlo y admitirlo no habría contradicción ninguna entre aquellos seres separados por unos cuantos años tan sólo. La mujer que tenía delante era fatalmente, como no podía por menos de ocurrir, la consecuencia vital de la niña del retrato.

¿Y no sería quizá aquello que yo contemplaba en aquel retrato el encanto engañoso, cambiante de la adolescencia en la cual se refleja lo que queremos ver y en lo que hemos creído previamente?

La juventud, como la niñez, es todavía apenas diferenciada. Las edades, cuanto más tempranas son tiene más rasgos y caracteres comunes entre sí. La adolescencia conserva aún un trasfondo turbio y difuso que no contiene la verdadera personalidad.

Refiriéndonos a esa edad, quizá pueda hablarse todavía de alma, pero no tanto de espíritu, con el distinguo que hace cierta filosofía, la cual reconoce al alma una amplitud mucho mayor, una especie de raíz vital, de simple biología, en virtud de la cual puede hablarse del alma de los animales o de las plantas...

El alma que revelaba aquel retrato, ¡qué diferente de la que mostraba aquella mujer! El espíritu de aquella mujer, pues de espíritu había que hablar, qué distante de aquella difusa y fresca raíz de vida...

Sin tener entonces conciencia de ello—ha pasado ya algún tiempo cuando escribo estas líneas—, se daba un proceso paralelo entre mis reflexiones y recuerdos y el hecho de irme enterando de algunas circunstancias de la vida actual de Consuelo que me declaraba a medias, con veladuras entre las que ella misma me dejaba entrever actos e incluso deseos o tendencias que una mujer difícilmente declara, y menos a un desconocido, quien, por añadidura, resulta ser amigo del marido.

—Esta primavera—habló Consuelo—estuve en Valencia con un periodista de allí, que me invitó a pasar unos días. Bueno, me invitaron sus hermanas, a las que conocí aquí, en Madrid, en casa de una amiga mía. Una de estas chicas tenía gran afición al teatro y quería ser actriz. Yo la aconsejé en diversas ocasiones y tenía muy en cuenta mis opiniones.

Algunas veces Consuelo parecía tener muy en cuenta el carácter de mi visita, mi amistad con

su marido y demás circunstancias de mi conocimiento y relación con ella. Entonces parecía como si le importara presentarse ante mí como una mujer herida en su dignidad y víctima de la torpeza y de la incompreensión de un hombre: mi amigo Muñiz. Otras veces se olvidaba de ello y únicamente me trataba y se dirigía a mí como a un hombre desconocido con el cual se entregaba a un juego inicial, a un tanteo no exento de interés por gustar... Se establecía el frecuente coqueteo, por decirlo con la expresión vulgar, que a menudo se establece entre hombre y mujer.

De pronto me pareció advertir en mí un extraño prurito: como si yo mismo tuviese empeño en poner en boca de la niña del retrato las noticias y casi confesiones de aquella mujer. Y se me antojaron absurdas en su boca, en labios de la niña.

Sin poderlo remediar, a medida que ella iba hablando yo contemplaba furtivamente, de rato en rato, el dibujo, y entonces se me figuraba que iba descubriendo en sus rasgos, como misteriosamente anticipados, los accidentes de la vida que la mujer me insinuaba con palabras algunas veces un tanto cónicas.

Parece como si yo me empeñara en poner en boca de la adolescente las confesiones que estaba oyendo a aquella mujer. Me imaginaba que si se hubieran pedido a aquellos que podían llamarse labios virginales una confesión que anticipara en varios años el destino de Consuelo, ¡qué extrañamente hubieran sonado las imaginarias palabras! Imaginarias y tan reales ahora para mi oído...

Yo iba rellenando sus alusiones corteses y frías, que no evitaban algunos destellos feroces de rabia, despecho y desprecio; yo iba llenando sus referencias con la verdadera significación de sus sentimientos y de sus pasiones. ¿Verdadera significación? ¿Y cómo podía yo saberlo con tanta certeza?

En un punto de nuestro diálogo—más bien de su monólogo entrecortado—, al referirme yo a mi amigo Muñiz ella dijo con ira, ya sin contenerse por las conveniencias:

—¡Ese hombre fué un miserable! Al principio se contentó con tenerme sometida a su autoridad y a su voluntad despóticas. Después tuvo conmigo toda clase de crueldades. Me negaba los derechos más fundamentales que tiene una mujer y una esposa. Para él no era más que un animalillo, un objeto de placer que se toma y se deja a voluntad y a capricho.

Yo me callé, pues sabía que ciertas defensas, aparte de importunas, no logran sino irritar y exacerbar las presuntas ofensas de la otra parte.

Además, no supe qué contestar. Me limité a hacer un gesto, lo más cortés y ambiguo posible, de extrañeza. Me constaba, por lo demás, que mi amigo Muñiz era muy buena persona, hombre noble y bienintencionado, y lo consideraba en mi conciencia como incapaz de cualquier crueldad, por involuntaria que fuese, pues siempre le vi preocupado por no herir ajenas sensibilidades. Siempre, en efecto, lo había creído así y jamás tuve noticia ni motivo para creer otra cosa. En cuanto a su mujer, a Consuelo, estaba seguro también, en cuanto podemos estarlo los testigos desde fuera, de que se había comportado delicada y generosamente con ella. Y he aquí que ella le juzgaba de bien distinta manera.

Reflexioné sobre las diferentes maneras que todos tenemos de ver a las personas, especialmente el modo distinto que tienen aquellos seres que han vivido más cerca y más vinculados a esa persona determinada; sobre el reflejo que cada una de estas personas produce en las demás. Me pregunté también en qué medida podía participar el amor en el juicio de Consuelo sobre su marido. El amor —me dije— es un sentimiento siniestro que no suele perdonar nunca ni perdona nada de cuanto a él afecta. Los intereses del amor no tienen que ver con ningún otro que no sea su propia satisfacción.

—¿Qué había ocurrido en aquella mujer para que aquel indudable amor primero se trocase en lo que tanto se parecía al odio? ¿Existió verdaderamente tal amor? ¿Existía ahora este odio o se trataba de un nuevo sentimiento de nombre desconocido, de esencia y naturaleza también desconocidas, en el cual aquellos otros entraban a formar parte, pero no de una manera neta y exclusiva, sino confundidos y mezclados con muchos más sentimientos igualmente difíciles de reconocer?

Comprendí una vez más que el lenguaje humano



resulta paupérrimo cuando se trata de nombrar las experiencias, las vivencias, como se dice ahora, de una persona; y tanto más cuanto más simple parezca, por elemental que sea, como en este caso, y quizá precisamente por serlo, pues todo en ella viene a ser más enmarañado y caótico.

En cualquier impulso reconocible en aquella mujer participaba toda su persona, con sus ansias y sus instintos indiferenciados, y todo se confundía: dolor, placer, amor, odio, búsqueda de la muerte, los que solemos considerar goces de la vida..., todo.

—Mi marido tuvo la culpa de lo que ocurrió entre nosotros. Tuvo la culpa de que yo necesitara salir de Santander, del pleito de separación, de todos los conflictos y todos los terribles gastos que ello ha ocasionado. El creyó que yo iba a sufrirle toda la vida, que no tendría valor para rebelarme, para escapar a mi propio sufrimiento. Creyó que yo sería como las mujeres que él había conocido, que aceptan la esclavitud sin protesta. No reconocía ninguno de mis derechos. No me comprendía...

No me produjo ninguna extrañeza las protestas abstractas y las condenaciones generales de Consuelo. En cuanto a la última frase, me dije: ¡Ah, ya salió la famosa incomprensión! Y comenté en voz alta:

—Los hombres y las mujeres no están hechos para comprenderse, sino para amarse.

Lo dije en voz alta para salir de mi propio silencio. Ella replicó con viveza:

—Pero no están hechos tampoco para que la mujer sea una esclava y no pueda realizar ninguna de sus más altas y nobles aspiraciones.

Lo dijo con una ira extraña, y añadió ya en tono monocorde, como si estuviese acostumbrada a repetirlo:

—En España las mujeres no tenemos ninguna libertad ni se nos reconoce ningún derecho...

Surgía claramente un rencor que ya conocí en otras mujeres, una especie de rebelión, no contra el hombre acaso, como opositor inmediato, sino contra el propio sexo, contra su propia naturaleza de mujer. Rebelión, rencor, disconformidad nacidas de no sé qué afanes y tendencias, de unas terribles insatisfacciones que llevan a ciertas mujeres a considerar al hombre como genéricamente feliz, libre, sin ninguna traba ni problema en su vida. Creía ver surgir en Consuelo el sentimiento de venganza contra el hombre que anida en algunos espíritus femeninos.

Esta mujer ignoraba lo que eran en verdad el espíritu y la vida propiamente varoniles, pero su afán de dominio concedía al hombre la realización y satisfacción plenas de cuanto constituía su ambición. Deseaba por eso igualarse a él y culpaba a su condición de mujer de la mayoría de su desgracia. Pero Consuelo reconocía ese destino o suerte varonil en abstracto, pues cuando juzgaba a un hombre determinado no acertaba a ver en él sino vileza y malas pasiones. Consuelo creía que, de haber nacido hombre, hubiera satisfecho enteramente sus ansias. ¡Absurdo y dramático contrasentido!, porque ella sentía la nostalgia del otro sexo precisamente porque era una mujer, una mujer desdoblada y acaso con ciertos rasgos viriloides en su carácter.

Procuré apartarme inmediatamente de estas reflexiones entre otros motivos porque se me presentaban muy vagamente los que suelen esgrimirse en las conversaciones corrientes y vulgares como rasgos y atributos morales de lo masculino y de lo femenino.

Creí advertir que en Consuelo se habían desarrollado principalmente las malas pasiones que ella solía atribuir a sus amigos o conocidos; pasiones malas por lo que tenían de negativas, dolorosas y destructoras para ella misma, pues consideradas aisladamente, sin referirlas a manifestaciones concretas y personalísimas, a destinos individuales que vemos ya completos y terminados, apenas somos capaces de delimitarlas, y sólo Dios acaso podría calificarlas y separarlas con definitiva razón.

Desde luego, Eduardo Muñiz era culpado por su esposa de todo cuanto de desagradable le había ocurrido a ella, y de todos los males que padecía, de cuyos padecimientos por otra parte no acertaba sino a darle una idea confusa y escasamente convincente.

Yo pensé hasta qué punto resultaba ello disparatado, y en el fenómeno de cómo algunas personas necesitan culpar a los demás de las desgracias más o menos imaginarias que ya anidan desde siempre en su seno existencial—perdónese me

la palabreja de moda—, que ya residen en el hondón de su persona y de su destino. Lo que se llaman causas externas, ¿en qué parte obran sobre el destino total del hombre?

Pensé, además, que aquella mujer se me presentaba como si encarnase el espíritu del odio. Odiaba con naturalidad, por decirlo así. Todo lo circundante hacia que en ella despertase el odio. Parecía como si todo cuanto existiese lo provocara en su ánimo, y yo llegué a creer que odiaba incluso a aquellas personas a las que estaba ligada por vínculos poco claros, pero de las que no podía prescindir. Odiaba a los amigos de que me habló, y a los que seguramente veía a diario.

Ahora bien; esta actitud, este sentimiento era de tal suerte su modo de ser natural que no causaba extrañeza en los demás apenas se la conociese y se la tratase. De tal manera sabía Consuelo sentirse herida por la parte desagradable y agria de cada persona, como si estuviera dotada de un instinto espontáneo y natural para no apreciar sino lo hiriente o perverso.

Consuelo se había encontrado en todo su parte inevitable de maldad y de daño. Según yo iba oyéndola me confirmaba en mis impresiones, y, sin embargo, me desconcertaba a veces por la firmeza, pasión y acento de veracidad de algunas de sus manifestaciones.

Verdaderamente ella estaba convencida de la adversidad de su destino y de que era víctima de singulares infortunios. En pocas personas había yo advertido tan claramente este afán de padecer desgracias, tan frecuente por lo demás.

Cuando hablaba de su marido al juzgarle con alguna de sus agrias y vagas frases condenatorias, recordé que él me había dicho en cierta ocasión, como si anticipase una réplica:

—Es una mujer que necesita rebelarse. Una rebelde sin objeto y sin sentido. Parece como si estuviera animada por el espíritu de la rebeldía. No sabe lo que quiere. Quizá en este aspecto haya algo demoníaco en ella. Quizá se pueda descubrir una oscura fuerza de la naturaleza que la impulsa hacia zonas turbias bajas y desconocidas de la vida...

—¿Todo esto me lo había dicho su marido a mí o lo ponía yo en su boca después que lo había pensado casi en los mismos exactos términos? ¿En mis anteriores reflexiones no seguía yo demasiado al pie de la letra estas palabras de Eduardo Muñiz? Y referente al propio Eduardo, ¿cuál era su sentimiento dominante hacia él? En algún momento me pareció que ante todo deseaba su muerte, que estaba convencida de que era su liberación. Parecía que todo cuanto hacia ella estaba dominado por el rencor hacia su marido, inspirado en una protesta que, en efecto, carecía de sentido.

* * *

Por fin me despedí de aquella mujer. Consuelo vivía en una casa nueva de la calle de Cea Bermúdez. Bajé despacio, acando frente a los campos de la Moncloa y de la Ciudad Universitaria. Por la calle de Isaac Peral desemboqué en la plaza de la Moncloa. Todos aquellos parajes estaban muy transformados desde que yo los había visto y recorrido por última vez hacia ya algunos años, durante los míos de estudiante. Por entonces—fui recordando—estaban recién comenzadas las edificaciones de la Ciudad Universitaria, y pocos años antes, en uno de mis primeros viajes a Madrid, había yo paseado por unos pequeños pinarales y por unos descampados abiertos ya a la tierra castellana. Por allí precisamente me había sentado yo alguna vez con una muchacha cuyo recuerdo ya tengo borroso, y de la que no voy a decir ahora que estaba enamorada de mí, porque nuestra amistad o medio noviazgo consistió apenas en uno de esos escarceos un tanto agrios y violentos de la juventud, en que la novia frecuentemente cantada por los poetas ponía más desconfianza y recelo que otra cosa...

Me refiero a estas memorias muy de pasada, porque sin poderlo evitar se me interfirieron en las recientes impresiones que el diálogo con Consuelo Tamayo me había producido. No tengo ahora por qué hablar de mí, pero se me ocurrió pensar en que algunos de mis compañeros solían recordar y referir amores apasionados, con entregas abnegadas, juramentos y demás. Seguramente mi amigo Eduardo Muñiz no tendría de sus amores con Consuelo los mismos recuerdos. ¿Pensaría él acaso en la mujer como hada, como musa, como bálsamo, nombres que tan a menudo usan ciertos poetas?

Bajé por la calle de la Princesa, una de las más

bellas de Madrid. Por en medio de las calles perpendiculares que van a dar al paseo de Rosales contemplaba de vez en cuando el sombrío horizonte todavía iluminado a trechos por algún tenue resplandor rojizo.

La calle de la Princesa bajaba afablemente entre casas de cuatro o cinco pisos y árboles que mitigaban el creciente desfiladero de cemento de la próxima Gran Vía.

Llegué al hotel, y ya en mi habitación me dejé caer sobre la cama, ya bastante fatigado. Me proponía, sin embargo, salir aquella noche con algunos amigos. Estaba pensando confusamente en lo que había escuchado a Consuelo, y haciendo planes para pasar la noche con algunos antiguos conocidos, cuando llamaron a la puerta. Entró la camarera y me entregó un telegrama. Decía:

«Eduardo ha muerto». Firmaba Elisa. Era una hermana suya. Anduve unos pasos por el cuarto con una impresión quizá más de asombro que de pena. En lo que se refiere al sentimiento, tengo experiencia de que la idea de la muerte no suele apoderarse repentinamente ni por entero del hombre, sino en sucesivas etapas o momentos y merced muchas veces a motivos y resortes misteriosos, aparentemente apartados de la misma idea de la muerte.

Lo que me asombraba era precisamente la coincidencia de que jamás había yo pensado tanto en mi amigo Eduardo Muñiz, ni me había planteado tan seriamente sus problemas, ni tampoco había intentado nunca averiguar el sentido de su vida y de su destino como aquella tarde.

Tardé un poco en acordarme concretamente de cuál había sido su encargo para Consuelo. También me olvidé al pronto de que ella me había dicho que a la mañana siguiente pensaba hacer una gestión de cierta gravedad cerca de su abogado. La gestión versaría sobre determinadas demandas contra su marido, pero no me enteré exactamente de cuáles eran éstas. En realidad, durante media hora apenas pude relacionar coherentemente ambas personas y el nuevo carácter de la situación.

Me levanté, y sin reflexionar demasiado, me dijo que primeramente debía llamar por teléfono a Consuelo para comunicarle la noticia. ¿Noticia triste para ella? ¿Cuál quiera lo sabía! Era posible que ella deseara la muerte de su marido. Creía recordar que durante su conversación le había dicho:

—No estaré tranquila hasta que se muera. Usted creará que soy un monstruo. Pero su vida es lo que me impide estar tranquila.

¿Se lo había dicho ella? ¿Lo había pensado él mismo? ¿Se lo había dicho Eduardo, su amigo, muerto ya? Recordó lo que Eduardo le dijo en una ocasión; lo recordaba ahora más precisa y netamente.

—Es una loca que no sabe lo que quiere, como ocurre con frecuencia. Es una rebelde sin objeto ni sentido.

Según Eduardo, el instinto de su mujer la guiaba a lo turbio y bajo de la vida, incluso a lo vil e innoble. Y entre ellos estaba el desear la muerte de su marido. Por otra parte, se trataba de un sentimiento de liberación que acaso ambos compartían el uno contra el otro. Ambos, pues, eran culpables.

Se levantó y marcó el número de teléfono de Consuelo. Le dió la noticia escuetamente. Ella se quedó en silencio.

—Se lo comunico a usted—dijo—para que mañana no se moleste ya en hacer esa gestión.

SUSCRIBASE HOY MISMO A POESIA ESPAÑOLA

que se vende en toda España a
DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5. MADRID

—No debe usted hablarme así. Comprendí que había estado duro. Me disculpé. Habló ella a través del hilo con voz tenue.

—Si quiere usted, venga esta noche. Me gustaría hablar con usted...

Me pareció oír un sollozo. No tenía ganas de oír de nuevo a aquella mujer. Pero no supe disculparme y le prometí que iría.

Cuando llegué a su casa creí encontrarme con una mujer distinta. Mostraba señales inequívocas de haber llorado. Quizá no había llorado por el marido muerto, sino por lo que él representaba a lo largo de su vida entera y por cuanto él la recordaba.

Pensé durante un momento que a ella misma la había mantenido el odio a aquel hombre. Tuve de repente esa revelación. Odiar a aquel hombre, a su marido, había sido su vida. ¿Odiarle, por qué? Misterio.

Tuve que hablar de mi pobre amigo Eduardo. No sé por qué clase de interés, quizá por creerlo simplemente de buen gusto ante mí, más seguramente por un verdadero interés súbitamente despertado ante la muerte. Consuelo me preguntó algunos detalles de la enfermedad de su marido. Yo le conté sus terribles dolores en la última etapa de la enfermedad, antes de morir, durante los días en que yo le vi. Ella sollozó. Se advertía claramente que estaba dominada por el sentimiento y por el dolor...

Cuando bajaba las escaleras de la casa pensé



que en pocas horas aquella mujer se había convertido en otra, en otro ser. Se había convertido, para decirlo claramente, en una vieja. La muerte de Eduardo parecía haberla herido fulminantemente. Y, sin embargo, no le quería. Había sido su enemiga durante toda la vida.

Me pareció advertir que la vida de ella ya no tenía objeto ni sentido. Muerto él, Eduardo, su marido, Consuelo perdió repentinamente la máxima pasión de su existencia. En efecto, ya no era una mujer. Era una vieja que durante muchos años esperaría la muerte a su vez.

Mientras caminaba hacia el hotel, iba pensando que en pocas horas, efectivamente, había yo como entrevisto una vida entera. Que aquella mujer ya entraba en otra época definitiva de su existencia. Aquella mujer estaba ya de una manera decisiva en la pendiente de la vejez.

Yo la había conocido en el estallido de la adolescencia, en aquel momento fijado en el retrato. Y después, aquella mujer ya no había hecho sino pelearse mezquinamente, sufrir por pasiones menudas... Había tenido unos años de frenesí carnal, con remansos de arrepentimientos histéricos y de ascos sinceros. Todo ello no le había dejado sino rencor y amarguras. El recuerdo de él, de Eduardo, y los recuerdos de aquellos años últimamente vividos, era todo cuanto tenía para lo que le restaba de vida. Pero muerto él, ni siquiera le quedaban ya fuerzas para continuar sus pasiones. Parecía como si todo estuviese justificado por el hecho de vivir todavía su marido. Después, ya nada tendría sentido para ella.

F I N

(Ilustraciones de Gabriel.)



TRES ESTAMPAS DE ITALIA

país donde reina el cohecho y la corrupción, donde las antiguas entretenidas del Gran Consejo Fascista gobiernan entre bastidores o entre biombos la economía de la nación. Donde los honrados son tontos y, por añadidura, pobres de solemnidad, y los ricos, fuertes, listos y malvados. Las madres de familia, estólicas y ambiciosas; la juventud, mema y holgazana.

Pero Zampa ha tenido su particular publicidad. El día del estreno, en los dos cines donde se presentó, tuvo que acudir la famosa «celere» de moral y costumbres, «jeeps» de la Policía con gases lacrimógenos, y desalojo de la sala. Hubo bofetadas a placer.

La culpa fué del chivo expiatorio. La juventud, cuando se siente llamar «vitellona», algo así como gamberra, parece que no se ofende con esto. Pero en cambio le aburrió el sacrificio del chivo expiatorio, donde se cita a algunos muertos que han escrito renglones de la historia del mundo. Y algunos vivientes, entre ellos Marsanich y Graziani, que han levantando la bandera del neofascismo.

Después de los incidentes se ha dicho que han sido grupos de jovencitos sin importancia. Pero estos jovencitos demuestran por sí mismos que la negativa cinematográfica italiana es falsa al presentarles como gamberros escépticos e indiferentes ante los desastres de la patria.

El detalle delicado de la propaganda de este film consiste en que en días en que la Prensa italiana lloraba por los acontecimientos de Trieste; seis muertos y casi doscientos heridos con la sal de una profanación de iglesia durante el servicio religioso —el Frente Popular no dió más—, unos cartelones encabezados «Italianos» enmarcados con la bandera tricolor y escritos en lo que en España se diría estilo directo y combativo, invitaban a los romanos al estreno de la citada película.

Otro escándalo ha sido el de «L'armata agapó». Agapó en griego es algo así como enamorarse. Film hecho por italianos encaminado a demostrar que el Ejército italiano en la guerra de Grecia sólo se ha dedicado a «agapar y agaparse», por no decir cosas peores. Esto ha ido seguido de un voluminoso escándalo de Prensa, donde el tribunal militar ha citado a dos periodistas del P. C., Aristarco y Renzi. En el proceso verbal han salido cosas muy divertidas. Como que el Renzi, en la actualidad fiero e importante comunista, casi había querido fusilar a un griego porque éste saludó un avión de las

EL FACIL CINE NEGRO DE LOS AÑOS DIFICILES

UN personaje del penúltimo film escandaloso que Roma ve en estos días, le dice a otro: «Créame, nosotros los italianos somos así, por las carreteras, cuando hay mucha prisa, un coche salpica de fango a otro...»

Hete aquí una definición del cine italiano, neorrealista o como se llame en general, y de este film, «Años fáciles», en particular. Si se quiere formar un mal concepto de la simpática península basta con acudir al cinema italiano. Parece que, tratándose de una industria nacional, estos excesos de crítica destructiva no deberían ser permitidos, dado que el cine está sujeto a censura gubernativa. La gente de derechas, los cretinos reaccionarios, como poco más o menos los viene a llamar aquí la juventud do-

rada y roja, dice que el cine italiano, comenzando por el discutido Rosellini, está en manos comunistas.

No sé lo que habrá de verdad en esto. Cine fácil, negro de crítica destructiva, puñado de fango que arroja la propia Italia a su rostro.

«Años fáciles» ha ido precedido de su escándalo. La censura primero se negó a tolerarlo. Pero el regista Zampa ha tenido la habilidad de sacrificar un chivo expiatorio en la película, para que no hubiera más remedio que pasarlo. El chivo expiatorio es el fascismo, con su hijo de los años difíciles, el Mis. Coger unos cuantos bergantes y gamberros, comparsas del cinema, vestirlos de camisa negra, caracterizarlos en caricatura de Mussolini, de Balbo, de D'Annunzio, del viviente Marsanich, de Borghesse, de Graziani..., y hacerlos desfilar por la pantalla como en cueva de forajidos que espera un retorno para dedicarse a marchar a paso de bersaglieri y galantear mujeres más o menos galantes, ya debía ser cebo suficiente para que el film se declarase apolítico. Y moralísimo censor. Lo malo es que la moraleja de toda la cinta es triste. Según ella, Italia es un



Una escena de la película «Años fáciles», que está suscitando en toda Italia grandes polémicas con categoría de escándalo

tropas aliadas, inglés por más señas. Han puesto fin a la representación jurídico-teatral los tribunales militares condenando, la Prensa italiana no comunista negándose a solidarizarse con los compañeros rojos y los mariscales griegos diciendo que el Ejército italiano se portó bien y humanamente durante la pasada guerra.

El señor Malaparte, con este motivo, ha espolvoreado su sal y pimienta en el «Tempo», descubriendo que todos los periodistas italianos, exceptuando él, claro está, han sido fervientes colaboradores del Duce.

Dicen los benditos liberales que ya se sabe que no van a misa, ni comulgan jamás como no sea con ruedas de molino; lo mejor del cinema italiano es su posición de crítica objetiva. La verdad, mientras esta crítica se limite a seres pacíficos como los democristianos, o virtualmente vencidos no se podrá ver claramente esta objetividad. Cuando el fango se dipare contra el rostro de la Unión Soviética, por ejemplo, podrá tenerse en cuenta una objetividad hasta hoy demasiado derrotista e intencionada hacia el rojo.

EL PARLAMENTO DISCIPLINADO Y ALEJADO DEL PUEBLO

No sé por qué en Italia unas ideas se enredan con otras; del cine italiano se nos va el santo al cielo raso del Parlamento. Digo cielo raso porque casi en el techo de Montecitorio estuvimos colgadas la Juanita y yo para asistir a una sesión que prometía ser muy interesante. Había esperanza de que se pegaran los diputados.

Nos llevó un chico pelirrojo, muy elegante, amigo de la Juanita, y que tiene un Alfa-Romeo rojo, fuera de serie, que da mareos de puro lujoso. Primero nos habló de Pablo Neruda. Yo, para fastidiarle, le dije que el verso que más me gusta del chileno es aquel de «Tiranía, pálida hija del cielo...»



Una vista del Parlamento italiano durante una asamblea en la que el aburrimiento sucede a las discusiones más violentas entre derechas e izquierdas

De todos modos fuimos con él a ver la función, digo la sesión parlamentaria. El chico, que es uno de los secretarios de las Cortes y escribe unos versos románticos en los que habla de que quiere que su cuerpo colme el foso que separa a los hombres. Mientras le llega la hora fatal se da una vida preciosa en compensación de sus malos tiempos de partisano.

El Parlamento, como local, desilusiona. Lo que sí me choco es ver que había lo menos dieciocho mujeres, casi todas gorditas, ninguna fea del todo, y en su mayor parte diputadas por la extrema izquierda. En la extrema derecha han sentado a los del M. S. I. Marsanich y sus huestes. Marsanich es feucho, renegrido y con cara de campesino. Sus huestes o son gordas con aire de políticos de colmillo retorcido o con cierto ademán de condotieros dannunzianos. Estos son los más divertidos. Se sientan como si estuvieran sobre ascuas, y ponen cara de fastidio. Se aburren como leones. Eso, Marsanich tiene aire de un león viejo y algo pelón.

Los democristianos, que son muy afables, le aluden en sus discursos casi siempre. Y Marsanich contesta que sí, con aire de cortés aquiescencia y como quien piensa en otra cosa.

En la extrema izquierda se sientan los comunistas. Posición justa, enfrente, en el *hemisiclio* de los neofascistas. Cuando se pegan, ya ha sucedido alguna vez, les vendría muy cómodo de no estar en medio el banco del Gobierno, el de la presidencia y etc., de la cámara y el de los taquígrafos que yo llamo de la paciencia. Al ladito de los misinos, apenas un gajo del sector, están todos los monárquicos. Gente bien trajeada y con aire de alcaldes todos. Hasta una diputada regordetísima que tienen. En medio, como fuerza conciliadora, democristianos. Y luego liberales, socialistas y demás fraternizantes.

El día de la presunta sesión movida, un diputado democristiano hablaba de lo que se habla siempre en la buena Prensa. De los problemas agrícolas de la Italia del mediodía.

Los monárquicos se hacían los locos. Marsanich asentía débilmente al esbozado programa de política agraria. Y los comunistas, todos a una, con mucho espíritu de equipo, de vez en cuando insultaban al orador. No vale la pena transcribirlo. Dos insultos y la acometividad de un comunista italiano jamás son tan pintorescos, por ejemplo, como los de Winston Churchill.

Cuando terminó de hablar el democristiano todos los del partido le aplaudieron. Y algunos hasta le dieron la mano y todo. De los demás partidos ni uno se equivocó en la consigna, y ni siquiera hizo un gesto de aprobación.

Entonces presentó un proyecto latosísimo el camarada Lungo, viejo secretario del partido. Lungo quiere decir Largo—se ve que es apellido de prosapia roja—y la cogió para largo, como también dicen aquí. Llevaba un mazo de cuartillas, tan grande como el de un autor novel. Entonces el único ministro que estaba de guardia se marchó. Y se mar-



Dos líderes del partido neofascista italiano se saludan después de un acto público. A la izquierda, Valerio Borghese, y a la derecha, Augusto de Matsanich, líder «espiritual» del partido



El coronel Valerio (derecha), el hombre que mató a Mussolini, fotografiado con su jefe, el general Cadorna, en los últimos días de la guerra, en Milán

charon todos los democristianos, y los monárquicos, y los socialistas, y hasta los del M. S. I. Si bien fueron más honrados y dejaron en guardia a dos, que se debían estar contando chistes. reían muchísimo.

Los comunistas en bloque granítico, tal como aconseja la unidad, aguantaron toda aquella grandísima tabarra que no tenía ni controversia ni siquiera quien le insultase un poquito, como hacen los compañeros con los democristianos.

Yo, como me aburría a morir, me pasé al bando de los que se iban. El jovencito del Alfa-Romeo fuera de serie, me dijo que si me esperaba un poquito me presentaría al coronel Valerio, el mismo a quien Cándido llama algo así como «el Audisio».

Confieso que me hubiera gustado ver qué pinta tenía el asesino de Mussolini y de Claretta Pettaci. Pero el compañero Lungo curó mi morbosidad con aburrimiento y me marché. Más o menos «el Audisio» debe ser como esos tipos que están en los ficheros de Gobernación en España.

Y hasta la tribuna pública se fue quedando desierta bajo la implacable palabra del honorable Lungo. Que no se ha hecho popular por esta intervención suya, sino porque se ha divorciado de su vieja compañera y esposa, honorable como diputada, para «casarse» con otra más joven y guapa.

Pero peripecias aparte, dada mi falta de madurez política, no

comprendo este juego parlamentario en el que no juegan más que por turnos y una baza no asiste a la otra. Los comunistas parece el equipo más constante, más numeroso, disciplinado y con más capacidad para el insulto y para aburrir a los demás cuando hablan.

Como siempre hay bulas para difuntos, digo para vivos, el honorable Togliatti, que no tiene que adular al veterano Lungo, como hacen los jovencuelos, se fué antes, con su secretaria e íntima. Togliatti está casado, pero la secretaria escribe la vida de él y va con él a todas partes.

La compañera en cuestión es bella, rubia teñida, pechugona y con las patitas de perdiz, flacas. Diríase que hay un tipo especial de mujeres de cierta política. En compensación, Togliatti es feísimo, cabezón y pequeñajo. Pero tiene cierta sonrisa simpática y beatífica. Tiene que ser feliz. Porque ser líder comunista en un país donde el comunismo aun no ha triunfado, pero tiene la esperanza de llegar al Poder, esperanza que jamás terminará; de be ser «atravente» desde que entre uncis y otros enchufes pueden cobrar medio millón de liras.

No lo he leído en los periódicos, ni siquiera en «La Unidad». Y, además, me lo decía un fascitísimo de esos de la República de Saló, de esos que aun sueñan con el retorno del nazismo y llevan un libro negro de venganzas futuras.

Yo le dije que no se pusiera

así, que no era para tanto, que si los diputados comunistas iban en coche propio al Parlamento, en compensación un honorable monárquico va en bicicleta. Y para mayor rechifla y burla de todos los periódicos, el otro día se la robaron.

Mi republicano de Saló se puso más furibundo. Y añadió que eso sería una hipocresía, que esta gente gana por estar pensando impuestos sobre impuestos. Mil pesetas diarias. Y que además se ponen de acuerdo cuando les conviene. Por ejemplo, para votarse en sesión secreta un viatico de doscientas mil liras, para veraneo.

Yo le dije que tan secreta tan secreta no sería la sesión cuando él se enteraba de tantas cosas. Y que era lógico que para asuntos de interés común, como el de las vacaciones pagadas, se pusieran de acuerdo todos, y que hasta los comunistas dejaran de insultar. Primero vivir, y después politiquear.

El republicano de Saló me dijo entonces lo mismo que me había dicho el comunista de salón: que yo carezco de madurez política. ¿Ustedes qué piensan? Yo estoy de acuerdo.

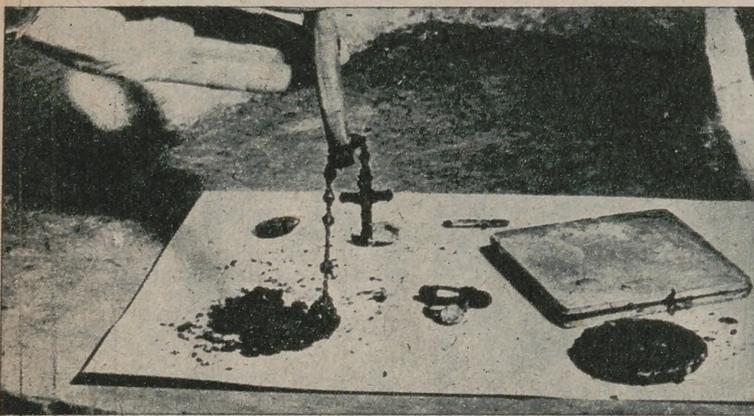
LA "CAMILUCCIA" Y LA AUSTERIDAD DE SUS VISITANTES

Si, y esta es la última cereza del cesto de mi Italia que se me enreda con la otra.

Se trata de la «Camiluccia». La finquita que el Duce regaló a Claretta Pettaci. No la compaero con la Pompadour, porque la Pettaci no influyó ni un átomo en la vida de Mussolini.

Ahora la villa donde transcurrió aquel episodio se ha convertido en un restaurancito donde se come y, además, se puede bailar, aunque nadie se atreve. En perpetua atracción de turistas y en rincón de comidas políticas. Es un ambiente caro, algo alejado de Roma y distinguido, dentro de la burda distinción que cabe en poseer un coche y poder pagar unos cientos de pesetas por la comida.

Han quitado todos los muebles. Apenas si se conserva una cornucopia, un piano, una mesita baja. Han cerrado el dormitico-



Una sortija de oro y diamantes y un rosario de oro también con el correspondiente estuche del mismo metal que pertenecieron a Clara Petacci fueron hallados en la exhumación de su cadáver

rio, cuyas paredes están forradas íntegramente de espejos, y esperan al cliente, que acude con emoción entre macabra y romántica.

La «Camiluccia» es modesta. Tres pisos, una piscina chiquitita, los muros de estuco y los pisos de mármol. Pero el mármol en Italia no es caro. Un arquitecto, que fué el que nos llevó, la evaluó en unos cuarenta y cinco millones de libras como construcción. Poco más de tres millones de pesetas.

Lo que más gusta de la villa es el magnífico punto de vista. La terraza, que han modificado algo, es uno de los mejores «belvederes» de Italia.

Es una nueva versión de la arquitectura romana, adaptada a la primera mitad del siglo que vivimos a la vida de hoy. Es una arquitectura limpia, clara, que ha heredado toda la vieja cultura antigua y que no desdice en sus artísticos volúmenes de la arquitectura grecolatina.

Tapices persas, de esos que aquí están tan baratos—los hacen ahí al lado, maravillosamente falsificados en Nápoles—y colores suaves, con muchas arañas de cristales viejos ambientan la «Camiluccia». El curioso no se decepciona.

Toda Roma, con los paletos y turistas de turno, en cuanto tiene un poquito de dinero desfila por la villa, aunque no sea más que para tomar un té. Ya han puesto, en vista de la afluencia, un «tram» que deja a dos pasos.

La gente llega irritada a veces, casi bebida, barbotando innobles atrocidades como vi yo el otro día. Pero a los diez minutos el fantasma de la «Camiluccia» hace callar a todos. Los vuelve un poco más civiles, más melancólicos y serenos.

El primer día que estuvimos, la Juanita Kormis, que como medio esclava tiene cosas de medio bobaba, escribió, ilustre que es ella, sobre el libro de autógrafos: «¿Para qué tanto lujo?» Los fariseos que nos acompañaban se emocionaron mucho con esta frase de alto espíritu democrático, etcétera, etc..., y echaron su sermonecito de políticos.

A mí no hay nada que me conmueva tanto como sentir perorar sobre austeridades económicas a un señor o a un grupo de señores que mientras hablan sostienen un vaso de whisky en una mano y en la otra, el emparedado de caviar. Estas austeridades creo que están al alcance de cualquier comprensión si bien no de todas las fortunas. De austeridades así estoy dispuesta a ser co-participante todos los días. Aunque eso sí, lloro un poquito de risa.

Yo me deslicé hasta el libro de autógrafos, lo ojeé de arriba abajo. Y, la verdad, no halle excepto la patchada de la gansa de la Juanita, más que frases de elogio y nostalgia.

Cantaban las canciones napolitanas, más nostálgicas que nunca, y nadie se atrevía a bailar a su son. Hablaban de amor y nadie se atrevía a bailar amor entre las blancas paredes tapizadas de terciopelos.

Salimos hablando bajito.

Eugenia SERRANO

(Desde Roma, exclusivo para EL ESPAÑOL.)

EXPOSICION DE PRODUCTOS ESPAÑOLES EN EGIPTO



DESDE EL CAMION HASTA LA MANTILLA ESPAÑOLA COMPRENDE ESTE MUESTRARIO DE 20.000 PIEZAS QUE SE ENVIAN A EL CAIRO

A través de la Misión Comercial será conocida en todo el mundo nuestra industria

EL observador paseante que se detenga ante una casa de la carrera de San Jerónimo, de Madrid, podrá contemplar la continua entrada de cajones voluminosos, de embalajes cuidadosamente dispuestos y de toda clase de objetos, algunos envueltos tan sólo en papel fuerte, que penetran y no salen como en cualquier maravillosa y misteriosa cueva de un cuento de «Las mil y una noches».

Quando cruzábamos la calle pudimos ver, en el breve espacio de cinco minutos, parar dos camiones. De uno de ellos descendieron dos hombres y, rápidamente, transportaron del interior de uno de los vehículos al portal de enfrente seis estupendos aparatos de radio. Los colocaron junto a la puerta y luego marcharon con ellos escaleras arriba. Volvieron a salir los dos operarios y continuaron sacando tres voluminosas cajas con una ins-



En este reportaje gráfico de Aumente se ve algunos de los productos que serán exhibidos en El Cairo

cripción pintada en la madera que decía: «Fragil. Rayos X.» Escaleras arriba, igualmente, desaparecieron los aparatos.

—Será alguna celebración, o alguna fiesta familiar o la conme-

moración del día de la boda de algún venturoso matrimonio.

Estábamos ya dispuestos a marcharnos, porque el camión había hecho lo mismo, cuando un nuevo «cinco toneladas» se detuvo frente a tan espectacular vivienda.

Pero esta vez, en lugar de descargar champán, pavos trufados o pasteles de nata, tres hombres comenzaron a sacar toda clase de picos, palas y azadones, además de dos bicicletas, una máquina de coser, varias escopetas y una docena de taladradoras de todos los tamaños.

No bien se había puesto en movimiento el segundo artefacto rodante, cuando, de un carrito de mano, dos muchachos echaron al suelo un gran bulto.

—¿Qué lleváis ahí?

—Cien pares de zapatos, alpargatas y botas de montar.

No pudimos saber más, porque el otro compañero del carrito dijo con voz autoritaria:

—Venga, menos hablar y vamos para arriba, que hay que trabajar mucho todavía...

Los cien pares de calzado se esfumaron por las escaleras.

UN VIAJANTE COLECTIVO

En el primer piso de la vivienda almacenadora se encuentra la Misión Comercial Española, dependiente de la Dirección General de Mercados Extranjeros. Allí llegamos y allí pudimos ver, colocados en diferentes salas, las anteriores mercancías que vislumbramos en la calzada.

La Misión Comercial Española tiene por objeto dar a conocer nuestros productos industriales en aquellos lugares del mundo a los cuales las casas y los fabricantes españoles no pueden enviar, por su exclusiva cuenta, representantes que trabajen tales mercados. Para ello, elegido de antemano el país o países que va a visitar la Misión, se establece contacto con los industriales españoles, los cuales envían al edificio de la Misión en Madrid muestras de aquellos productos de los que están en condiciones de exportar y de vender. Embalados y perfectamente clasificados, salen los productos hacia los países designados en donde, en uno de los mejores establecimientos de la localidad, se inaugura la Exposición. Conviene advertir que más que Exposición de muestras, la Misión es un auténtico viajante colectivo, pues pone a disposición de los compradores de aque-

llos países todos los productos que figuran en los estantes y en los catálogos impresos que sobre maquinaria pesada acompañan a las ligeras y transportables mercancías viajeras.

Cada muestra tiene una ficha en la que se anota el grupo y subgrupo específico a la que pertenece;

se expresa, asimismo, su precio en dólares y las características más importantes del producto. Los catálogos van montados sobre largos varillajes, perfectamente clasificados en orden a grupos de mercancías, y pueden ser examinados por los futuros compradores con el mínimo de molestias y el máximo de claridad y rapidez. Totalizando los catálogos y las fichas de las muestras, la Misión Comercial Española lleva a los lejanos países del mundo noticias de setenta grupos de mercancías y de más de trescientos subgrupos. Por ejemplo, respecto al «torno revólver», el futuro comprador puede darse cuenta instantánea de los ciento cincuenta tipos que se fabrican en España, con denominación de casas, fabricantes y precios de los mismos.

EL SEÑOR DE LAS GAFAS DE ORO

La Misión Comercial Española ya tiene su pequeña e íntima historia. Dejando aparte el gran beneficio que supone para el comercio español el poder dar a conocer, sin gasto alguno por parte de éste, sus productos en mercados totalmente vírgenes para la exportación, la Misión ha sido una especie de viajero inmateral, de viajero espiritual, que ha ido contra esa España de corridas de toros, de navajas en las ligas de las mujeres y de repique de palmas y de castañuelas, que, como única y exclusiva característica nuestra, se tiene por algunas partes del mundo.

La Misión ya ha estado en Colombia y Venezuela. Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla y Caracas se han repartido los cinco meses que duró el primer viaje. Los resultados han sido altamente pro-

vechosos: se ha extendido, ni más ni menos, el comercio con los respectivos países.

Cuando la Misión estuvo en Bogotá llegó un día, por la mañana temprano, un señor ya mayor, impecablemente vestido, que sin decir palabra y provisto de un cuadernito comenzó a recorrer los diferentes cajones y muestrarios del local. De cuando en cuando se detenía en algunos de ellos, sacaba de una funda de piel de serpiente unas gafas de oro montadas al aire, apuntaba en las hojas de papel unas palabras y volvía a encerrar los espejuelos en su escondite. La operación se repetía casi continuamente, y la detenida visita duró, todos los días lo mismo, cerca de semana y media. Cuando llegó al final se dirigió al jefe de la Misión y, con el más puro acento nativo, le dijo:

—Señor, yo antes sólo conocía a España por sus obras de literatura o por su historia referida al Descubrimiento de América. Yo creía que España era sólo un país ganadero de reses bravas y fomentador de matadores de toros y de bailarinas. Yo creía que los españoles eran unos seres intrasigentes, caprichosos y poco trabajadores. Hoy he cambiado mi opinión. España es un gran país, un gran país trabajador y esforzado. Toda esta riqueza, desde estas primorosas sillas de montar hasta los más modernos modelos de motores eléctricos y de tornos y fresadoras, pertenece exclusivamente al esfuerzo de los hombres de su país. Esta es, a mi entender, la verdad. Y para confirmarlo, para que se vea que yo acompaño las palabras con las obras, he aquí, escrito, lo que digo.

Y entregó al jefe de la Misión





CALMANTE VITAMINADO

*Quita el dolor
y Tonifica los nervios*

REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORES
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CÓRDOBA)

UNA TABLETA ...	0.75
CAJA DE DOS ...	1.50
TUBO.....	8.90





una larga lista de pedido de mercancías por valor de varios miles de dólares.

ARAÑAS Y MAS ARAÑAS

Estos viajes, pues, han repercutido grandemente en favor del comercio español. Este ha podido ir extendiendo su área de exportación y hoy no son ya solamente aceite, naranjas, vino y conservas las mercancías que se envían a los países visitados.

Así, por ejemplo, en Colombia se observó una gran demanda en las máquinas de coser. Se puede decir que gran parte de los talleres de modistas y de las amas de casa colombianas usan máquinas de coser españolas.

En cambio, en Venezuela, uno de los objetos que más impresionaron fueron las arañas de cristal. Sobre todo, las jovencitas que por las apariencias estaban en disposición de colocar nuevos muebles en el futuro hogar próximo a formarse, se quedaban extasiadas mirando los brillos y los fulgores de las arañas de comedor o los cristales colgantes de las lámparas monumentales para salones de baile. Resultado: una de las más importantes partidas solicitadas ha sido la de lámparas de cristal.

VIAJE AL ORIENTE PROXIMO

Esta es la historia pasada de la Misión. Pero cuando nosotros llegamos se estaba escribiendo la historia presente y parte de la futura.

La Misión, dentro de pocos días, a mediados de enero concretamente, saldrá para los países árabes del Próximo Oriente. La armonía y el conocimiento de los pueblos tienen adecuada expresión en estos contactos comerciales, en donde las dos partes salen favorecidas, máxime cuando, como en este caso, los dos pueblos están unidos por fuertes vínculos morales y materiales de-



Varios momentos de la actividad incansable de los empleados en las oficinas de la Misión Comercial Española en sus distintas tareas de fichar y empaquetar los productos que, con un total de 25 toneladas, se enviarán al Próximo Oriente

mostrados a lo largo de los últimos tiempos.

El primer país incluido en el programa es Egipto. Y la primera capital, El Cairo. A la sombra de las palmeras del desierto, y junto a la presencia de las milenarias pirámides de los faraones, los comerciantes de ambas naciones establecerán nuevos y renovados contactos en provecho y beneficio de las industrias de sus pueblos respectivos. Alejandría, después del primer mes de estancia de la Misión en El Cairo, será la segunda capital visitada por la organización española. Y después, el viaje seguirá por Beirut, Damasco y Ammán.

Los preparativos de esta expedición son, pues, la clave y la solución del misterioso problema de los camiones. Por las dependencias de la Misión hay un pequeño ejército de operarios embalando, fichando y disponiendo los cajones, que luego servirán, a su vez, de armarios expositores de las mercancías.

Por un lado se pueden ver cepillos para la ropa; por otro, paquetes de jabones; en un rincón, varias bicicletas; más allá, aparatos de radio, lápices, escoplos o planchas de acero. Y, en un panel, casi como un símbolo, un sa-

lacot de corcho, blanco y elegante, dispuesto a causar la sensación entre los habitantes del desierto, cubiertas aún sus cabezas con los mantos amplios de domadores de caballos de pura raza.

A Egipto se lleva un muestrario total de toda la producción industrial española. Los artículos relativamente manejables van corpóreamente dispuestos a la contemplación y libre examen; los artículos de tipo más pesado, como camiones o material metalúrgico, se muestran perfectamente definidos en sus correspondientes catálogos.

Veinte mil piezas o unidades muestrales que pesan cerca de veinticinco toneladas. El acoplamiento, la organización del viaje y la disposición de los productos para su mejor comparación constituyen un verdadero alarde técnico. El piso de la carrera de San Jerónimo, en Madrid, es, en estos instantes, una especie de colmena humana o de depósito de fantásticas hormigas. Dentro de dos meses, la industria española habrá conquistado un nuevo mercado: un mercado tal vez exótico; pero también con un sentido moderno de la técnica y del progreso. Y España, además de volver a saludar al amigo, tendrá, ya para siempre, un seguro comprador de sus productos.

SIN TANTO POR CIENTO

Volvimos a salir a la calle. Cuando bajamos las escaleras, un hombre y un muchacho subían varias cajas de navajas y de objetos de orfebrería de Toledo. Al llegar a la portería, dos lindas modistillas preguntaban por las señas de la Misión; traían un maravilloso surtido de velos y mantillas de encaje. Allí subieron alborotando por los peldaños, sin saber apenas que la mercancía que llevaban estaría tal vez más tarde cubriendo el pelo negrísimo de cualquier tapada mujer árabe.

El viajante universal de todos los comerciantes de España, que es la Misión Comercial Española, está, pues, preparando su recorrido. Antes fué Hispanoamérica, ahora son los Países Árabes; más adelante, la India o el Japón. Los comerciantes españoles han encontrado instrumento que abre caminos: un representante sin comisión ni tantos por ciento.

José María DELEYTO
(Fotografías de Aumente.)

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

SIETE AÑOS EN EL TIBET

Por Heinrich HARRER



EL autor de este libro nació en Kärnten, en Austria, el año 1912, y se hizo profesor de Geografía en la Universidad de Graz. Sus éxitos deportivos le valieron representar a Austria en la Olimpiada de Invierno de 1936. Al año siguiente, Harrer salía vencedor en la prueba de descenso de los Campeonatos mundiales de esquí. En 1938, con otros tres camaradas, realizó la primera escalada de la cara norte del Eiger, en los Alpes suizos.

Heinrich Harrer formaba parte de la expedición alemana que, en la primavera de 1939, emprendió la exploración de una nueva ruta de acceso al Naga Pardat, en el Himalaya. De regreso a Karachi, su misión cumplida, la guerra le sorprendió mientras esperaban el barco que había de llevarles a Europa, y fueron encerrados en un campo de internamiento de la India. Tras varios intentos fallidos, su camarada de expedición, Peter Aufschnetter, y él lograron alcanzar, en 1944, los pasos fronterizos del Himalaya e internarse en el Tibet. Allí, después de mil peripecias, lograron, al cabo de años, alcanzar la ciudad de Lasa, la capital donde gozaron de la más encantadora hospitalidad, y tuvieron el raro privilegio—único para europeos—de hacer amistad con el Dalai Lama, al que Harrer dio clases y prestó otros varios servicios. Por último, en 1951, acompañó a su distinguido amigo y discípulo, al Buda Viiente, en su huida a la India, ante la invasión del «Techo del Mundo» por los Ejércitos comunistas chinos.

El autor nos dice en el prólogo que, como no tiene dotes de escritor, se limita a contar tan estupendas aventuras que no necesitan ningún adorno para prender nuestro interés. Y la sencillez del estilo es quizá su mejor adorno, algo que confiere al libro que presentamos un noble empaque de obra clásica.

«SIEBEN JAHRE IN TIBET», por Heinrich Harrer.—Editorial Ullstein, Viena, 1952 y 1953.—264 páginas.—Precio, 13,80 DM.

SIETE AÑOS EN EL TIBET

A finales de agosto de 1939 había terminado nuestro viaje. Aunque la Mancomunidad Británica de Naciones no se encontraba aún en guerra con Alemania, empezamos a ser vigilados por la Policía y decidimos burlar la vigilancia. Sólo Aufschnetter se quedó en Karachi. Los demás nos dirigimos en coche hacia Persia con el fin de regresar por allí a la Patria. Pero pronto regresamos al punto de partida con una fuerte escolta militar.

En los primeros momentos hicimos numerosos planes para escapar hacia las colonias portuguesas, e incluso saltamos de un camión en marcha, pero nos cogieron otra vez. Por fin nos llevaron a un campo al pie del Himalaya, a unos kilómetros de la ciudad de Dehra-Dun. Desde allí, sin tener un perfecto dominio de la lengua inglesa, no se podía pensar en atravesar todo el país hacia aquellas colonias neutrales, y sólo se nos ofrecía la perspectiva de alcanzar nuestra libertad en el Tibet.

Mi primera fuga, en compañía de un general italiano, fracasó al cabo de treinta y ocho días de fatigosas marchas nocturnas, y fuimos devueltos a nuestros barracones rodeados de alambres espinosos.

Pero este intento me permitió adquirir conocimiento suficiente del terreno para perfeccionar mi segunda fuga, que tuvo lugar en la primavera siguiente. Nos escapamos juntos siete internados. Luego nos separamos. Yo preferí seguir solo mi camino al Tibet; algunos que hablaban perfectamente el inglés emprendieron la marcha hacia el Sur, a través de toda la India.

Los distintos funcionarios administrativos a quienes nos presentamos pidiendo asilo como prisioneros fugados que se acogen a un país neutral insistían en que teníamos que regresar a la India porque en el país no se admitían extranjeros. Por fin, tras muchas peripecias, logramos un salvoconducto en el que se nos marcaba un itinerario que, sin adentrarse en el interior, nos llevaba hacia los pasos de montaña que comunican con Nepal, país teóricamente neutral en la guerra.

Por el camino, merced al contacto con caravanas y pastores, fuimos perfeccionando poco a poco nuestros rudimentarios conocimientos del tibetano. En uno de los pueblos donde estuvimos cerca de un mes nos visitó, haciéndose el encontradizo, un funcionario nepalés que nos invitó a dirigirnos inmediatamente a Katmandú, la capital de su reino, donde el Gobierno nos ofrecía su hospitalidad, un empleo bien remunerado y además dinero y medios de transportes para hacer el viaje. Peter Aufschnetter y yo no nos fiábamos de tanta amabilidad y no nos dejamos convencer. El resto de los compañeros se marcharon a Nepal. El poder de los ingleses en Asia es muy grande. Algún tiempo después nos enteramos que habían sido entregados inmediatamente a las autoridades británicas de la India.

Los funcionarios a quienes nos habíamos presentado comunicaron nuestra petición de asilo al Gobierno de Lasa. Por fin, nos llegó una carta en la que se nos ordenaba seguir nuestro camino hasta Kyirong, junto a la frontera de Nepal, para abandonar el país. Aufschnetter y yo logramos permanecer en ese encantador pueblecito de montaña durante nueve inolvidables meses, en los que aumentamos y perfeccionamos nuestros conocimientos no sólo de la lengua, sino también de las costumbres de los tibetanos. Pero llegó un momento en que no pudimos resistir por más tiempo la presión de las autoridades, que querían que volviésemos a salir por la frontera camino de Nepal. Mi compañero y yo volvimos a escaparnos y emprendimos el camino, viajando de noche y eludiendo en la medida de lo posible el contacto de los hombres, hacia Lasa.

HOSPITALIDAD TIBETANA

Al principio nos echan de todas partes; tienen miedo a ser castigados si nos auxilian. Llega un momento en que nos tiramos al suelo en mitad de la calle, desesperados, esperando a ver qué pasa. Se acumula la gente en torno nuestro y en los rostros hay una clara expresión de compasión. La primera mujer que nos había echado a la calle se acerca con un tarro de té con mantequilla.

De pronto, oímos que nos hablan en correcto inglés. Vemos a un tibetano ricamente vestido que debe pertenecer a las clases superiores de la nobleza. Nos dice que ha pasado muchos años en la India. Le contamos brevemente nuestra aventura, que somos alemanes y que pedimos asilo. Vacila por un momento, porque no sabe si podrá recibirnos en su casa sin una autorización del magistrado de la ciudad. Pero marcha inmediatamente a pedir permiso. La muchedumbre que se apiñaba alrededor nuestro le ha abierto paso respetuosamente. Luego varias personas nos cuentan que es un alto funcionario, un bempo, y que es el que lleva la administración de la fábrica de electricidad. Esperamos junto a una hoguera, charlando con los curiosos que se acercan a nosotros. Por fin, llegan unos criados que nos ruegan que les sigamos. El señor Thangmé, el «Jefe de la Electricidad», nos invita a su casa.

Thangmé y su joven esposa nos reciben con toda cordialidad en su casa. Sus cinco hijos nos miran boquiabiertos, como si fuéramos seres de otro mundo. Su Alteza tenía buenas noticias para nosotros. El magistrado le ha autorizado para que nos dé cobijo durante una noche; después el Gabinete habrá de decidir.

Antes de que nos despertemos del todo nos rodean criados que traen té dulce y pasteles a nuestra cama. Luego agua caliente para lavarnos, y nos afeitamos las largas barbas. Vamos mejorando de aspecto, pero nos hace mucha falta un corte de pelo. El dueño de la casa hace venir a un mahometano que pasa por ser el mejor peluquero de la localidad. El resultado no es muy europeo, pero todos se admiran por lo bien que hemos quedado.

A mediodía nuestro anfitrión nos comunica que las autoridades nos permiten permanecer allí por tiempo indefinido, pero nos ruegan, amablemente, que, en espera de una decisión definitiva, no abandonemos nuestra acogedora vivienda.

LA COMIDILLA DE LASA

Eramos la comidilla de Lasa. Todos querían vernos, escuchar de nuestros propios labios las aventuras que habíamos corrido, e inmediatamente empezaron las visitas. La esposa de Thangmé estaba muy ocupada llevando servicios de té a las visitas. Empezaron a llegar personajes importantes, aunque el dueño de la casa pertenecía únicamente al grado quinto de la nobleza, que en el país está dividida en siete clases.

Primero vino el hijo del famoso ministro Tsarong, con su esposa. Habíamos leído muchas cosas sobre su padre, de origen humilde, que fué, por sus méritos, el valido del XIII Dalai Lama y adquirió honores y riquezas. Su hijo tenía veintiséis años, se había educado en la India y hablaba perfectamente el inglés. Tenía un marcado interés por las cuestiones técnicas y era hombre inteligente y muy simpático. Nos contó que había montado en su casa un receptor de radio, al que alimentaba con un generador que se movía mediante un molino de viento instalado en el tejado. Hablábamos con él en inglés, cuando nos interrumpió su esposa, que nos hizo varias preguntas en tibetano. Todos los presentes celebraron con gran alegría nuestras contestaciones y notábamos que les divertía mucho oírnos hablar su lengua, aunque sólo elogios nos dirigieron por nuestra perfección idiomática. Mucho más tarde nos enteramos que hablábamos una jerga de pastores nómadas llena de expresiones groseras. Era algo así como si a unos pastores de las aldeas del Tirol los metiesen de golpe en el más elegante salón de Viena.

En el transcurso de los primeros días hicimos muchos y buenos amigos, entre otros, el hermano del Dalai Lama, a cuyos padres visitamos en su domicilio poco después.

Todos los amigos nos llenaban de regalos, y nunca podrá ponderarse bastante la amabilidad y cordialidad de los habitantes de Lasa. La prohibición de abandonar nuestro domicilio se vino abajo precisamente el día en que los padres del Buda Viviente—que formaban una encantadora familia de origen humilde—nos invitaron a ir a su casa.

Vivimos durante tres semanas gracias a la inabundante hospitalidad de Thangmé. Abandonamos su casa para aceptar la invitación del acaudalado Tsarong, que quería que estuviéramos en la suya.

TRABAJOS EN LASA

Al cabo de algún tiempo, mi camarada Peter recibió el primer encargo oficial del Gobierno. Le pidieron que planease y dirigiera los trabajos de

un nuevo canal de riego en las afueras de la capital. Más tarde instaló, en un lugar donde podía dar más rendimiento, la fábrica de electricidad, que apenas si llegaba a dar energía suficiente para poner en marcha las máquinas de la fábrica de moneda, donde se acuñaban piezas de oro, plata y cobre y donde se imprimían también billetes y sellos de correo. Sólo había luz eléctrica para algunas viviendas cuando se paraba el trabajo en la fábrica de moneda.

También tuvo mucho éxito, en invierno, el patinaje con cuchillas sobre el hielo. En realidad, esto no era totalmente nuevo en Lasa, pues los patines nos los dieron antiguos servidores de diplomáticos ingleses que ya habían practicado allí este deporte. Pero se puso de moda, y hasta el Dalai Lama, interesado, me envió su tomavistas de cine para que le filmase algunas escenas que le permitiesen disfrutar de tan insólito espectáculo. Tuve que empezar por leerme las instrucciones para el manejo de la cámara; pero la película no me salió mal, y el Dalai Lama me encargó que filmase varias ceremonias religiosas en las que él participaba. Me indicaba incluso los sitios donde se iba a parar y quedaba de acuerdo en mirar hacia mí en determinados momentos. Así, fui el único europeo que pudo presenciar nunca ciertas solemnidades religiosas del Tibet.

Poco a poco, este contacto indirecto fué aumentando el desseo de trabar amistad que ambos sentíamos, y por fin me hizo llegar a su presencia. Me recibió sentado en el suelo, a la manera tradicional. Era casi un muchacho, de rasgos finos, nobles y de expresión inteligente. Al principio yo permanecí a su lado de pie, porque no debía sentarme a su lado, ya que no estaba en ningún estrado ni lugar elevado. Pero me cogió de un brazo, sin ceremonia, y me sentó frente a él. Nuestra primera entrevista, casi sin que yo me diese cuenta, había durado cinco horas.

Ya en el otoño de 1950 nuestras entrevistas se fueron haciendo menos frecuentes. Los asuntos oficiales le tenían cada vez más ocupado, y las cosas se iban complicando. En la frontera oriental se concentraban varios regimientos de Caballería de los comunistas chinos. El 7 de octubre el enemigo atravesó la frontera por siete puntos distintos. Se produjeron los primeros combates.

LA HUIDA

La O. N. U. se limitó a expresar su esperanza de que chinos y tibetanos pudiesen ponerse de acuerdo pacíficamente. No había nada que hacer frente a la supercrueldad aplastante de los comunistas. El que no quisiese caer en sus manos tenía que hacer el equipaje y marcharse en seguida.

El Dalai Lama, que estaba a punto de ser declarado mayor de edad, tenía que tomar una decisión. Se confió ésta al oráculo y se sorteo en una balanza tan trascendental paso. En una hoja de papel se escribió un sí; en otra hoja igual, un no. Ambas fueron colocadas en una balanza especial. Pesó más el sí, y la bolita de papel cayó al suelo. El Buda Viviente debía huir hacia la India, lo mismo que huyó su antecesor, el XIII Dalai Lama, más de treinta años antes, con acierto.

Yo había pensado dirigirme hacia el Sur, a la frontera de la India, pero fui aplazando la partida para ver qué hacía el joven Rey, mi amigo. Pero éste me obligó a salir, con encargo de esperarle junto a la frontera meridional. Lo hice el 10 de noviembre de 1950. Peter, que pensaba venir conmigo, decidió a última hora esperar un par de días más y que yo me llevase su equipaje. Ni que decir tiene que la despedida fué por demás dolorosa.

Me dirigí a Gyantse, donde habían nombrado recientemente gobernador a un amigo mío. Poco después, éste me dió la noticia de que pronto pasaría por allí el Dalai Lama. Su caravana era bastante modesta, relativamente, pues estaba compuesta únicamente por unos 1.500 animales de carga. En medio de la columna eran llevadas dos banderas: la del Supremo Jefe Religioso y la del Tibet.

Permanecí en el valle de Tchumbi hasta marzo de 1951. El Dalai Lama regresó al cabo de seis meses a Lasa, donde fué reconocido como encarnación divina, pero no como jefe temporal del país. El Poder, de hecho, lo ejercía el gobernador general chino y el Panchen Lama, al que los comunistas usaban para sus intrigas. Sin embargo, tuvieron la prudencia de reconocerle, para cubrir las apariencias, al Dalai Lama la jefatura nominal del Gobierno.

CUANDO la aparición del cine, algunos católicos españoles opinaron, en diversas Asambleas, que estábamos ante una moda pasajera y que no valía la pena de interesarse por aquella técnica. Hoy día, afortunadamente, descubrimos en la jerarquía y en los dirigentes del catolicismo español un gran interés por otras técnicas modernas, cuyo porvenir no es menos incierto que el del cine, cuando su aparición. Hemos de felicitarnos por esa actitud y ver en ella una demostración de la vitalidad y de la agilidad que caracteriza a los núcleos selectos de nuestro catolicismo.

En el reciente Concordato se habla en el artículo 29 de que el Estado cuidará de que en las instituciones y servicios de formación de la opinión pública, en particular en los programas de radiodifusión y televisión, se dé el conveniente puesto a la exposición y defensa de la verdad religiosa por medio de sacerdotes y religiosos designados de acuerdo con el respectivo ordinario. Algunos han quedado sorprendidos al ver cómo se destaca en dicho texto la radiodifusión y la televisión, relegando a un segundo término, englobados dentro de la idea de servicios de formación de la opinión pública, otros medios de publicidad como la Prensa, el teatro, la palabra oral, etc., etc.

En Barcelona ha constituido un éxito destacado, desde el punto de vista educativo y espiritual, la retransmisión del rosario del señor arzobispo-obispo durante el pasado mes de octubre por los micrófonos de Radio Nacional de España. Las actuales emisiones religiosas del doctor Modrego y Casaus desde el Palacio Episcopal, que tienen lugar todos los sábados, son asimismo seguidas por una gran cantidad de fieles.

En cierto sentido podemos afirmar que la televisión y la radio constituyen una necesidad para el obrero industrial de nuestro tiempo, y, en cambio, pueden ser consideradas como técnicas superfluas, un lujo, para los hombres poderosos y ricos. A través de la televisión y la radio, empleados por personas de conciencia, puede darse al obrero industrial la posibilidad de vivir unas horas de plenitud y de belleza. José Anselmo Clavé, con su obra inmensa de los coros populares en Cataluña, intentó dar a los asalariados de la industria una formación artística y, en consecuencia, un más elevado tono humano.

La Prensa deja al lector la posibilidad de reflexionar y meditar acerca de lo que ha leído, y aun de volver a leer y de intentar adivinar entre líneas aquello que el periodista calla por uno u otro motivos. La radio, utilizada convenientemente, no deja tiempo para esta reflexión. El 6 de octubre, desde Cataluña, fué una subversión realizada por las emisoras de Barcelona en manos de los sublevados. Una poderosa radio que hubiese actuado en sentido distinto habría acabado, acaso sin derramamiento alguno de sangre, con aquella sublevación. Mussolini, Hitler, De Gaulle, el

mismo general Anders, debieron gran parte de la ascendencia sobre su pueblo a su voz radiofónica. Pero toda la influencia de la radio, esta voz que está aquí y en todas partes, el fenómeno de la omnipresencia auditiva, que se logra a través de la radiodifusión, es inferior a la fuerza mágica que opera en la visión a distancia. Recordemos aquellas palabras de Stevenson tantas veces citadas por los defensores de la televisión: «El partido demócrata—dijo Stevenson—fué vencido por la televisión. El 70 por 100 de las sumas cuantiosísimas dedicadas a la campaña electoral en los Estados Unidos se destinó a ese medio de propaganda. La maravillosa instrumentación de la televisión realizada por Ricardo Nixon, actual vicepresidente de los Estados Unidos, resolvió favorablemente una situación dudosa para el partido republicano».

El poder de la imagen es tan grande que el deán de Canterbury ha dicho que la televisión es «el más grande desastre moral que el Occidente ha conocido a lo largo de la historia». Los niños ingleses y americanos abandonan el colegio y pasan más de diez horas al día delante de la pantalla del televisor. Acaso con cierta exageración, algunos médicos especialistas afirman que las deformaciones del maxilar inferior que se acusan en muchos niños de los Estados Unidos, o sea, el prognatismo, se deben a la posición que adoptan esos niños para ver la televisión apoyando la barbilla sobre sus manos.

También es curioso constatar que el 80 por 100 de los aparatos televisores es adquirido en América por obreros. Y se ha observado que los obreros que poseen un aparato televisor reafirman en cierto sentido la vida familiar. Este aspecto favorable ha sido desatendido por el deán de Canterbury. Los católicos hemos de valorarlo en todo lo que puede suponer. Por ello al pensar en el futuro de la televisión en España hemos de atender fundamentalmente al aspecto educador que este medio puede ejercer entre nosotros. No bastaría con una simple censura negativa de los programas, tal como ahora se ejerce sobre las películas que importamos del extranjero. Sería también impropio que la televisión sirviera a exclusivos fines de apostolado en su sentido más estricto y limitado o de propaganda política también en su sentido más restringido. El arte, la diversión, el entretenimiento, tienen un puesto destacadísimo en los programas de televisión. Pero todo ello ha de estar al servicio de la elevación del hombre español y fundamentalmente de aquellos que tienen menos ocasión para vivir en contacto con las manifestaciones de belleza y aun de simple diversión. Nos referimos a los obreros. El Concordato garantiza la dimensión espiritual católica de la televisión española, y los actuales Poderes públicos nos aseguran que será española y nuestra.

Claudio COLOMER MARQUES

UNA HISTORIA ACTUAL Y MISTERIOSA

EL SUEÑO IMPERIALISTA DE STALIN PROSIGUE EN SU DISCIPULO MALENKOV

PARA entender totalmente el «caso ruso» con ideas prefabricadas en lo que se refiere a la infiltración soviética en los países occidentales, hemos de empezar por formular estos tres mentis.

No es cierto que esa infiltración se realice únicamente a caballo de las ondas y de los partidos comunistas, sino a base de toda una serie de medios, muchos de ellos imponderables.

No es cierto que Rusia se comporte en este aspecto como un Estado proletario, sino que su actuación aparece signada por la más «vieja» mentalidad capitalista.

No es cierto que los agentes de Moscú trabajen empujados sólo por el entusiasmo ideológico, sino que operan por el conocido sistema de la «bolsa bien repleta».

El Kremlin practica en esta la famosa frase atribuida a Filipo de Macedonia: «Para rendir una plaza no hay como echar por delante un mulo cargado de dinero».

Y aquí empieza lo que podemos llamar la historia del oro ruso, una historia actual y misteriosa.

PODEROSO CABALLERO

El oro es viejo. Tan viejo como la sed del hombre por este preciado metal. Tan viejo como su poder.

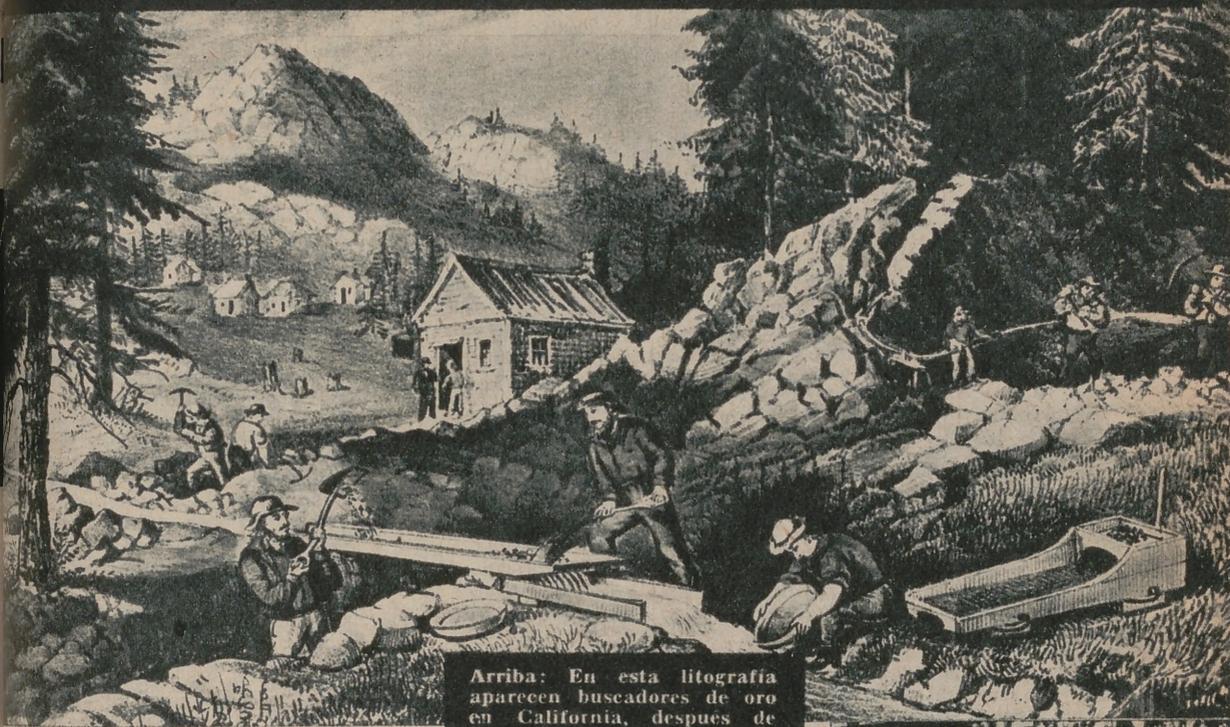
Homero lo prodigaba en las armaduras de sus guerreros; la espada de Agamenón tenía el puño de oro, y el casco de Aquiles estaba claveteado del mismo metal.

Cuenta Plutarco que los Partos, después de dar muerte a Craso, le echaron oro derretido para que su cuerpo, privado de sangre, se empapara de él, ya que su alma había estado siempre abrasada por la sed de este metal.

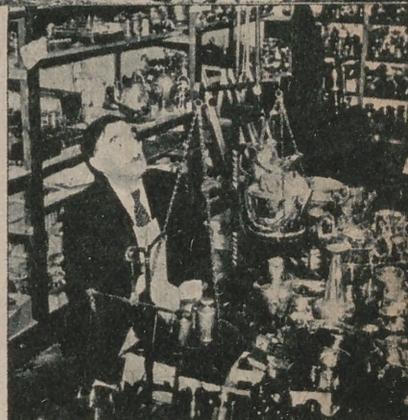
Se atribuye a Agesilao esta lamentación: «He sido vencido por 30.000 arqueros persas», aludiendo a la moneda persa conocida con el nombre de dárico, que tenía grabado el busto de un arquero.

Andando el tiempo el oro ganaría en virtudes. Durante la Edad Media se le empleaba en la pin-

AMA SECRETA DEL MUNDO



Arriba: En esta litografía aparecen buscadores de oro en California, después de cruzar los EE. UU. en carretas tiradas por bueyes.— Derecha: El oro transformado en objetos artísticos



LOS MISTERIOS DE SIBERIA

El recuerdo de Klondyke y de Africa del Sur no ha muerto. Es un recuerdo revivido hoy y superado en sus patéticas dimensiones por el infierno de Siberia. Siberia.

Fue en 1927 cuando Stalin dió orden para que se pusiera a toda marcha la producción de oro en la U. R. R. S. Desde ese momento ya no bastaban los yacimientos de los Urales; había que encontrar otros, y un nuevo Eldorado apareció, efectivamente, en la parte nordeste de Siberia, formado por dos cuencas auríferas: una de ellas, situada entre el mar de Ojotsk y el Océano Ártico, con una extensión de 1.800 kilómetros cuadrados y más de 10.000 yacimientos auríferos, y una segunda, más importante, constituida por 70 campos auríferos a lo largo del río Kolyma.

Aquí, en las heladas e inhabitables regiones del Norte, en condiciones infrahumanas, trabajan de millón y medio a dos millones

tura y para adornar ciertos manuscritos. Los árabes, por su parte, fueron los primeros en mezclarlo en ciertas composiciones medicinales, atribuyéndole cualidades curativas. Y luego, con los alquimistas, vino la piedra filosofal. El poder del oro siguió esculpiéndose en frases lapidarias.

La que más días de gloria ha dado al Imperio británico ha sido la «caballería de San Jorge», con lo que se alude a los «sovereign» ingleses, en cuyo reverso aparece San Jorge a caballo matando al dragón.

Y bien conocida es también la frase de Napoleón: «Para hacer la revolución hacen falta tres cosas: dinero, dinero y dinero».

LOS FAMOSOS «RUSH»

Por el Valle de la Muerte, en California, avanza un hombre con aire fatigado, seguido por tres o cuatro borriquillos cansinos... Es la imagen del buscador de oro.

El siglo pasado arrojó sobre el mundo una fiebre insaciable de oro. Y masas enteras de humanidad, como arrancadas de cuajo de sus hogares, empezaron a marchar hacia legendarios y nuevos Eldorados.

Fue primero el famoso «rush» de California. Todo empezó allí una fría mañana de enero del año 1859. La vida discurría placidamente en la granja que Suter, antiguo capitán de la Guardia Suiza de Carlos X de Francia, había establecido a orillas del río Coloma, afluente del Sacramento, en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de este último nombre. Un empleado suyo llamado Marshall, miembro de la curiosa secta de los mormones, se dirigió aquella mañana, como todas las demás, a trabajar en el aserrade-

ro, cuando, bajando hacia el molino, vislumbró en el fondo del canal que lo alimentaba un mineral de color amarillo brillante. El descubrimiento fué sensacional, tan sensacional, que estuvo a punto de haber en California un verdadero caos.

Al «rush» de California siguió el de Klondyke. El año 1868 comenzó a circular en San Francisco el rumor de que acababa de encontrarse un yacimiento de inauditas riquezas a orillas del río Frasser, en la Columbia británica. Del 20 de abril al 9 de agosto de este año salen de California, como arrebatados por la quimera del oro, 23.438 emigrantes, que al mes siguiente, desvanecido el ensueño, refluyen en masa hacia su punto de origen, dejando en tan catastrófica aventura más de 45 millones de pesetas oro. Pero en 1896 vuelve a cundir la emoción: en agosto de ese año dos mineros, Roberto Henderson y Jorge Mac Cormac, descubren oro abundante en uno de los grandes afluentes del Yukon, el gran río de Alaska, en el Ártico... Y los helados parajes de Klondyke —nombre que entra de lleno en la historia— se pueblan de caravanas que, hormigueantes y como alucinadas, desafiando a los peligros y a la muerte, se dirigen hacia el nuevo paraíso.

Y ya más cerca de nosotros está el panorama de Africa del Sur, sus típicos y abigarrados campamentos en las cercanías de las célebres minas de oro donde más de 200.000 negros, al mando de unos 21.000 blancos, arrancan sus tesoros a la tierra.

de hombres, que durante las veinticuatro horas del día, en turnos de doce horas, cumplen el papel de hormigas bárbaramente inmoladas en aras de ese nuevo Moloth, que es el Estado soviético. ¡Dos millones de trabajadores, de los quince que en Rusia viven sometidos al régimen de trabajos forzados, condenados a la pena de la «muerte útil».

Ya no es sólo Atomgrad. Es también Kolyma, otro nombre ya famoso en el mapa de Siberia, donde los rusos están fabricando una bomba muy peligrosa: ¡la bomba «oro»!

NUMEROS DESLUMBRANTES

Los más ricos placeres de oro son los aluviones de California, Brasil, Sudáfrica, los Urales, Siberia, India, Australia y Alaska. Según las estadísticas de los años 1940 y 1941, en el primero de esos dos años la producción mundial de oro aumentó a 40,7 millones de onzas, de 39 que fué en 1939, y en 1941 a 40,9 millones. A causa de la guerra mundial, la producción descendió en 1945 a 27 millones de onzas, y hoy anda cerca de los 35, es decir, alrededor del millón de kilos, ya que la onza tiene 28,743 gramos. Esta cifra, en la que no está incluida la producción soviética, por lo difícil que resulta su determinación, representa el 3 por 100 en relación con la masa total existente. Y como esta relación se mantiene bastante constante en el tiempo, teniendo en cuenta los desperdicios y destrucciones del preciado metal, que se calculan en un 0,2 por 100, puede decirse que la masa de oro aumenta anualmente en un 2,8 por 100.

A la cabeza de los países productores marcha la Unión Sudafricana; su producción de hace unos años representaba cerca de la mitad de la mundial y hoy puede cifrarse en unos 380.000 kilos o algo menos, cantidad que en números redondos equivale al 35 por 100 de todo el oro producido anualmente en el mundo. La Unión Soviética en los últimos años ha alcanzado un lugar de primer orden; su producción puede calcularse en un 33 por 100 de la mundial. Estos dos países, cuya producción conjunta supone las dos terceras partes de la mundial, van seguidos por el Canadá y los Estados Unidos, que ocupan alternativamente el tercer lugar, y luego siguen en orden descendente Australia, México, Filipinas, Japón, Costa de Oro, Corea, Colombia, Congo belga y la India. La producción de los Estados europeos es bastante modesta y va escalonada por este orden: Suecia, con una producción de 6.000 a 7.000 kilos; Rumania, con 5.000; Yugoslavia y Francia, con 2.000; e Italia, con 250.

He aquí el mapa del oro, que parece haber buscado para su proliferación el regazo de las tierras heladas, para que la labor del hombre sea más ingrata.

RUSIA, UNA GRAN POTENCIA EN ORO

De Rusia, en esto del oro, como en tantas otras cosas, es muy poco lo que se sabe. Pero no podemos eludir estas preguntas:

¿Cuánto oro produce la U. R. S. S. y a cuánto ascienden sus reservas? Trataremos de contestarlas, porque es aquí, precisamente, donde está la clave del reportaje.

La producción anual de oro en Rusia, según los datos correspondientes a 1945, era de unos 175.000 kilos anuales, cifra que desde entonces parece que ha experimentado un notable aumento. A base de estas cifras de producción, a las que hay que agregar el oro de otras procedencias, podemos hacer un balance sobre las reservas soviéticas:

	Toneladas
El oro almacenado en el Banco Imperial ruso cuando los soviets subieron al Poder se calculaba por algunos en	3.000
El oro en poder de los particulares y que también pasó a poder del Estado soviético.	1.000
La producción del período 1927-1937, calculada a razón de cien toneladas anuales ...	1.000
La producción de 1938-1941, a razón de doscientas toneladas al año	600
La producción de 1945-1953, a razón de 175 toneladas anuales, cifra mínima, evidentemente inferior a la realidad de hoy	1.400
A estas cantidades hay que agregar el oro expoliado a los países satélites, incluida la China comunista, el cual suma unas	1.000
Y el oro español llevado a Rusia en el yate «Vita», unas 1.000 cajas de 65 kilos cada una	650
	10.650

Para hacerse una idea más precisa digamos que los Estados Unidos, la mayor potencia occidental en oro, han ido aumentando en estos últimos años sus reservas —las célebres reservas de Fort-Knox— al siguiente ritmo: 1.400 toneladas en 1939, 1.700 en 1940 y actualmente, dado que Norteamérica es el principal comprador de este metal, más de 2.000, o sea dos millones de kilos, igual a 7.000 millones de onzas.

Hay que tener en cuenta que, al revés de lo que ocurre en los países de Occidente, en Rusia no existe mercado libre de oro, el cual pasa en su totalidad a engrasar las reservas del Estado.

LA «OPERACION ORO»

Ultimamente se ha registrado un notable descenso del precio

del oro, el cual, de 45 a 50 dólares la onza ha bajado hasta el que tenía como cotización antes de la guerra. El hecho no es casual, sino que está relacionado con la aparición en los mercados de grandes cantidades de oro de procedencia desconocida (léase rusa); efectivamente, en los últimos doce meses han sido ofrecidas en los mercados internacionales 26 millones de onzas. Pero el caso es que este hecho ha producido una gran alarma en los medios financieros y en las Bolsas internacionales y ha dado paso a una inquietante pregunta: ¿Qué es lo que está ocurriendo de verdad?

Sabido es que la economía de los países occidentales se basa en el oro. Perduran las teorías de que éste tiene un valor intrínseco que no posee ningún otro metal, y que por este motivo debe utilizarse como dinero, de tal modo que el papel moneda sólo tiene valor en cuanto puede ser redimido por una determinada cantidad de oro. Dicho en otras palabras: el oro continúa siendo apreciado precisamente por sus funciones monetarias. Esto quiere decir que la enorme cantidad de oro encerrado en Fort-Knox sirve de base al dólar norteamericano, con el cual, a su vez, están ligadas la mayor parte de las monedas de los distintos países.

Ahora bien; el oro tiene dos precios: uno oficial internacional, de 35 dólares la onza, fijado a través del Fondo Monetario Internacional, y otro que podríamos llamar «libre», el cual no depende de las prescripciones del citado organismo, sino de las existencias del dorado metal en el mercado..., precio sujeto, por tanto, a la ley de la oferta y la demanda, como el de cualquier otra mercancía. Un paso más, y la incógnita aparece en toda su tremenda claridad.

Lanzando al mercado grandes cantidades de oro se provoca una baja en el precio de éste. Pero si baja el oro guardado en Fort-Knox, baja también el dólar y bajan también, por repercusión, todas las monedas ligadas a él; se provoca la inflación y se produce un trastorno general y profundo en todo el sistema monetario de Occidente. ¿Qué cantidad de oro sería necesario situar en los mercados para producir esta catástrofe? Bastan unas 1.000 toneladas, según los técnicos, y Rusia puede hacerlo cuando quiera, pero el Occidente, de todos modos, tiene bazas suficientes para ganar la partida.

LAS NAVIDADES DE CAPERUCITA

Mientras tanto, Rusia se limita a operaciones aparentemente aisladas, revestidas de un significado inofensivamente comercial. Procede en esto con arreglo a los más rigurosos cánones de la «guerra fría»: escaramuzas y guerrillas, en forma de tanteos sobre la fortaleza de Occidente, pero que forman parte de una cadena de hechos meticulosamente calculados con vistas a esa intervención decisiva.

Hace unos días llegaba a Londres la última remesa de una entrega de 17 toneladas de oro ruso. Un avión checo lo había

transportado desde Moscú a Praga, y desde aquí dió el salto sobre el canal de la Mancha en aviones holandeses. Cinco millones y medio de libras esterlinas era el precio del dorado cargamento. ¿Para qué? Para cubrir las compras que Rusia, privada de dólares y de libras, realiza en el área de la esterlina. Es decir, para que por una serie de caminos misteriosos, abiertos a través de la «cortina de hierro» —Alemania, Polonia, Medio Oriente, Hong Kong, Singapur—, sigan afluyendo al mundo comunista los refuerzos económicos que éste necesita.

Rusia y los países satélites, empujados en un rearme acelerado, pasan por una difícil situación interior, que se trasluce en el descontento de las masas. Los soviets sienten también el fardo del rearme: no pueden producir a la vez cañones y mantequilla, fabricar ingentes cantidades de armamento y dar de comer a los millones y millones de esclavos sumergidos tras la enorme «muralla china» del comunismo, y esto en unos momentos en que Malenkov tiene prisas por consolidar su situación.

ORO PARA EL SOCORRO ROJO

Todavía queda otro capítulo de esta misteriosa historia del oro ruso que estamos tejendo en sus más sustanciosos matices.

El precio del oro al otro lado del «telón de acero», sustraído como está a la ley de la oferta y la demanda, manejado siniestramente por el Estado soviético, puede ser muy inferior al que rige en los mercados de Occidente. Hay abundancia del dorado metal y hay sobre todo un regulador: la voluntad del Politburó, dueño y señor de esas fabulosas riquezas, para el que nada cuentan, además, las leyes internacionales.

Esto explica que del otro lado del «telón de acero», por las zonas no impermeabilizadas del mismo, estén llegando de contrabando a Occidente relojes y joyas, a precios que no admiten competencia con los que rigen en los mercados del lado de acá de la «cortina». Cadenas de agentes ramificados por los distintos países sirven a este tráfico clandestino. Agentes que venden ese oro elaborado con unos grandes márgenes gananciales, debidos a la gran diferencia entre el precio de origen y el de venta. Así, Moscú mata dos pájaros de un tiro: de un lado, esos agentes se enriquecen gracias a la «generosidad» de los soviets, que de este modo les pagan sus servicios, y de otro, una parte de esas ganancias va a parar a las arcas del Socorro Rojo Internacional, especialmente en aquellos países donde el partido comunista está oficialmente prohibido.

Es otro aspecto de la «operación oro».

EL SUEÑO DE MALENKOV

Por medio de esta operación oro, cuyos ecos nos llegan aisladamente, como impactos aislados en el panorama mundial, Rusia trata de alcanzar de modo inmediato estos tres objetivos a la vez:

1.º Disminuir el valor relativo del stock de oro de los Estados

Otra litografía que representa buscadores de oro en California



Unidos, el más importante del mundo libre, y acrecentar los stocks de los otros países occidentales, a fin de «liberar» a éstos de la influencia económica americana.

2.º Provocar, mediante envíos correspondientes a las ventas de oro en estos países, una «reprise» económica momentánea, a la que seguiría una crisis tanto más grave cuando cesaran estos envíos soviéticos. Crisis que llevaría consigo graves trastornos sociales.

3.º Sacudir los «cimientos» mismos del mundo capitalista», provocando una baja importante del oro, que es la base del sistema monetario de la mayor parte de los países occidentales; obligar a éstos a una revisión de los acuerdos de Brettons Wodd, producir una disminución de la producción aurífera «occidental», que la baja de los precios haría no rentable en muchas explotaciones, y asegurar así la primacía de la U. R. S. S. en el mercado mundial del oro.

¿Y luego? Luego vendría el sueño de Malenkov. Un sueño que nos recuerda esa historia de los Partos, que tras vencer y dar muerte a Craso, le echaron por la boca oro derretido, en la orgiástica alegría del triunfo.

El tema bien vale una meditación.

LAS ARMAS DE OCCIDENTE

No somos alarmistas, pero tampoco nos gusta meter la cabeza debajo del ala. Nos movemos sobre datos reales. Y a la vista de ellos decimos que el peligro ruso existe; que la Unión Soviética, país que no tiene su economía basada sobre el oro, puede provocar un «dumping» del dorado metal. Pero esto no significa que el mundo occidental se encuentre desarmado y haya de capitular, de un modo incruento y fatal, ante la maniobra del Kremlin.

Las reservas de oro del mundo libre equivalen, más o menos, a las controladas por la Unión Soviética, y a ellas hay que unir el oro privado. Además, la producción occidental acaparada por los países no comunistas representa aproximadamente las dos terceras partes de la mundial. Tenemos a la vista las cifras del año 1947, correspondientes a los principales países productores

del mundo no comunista, cifras que, por referirse a un año de posguerra, son, sin duda, inferiores a las actuales. Esos países, citados por orden descendente, son; Sudáfrica, Canadá, Estados Unidos, Australia, Africa Occidental, Rodesia, Méjico, Colombia, Congo belga, Nicaragua, Chile, India, Perú, Brasil, Nueva Zelanda, Venezuela y otros. Y su producción total fué en ese año de 27.714.000 onzas, o sea, casi 800.000 kilos. Esta cifra demuestra que el mundo libre le lleva la delantera a Rusia y puede seguir llevándosela, en la producción de oro. Y de ahí precisamente el gran esfuerzo que realizan los soviets por alcanzar la primacía en este orden.

Pero es que, además, el oro no lo es todo. Es cierto que la economía de Occidente está basada en el dorado metal y que una crisis de éste podría acarrear serias perturbaciones. Sin embargo, a la larga, lo que cuenta es el respaldo de la fortaleza económica es el trabajo, la producción, la riqueza; esto, con otras palabras, se llama carbón, acero, electricidad, fecundidad de los campos y de las minas, creación de las fábricas, técnica, toda una serie de valores sobre los cuales se asienta el progreso y se alza también el nivel social de las naciones.

Y lo que cuenta, sobre todo, es el espíritu, un haz de principios y de ideas que configuran la vida de Occidente y son consustanciales al hombre, hasta determinar su entrega total al servicio de las mismas y, como consecuencia, una fe y una mística colectivas.

Estas son las defensas del mundo occidental. Estas, sus reservas. Estas, sus armas. ¡Y qué duda cabe de que las mismas entrañan una superioridad bastante para hacer frente con éxito al gran peligro de nuestro tiempo!

Moisés PUENTE



Trabajadores forzados rusos en una mina del Cáucaso

EL ESPAÑOL

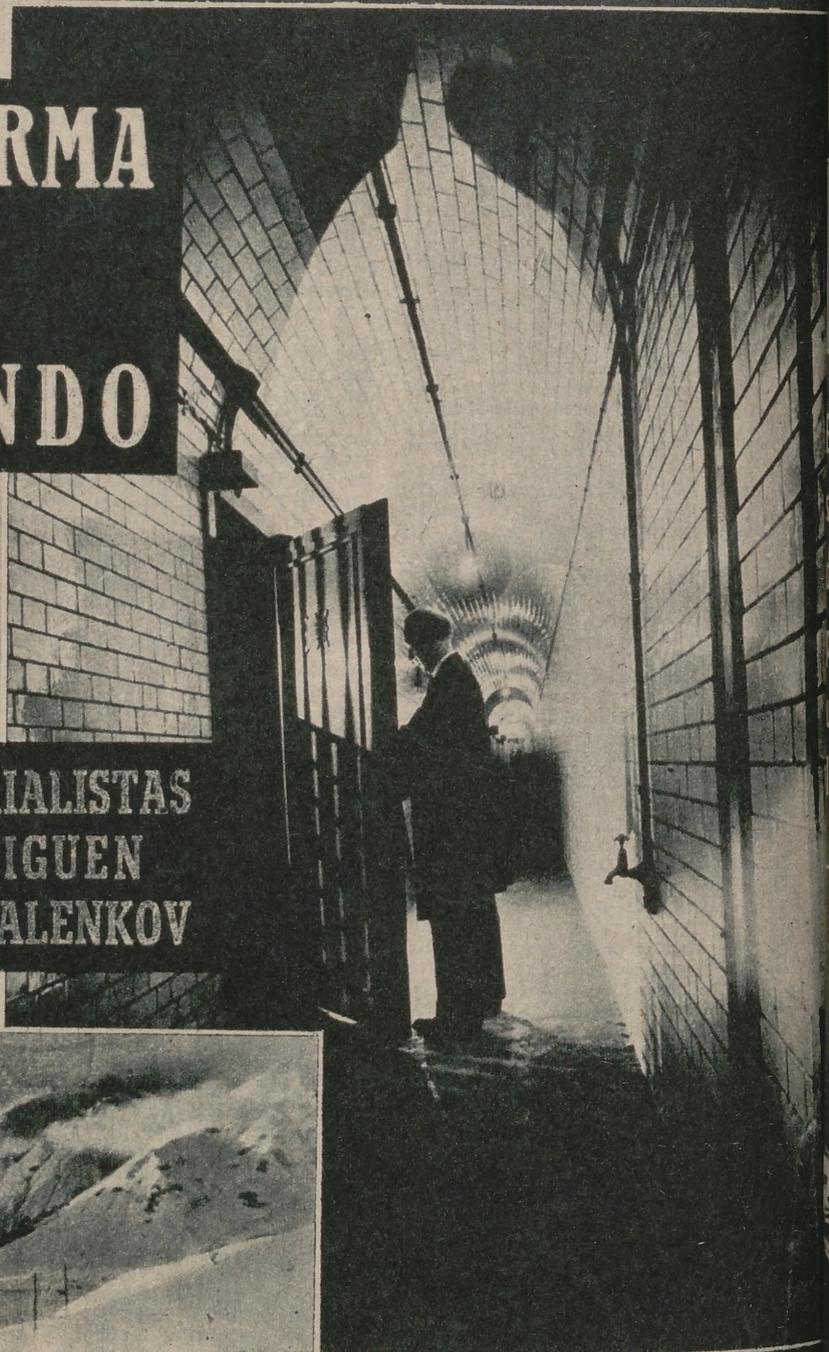
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

EL ORO, ARMA SECRETA DEL MUNDO

UNA HISTORIA
ACTUAL Y MISTERIOSA

LOS SUEÑOS IMPERIALISTAS
DE STALIN PROSIGUEN
EN SU DISCIPULO MALENKOV



Arriba: Esta fotografía, un tanto extraña y misteriosa con la figura enlevitada en el estrecho pasadizo subterráneo, corresponde a los sótanos de un Banco inglés donde se guarda el arma poderosa del mundo. La fotografía de la izquierda recoge el momento en que buscadores de oro rusos abren rutas en las tierras heladas del Cáucaso. Sobre este interesante tema publicamos en la página 60 un reportaje de nuestro colaborador Moisés Puente